Carta astral
para el escéptico

Carta astral para el escéptico

© Secretaría de Cultura de Chihuahua
© José Alberto Díaz

Primera edición 2017

ISBN: 978-607-8321-59-9

SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS

Imagen de portada: *Papilla estelar*
Remedios Varo
Técnica: Óleo sobre masonite
Fecha: 1958

Chihuahua
GOBIERNO DEL ESTADO
SECRETARÍA
DE CULTURA

Secretaría de Cultura de Chihuahua
Avenida Universidad y División del Norte
31000 Chihuahua, Chihuahua
Teléfono: (614) 214 48 00 ext 216

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Carta astral para el escéptico

José Alberto Díaz

SOLAR

A mi hijo: Liam Damián Díaz Lucero.

Plasmar los sentimientos a través de la palabra escrita
me ayuda a mantener la cordura.

Escribir es crear;
pero la que es y será por siempre mi más grande creación…
eres tú.

Prólogo

José Luis Domínguez

Hablar de literatura no siempre significa que con ella se vaya a construir una vida imaginaria que nos hubiera gustado vivir. Tampoco es ver en ella la posibilidad de que nuestros sueños se incorporen a nuestra realidad. Mucho menos se escribe para tratar de complacer al lector. No se necesita escapar del *tedium vitae* a través de las historias de las que uno sea capaz de crear. Quien hace literatura para conseguir estos fines es porque no ha llegado a ser un escritor comprometido. Hay muchas personas en Cuauhtémoc, en el estado de Chihuahua y en nuestro país, que toman la pluma y esbozan sus historias con un afán meramente superficial y por lo mismo, tenue. Son las que escriben por entretenimiento, por mero espectáculo donde ellas anhelan ser el centro del universo y a la vez pregonan, como cuchillito de palo, que ellas no viven de la literatura. No sienten que han nacido con el don de la escritura y se escudan bajo mil pretextos para no sentirse seriamente comprometidos con su oficio. No llegarán muy lejos.

Hay otras que niegan la validez de la técnica y lo propagan a los cuatro vientos para justificar sus textos malogrados. Los que escriben bajo las premisas de estos fuegos de artificio, tampoco llegarán muy lejos en el arte excelso de escribir ficción.

El que escribe no necesariamente por eso vive con una mayor intensidad; más bien creo que porque vive intensamente es

por lo que escribe. Hay una vocación seria, un maridaje con la literatura. Porque para ser un escritor que de verdad importe, se tiene uno que casar con el oficio. Afortunadamente este es el caso de José Alberto Díaz, escritor cuauhtemense que hoy reúne una veintena de cuentos en *Carta astral para el escéptico*. Textos que son, en suma, un verdadero compendio de quien ha tomado la escuela de la vida como su mejor lección a la hora de sentarse a pergeñar historias en la página en blanco. Son muchas las preocupaciones temáticas de José Alberto Díaz; ya desde sus primeros textos breves publicados en el libro colectivo *Cuentos para recuperar la cordura* en el 2009, veíamos venir al narrador de enorme poderío que era él y que hoy con la publicación de su primer libro en solitario se confirma. Intertextualidad y metaficción, literatura que habla de literatura. Por las páginas de *Carta astral para el escéptico*, el atento lector se introducirá en un mundo en el cual desfilan noches de bar, el pugilismo, la ceguera, *la Adelita*, la Guerra Civil, el ajedrez, el desamor, la infidelidad, la teoría del fin del mundo, la sexualidad, la apología del rock, el narcotráfico, el absurdo existencial y la muerte, entre otras. Todas ellas son tratadas en este libro con el dominio del lenguaje, la experiencia y el oficio, más una dosis de crueldad higiénica e ironía, cualidades que le otorgan a cada una esa densidad y atractivo para cualquier lector que busque su propia recompensa en ese acto prístino y generoso del mero acto de leer.

Enhorabuena por la aparición de *Carta astral para el escéptico* y por su autor. Y enhorabuena, sobre todo, por nosotros sus lectores.

Corre Lolo, corre

Teodoro corre de prisa, desnudo, por una de las avenidas de la ciudad. Algunos transeúntes se quedan perplejos y otros lo compadecen, suponiendo que fue víctima de asalto.

—¡Pinche exhibicionista! –le grita una persona.

El velocista es el tema del momento, está en boca de todos los que ven su carrera. La mayoría se cuestiona sus motivos: ¿Es una protesta en contra del Gobierno?, ¿anuncia el arribo del verano?, ¿perdió una apuesta y lo obligaron a correr como vino al mundo?

Ignorando a los que lo rodean, Teodoro mira hacia atrás con nerviosismo; luego prosigue sin aflojar el paso. Ciertas mujeres, disolutas, evalúan el pedazo de carne que cuelga en su entrepierna, oscilando como un blando péndulo de izquierda a derecha. Un par de maricones le gritan piropos mientras le reparten besos. No falta quién hace escarnio de él, ni quién capture su imagen en fotografía o video para proyectarlo en Internet y que el mundo lo conozca.

Cuando dos policías que al salir de un restaurante se percatan de Teodoro, la gente sabe que su carrera pronto terminará. El oficial Mauricio es el primero en perseguirlo, deteniéndose a los pocos metros de haber iniciado la cacería por su falta de condición física y por los tacos de barbacoa que recientemente ocupan un lugar en su profuso estómago. El agente

Luis, habituado a correr durante las madrugadas, además de confiar en sí mismo, le deja un poco de ventaja al velocista desnudo para que la persecución se torne interesante. Al distinguir que entre él y su objetivo hay una distancia prudente que se alarga, echa a correr con todo su ímpetu. Mientras reduce el trayecto, surge una remembranza. Se ve en aquel juego de futbol americano de preparatoria, donde su equipo perdió el campeonato por la diferencia de una anotación. Luis corría detrás de un Mariscal de Campo, quien se fugaba con el balón en sus manos. No había ningún obstáculo frente a él, solo el amplio terreno y la línea de anotación; la franja divisoria que no era otra cosa más que la frontera entre el cielo y el infierno; la gloria y la derrota. El recuerdo deviene en realidad y el Mariscal de Campo se convierte en Teodoro. A Luis le da risa cómo su rival repentinamente deja de tener uniformidad y cómo sus glúteos se bamboleaban al ritmo de sus pasos. Luis se siente capaz de revertir el resultado del juego; ahora tiene una segunda oportunidad. Mengua la distancia entre ambos. Teodoro percibe la jadeante respiración del cazador a sus espaldas. El Oficial ha dejado de ser un novato jugador de futbol; se transforma en un tigre saltando con toda su energía sobre su pequeña presa, tacleándola. El juego acaba. Los espectadores son los transeúntes que aplauden y critican la hazaña de Luis. Mientras esposa a Teodoro por exhibicionismo y faltas a la moral, le pregunta por qué corría desnudo.

—Desperté sin ropa, acostado en la morgue. Lo supe al ver otros cuerpos desnudos e inmóviles. Tres tipos con bata blanca y guantes de látex discutían. Uno de ellos me declaró muerto. No tuve otra opción que saltar de la plancha y huir de sus garras…

Dímelo en el Metro

A Juan Marcelino Ruiz

Una princesa que andaba entre la cirrosis y la sobredosis me robó el mes de abril. Vivimos una efímera relación. Después de tantas discusiones, gritos y maltratos, aceptamos que nos sobraban los motivos para terminarla. Con el corazón maltrecho la mandé a buscar a otro perro que le ladrara, renegando del recuerdo de sus besos de boca de fresa. Aún desconozco si un pobre diablo la llegó a tomar en cuenta.

Tras la ruptura, divagué a través de bulevares de sueños rotos bebiendo whisky sin soda, perfumando mi juventud con la esencia de los escotes de damas nocturnas que cambiaban de nombre como de ropa interior, a quienes solía apodar "flores de un día". Me divertí mucho, no lo niego, aunque al cabo de un rato me llegó el fastidio… algo más me hacía falta.

En sueños vi un éxodo de oscuras golondrinas; algo que consideré como una visión de la providencia y, siguiendo la voz del instinto, decidí marcharme de mi Patria. Como un nómada fui recorriendo algunos países de Latinoamérica. Auspiciado por el dinero de un hombre libre y de buenas costumbres –mi abuelo–, pude cruzar el Océano Atlántico. Mis pies me condujeron hasta Madrid, España, donde me quedé a estudiar una Maestría, además de atender un bar durante las noches de viernes y sábado, que todos apodaban "El Templo del Morbo".

Cuando el sol se metía en la cuna del mar para dormir

y la ciudad pintaba sus labios de neón, yo solía recorrer las calles como un gato sin dueño, buscando lo que jamás iba a encontrar: alguien que reemplazara el lugar de mi princesa. Ya la había olvidado, para ello tardé diecinueve días y quinientas noches. Ahora estaba dispuesto a vender por amores mi alma a Belcebú y prolongar mi estadía en el mundo junto al ser amado hasta cumplir cien años, aunque ello significara renunciar a la concupiscencia, a los licores del placer.

Una noche, en una taberna cualquiera, descubrí a una mujer que me cautivó; una Eva extraída de un onírico paraíso terrenal. En su piel morena se reflejaba su afición por los baños de sol. No pude evitar imaginarla desnuda, en una tarde estival, bronceándose en un balcón.

En cuanto se fue del sitio, apuré la cerveza de un sorbo y la seguí, guardando entre ambos una distancia prudente guiado por las medias negras que contenían sus piernas. Recorrimos algunas estaciones del Metro: Tirso de Molina, Sol, Gran Vía, Tribunal… y fue en pleno viaje de la última estación referida en donde me armé de valor para dirigirle la palabra. Como si hubiera leído mis intenciones, se puso unos audífonos dejándose llevar por la melodía que sonaba en su exiguo aparato de tecnología vanguardista. Con mi dedo índice toqué repetidamente su hombro. Me volteó a ver con mirada inquisitiva. Sonreí de forma cordial. Luego le pregunté a quién estaba escuchando, siendo acaso la cuestión más trivial que se me vino a la cabeza.

—A Joaquín Sabina –me respondió.

—¿Sabina? ¡Buena elección! –le dije mostrándole el pulgar bien erguido. Luego me quedé callado sin saber qué decir, y ella volvió a colocarse sus audífonos. "Sabina", repetí para mis adentros. No sabía quién diablos era ese sujeto.

La carta

Al abrir la puerta principal de mi casa distinguí, un tanto maltrecha sobre la banqueta, una carta. La recogí. No tenía remitente ni destinatario. Estaba cubierta de un extraño polvo e inusualmente fría, como si alguien la hubiera guardado en una nevera; recorrí con la mirada a mi alrededor para ratificar la ausencia de personas indiscretas, y motivado por una punzante curiosidad, decidí abrir el sobre para leerla. Esta decía:

Visite la luna

¿Está cansado de viajar a predecibles y calurosas playas durante su periodo vacacional? ¡Cambie de hábito! ¡No hay mejor destino que nuestro satélite natural! ¡Los placeres que ahí puede descubrir son inconmensurables! Desde que yo era pequeño, siempre quise llegar muy alto, ¡y lo conseguí! En buena hora partí en un cohete espacial hasta alcanzar mi destino; ahí me quedé. Tengo muchos años viviendo en esta esfera de plata y no me arrepiento.

Imagínese un mágico mundo repleto de montañas, cráteres y otras formaciones inusitadas que jamás contemplará en ninguna cordillera terrestre. Un límpido territorio en donde el mar es tan cálido como las aguas termales y no una simple llanura de color oscuro como le han hecho creer científicos sabelotodo. Las cadenas montañosas no tienen paralelo; es fácil remontar su cumbre y no agotarse durante el recorrido. Las grietas son anchas y profundas; en su interior viven los selenitas, mas no debe alarmarse por estas criaturas humanoides, ya que son muy pacíficas, siempre y cuando no se les

provoque. ¡No tienen nada que ver con esos grotescos seres que inventó el cineasta Méliès!

Las lluvias de meteoritos son frecuentes pero agradables en demasía, porque si llegase a ser golpeado por un fragmento de aerolito, este se desintegra al instante provocando la sensación de una caricia. Aún hay cuencas de lava en las mesetas, aunque son muy pocas y existen señalamientos de precaución para que no dé un paso en falso. De cualquier modo, yo le recomendaría descartar las mesetas para acudir a los valles estrechos o a las crestas de las montañas, que ofrecen una vista tan magnífica que, sin duda alguna, quedará impresa en su memoria como sus huellas sobre la superficie plateada. Si conquista la cima de Leibnitz, los logros que haya acumulado en su vida serán como un juego de niños comparados con semejante proeza. ¿Y por qué no cruzar a nado uno de los veinte mares más importantes? ¡Anímese! No sentirá crisis ni cansancio mientras nada, sino serenidad, algo equiparable a un paseo por las nubes.

El clima es benévolo; no hace frío ni calor. El aire que se respira purifica los pulmones y conforta el espíritu; su fragancia equivale a una fusión de rosas y almizcle. No hay excusa para negarse a visitar semejante cuerpo celeste, así que no lo piense más.

Atentamente,
Un lunático

Compré un telescopio para apreciar mejor nuestro satélite; vaya decepción la mía cuando descubrí que lo único sobresaliente era una figura sobre la superficie, repleta de cráteres; la de un conejo de mueca sardónica; una criatura orejona burlándose de mí por haberle creído a un lunático hijo de puta.

Quince minutos

Siempre he anhelado ser un espectador de algo que realmente valga la pena; estar en primera fila ante una desgracia, a escasos metros de un percance, a modo que agradezca a la fortuna por el hecho de seguir con vida mientras otros mueren. Ha pasado casi un mes desde la última tragedia donde un camión de pasajeros se volcó apenas al salir a la carretera. Recuerdo bien la noticia. La mayoría de los pasajeros perdió la vida. El sitio se vio rodeado de pronto por una multitud con cámaras. Lamento no haber visto los cuerpos destrozados. Me limité a calmar mi ansia observando las múltiples imágenes del accidente que mis amigos habían subido a una página de Internet. Observar las fotografías en la computadora no me hizo muy feliz.

Caminando rumbo a casa, las calles atestadas de gente me repugnan. Asciendo por un puente peatonal hecho de piedra y cemento que salva el molesto tráfico, construido mucho más alto de lo necesario. Por su tipo, es un "puente luna" evocando a nuestro satélite en su fase menguante.

Tengo que recorrer un extenso tramo para llegar a la otra orilla y bajar. No me importa la distancia, lo único intolerable es que las personas que cruzan conmigo parecen observarme de reojo, desconfiando de algo que se manifiesta en mi exterior.

Comienza a nublarse cuando a lo lejos distingo a una muchedumbre, como en torno al mejor comerciante del mundo que estuviese ahí, ofreciendo gangas increíbles a toda una ge-

neración consumista. Pero cuando llego hasta la voraz multitud, no es lo que he supuesto. Sobre los muros de contención –que hasta un niño puede trepar hasta el borde–, un hombre levanta y sostiene sus brazos abiertos. Parece que se dispone a abrazar al mundo. El hombre sonríe y recibe la tórrida brisa en su cuerpo. Apenas volteo hacia atrás y me doy cuenta que la multitud se ha extendido. Se escucha un murmullo que poco a poco adquiere intensidad: un grito al unísono. Distingo de inmediato lo que clama la gente al hombre que está de pie sobre el muro de contención: "¡Salta!". Es curioso pero yo pensaba lo mismo antes de que los imbéciles abrieran sus bocas. Y ya que estoy aquí, en primera fila, no me lo voy a perder. Quiero contemplarlo de cerca, mirar el momento exacto cuando su cuerpo se impacte sobre la calle. Quiero ver, como los demás, sus miembros inertes esparcidos. Abajo del puente, noto que otras personas se han conglomerado atraídas por el morbo del espectáculo singular, de esos que no suceden todos los días en el mundo, mucho menos aquí. Incluso hay dos o tres quienes sostienen una videocámara.

Advirtiendo los rostros hostiles de los peatones, el hombre deja de sonreír y quiere bajar del puente. Se le ve preocupado y –hasta cierto punto– temeroso. Un odio irrevocable crece en el corazón de las personas que forman una densa valla incapaz de ser penetrada por aquel individuo. Por nada del mundo van a permitirle descender. Entonces él agacha la cabeza contemplando a la multitud con horrible impotencia. Esta se entusiasma sobremanera y vuelve a gritarle: "¡Salta!". Quieren su sangre, quieren verlo hecho pedazos. El hombre ignora que

puede convertirse en mártir; su sacrificio será un gran bien, un arte de lo efímero, pero arte al fin. Será nuestro salvador por un día, aquel que nos dé lo que pedimos, algo que no cualquiera puede cumplir. Y más le vale que se decida a hacerlo. "¡Salta!", le grito, "hazlo por nosotros". Mientras la aglomeración alza la voz, el cálido día se torna frío en cuestión de instantes.

El hombre comienza a llorar y se pregunta qué ha hecho. Solo anhelaba contemplar el hermoso paisaje que se extiende en el horizonte, los vetustos castillos, los palacios esplendorosos, el cielo arrebolado del atardecer. Los rayos del sol se vuelven lacónicos y no consiguen iluminarlo. Pero su actitud no conmueve a los presentes, al contrario. Incluso un policía forma parte de la turba encendida que vive, respira y arde solo por el hombre del puente. Y su inercia, que no amaina los intensos gritos en absoluto, solo consigue acrecentar nuestra ira. No va a hacerlo. Tratará de justificarse. Este tipo nos va a arruinar el día. Moviéndome discretamente con parsimonia avanzo hacia él. Escasos centímetros nos separan, está de espaldas. Entonces aprovecho la oportunidad. Las pocas personas que se dan cuenta de mi acto me dirigen una sonrisa cómplice. Distingo un brillo perverso en sus ojos y les devuelvo el gesto amable. Lo empujo para redimir su cobardía. Tuve que hacerlo, el tipo no capturó en vano nuestra atención.

Ahora el hombre yace como una masa sanguinolenta. La muchedumbre comienza a aplaudir y a gritar eufórica, lanzando vítores al caído por haber cumplido su demanda. Decenas de personas se amontonan para tomar fotografías del cadáver. Nadie, ni siquiera los vehículos que se han frenado en plena

calle, reclaman el respeto que merece el cuerpo de un sujeto que tal vez estaba casado, tenía hijos, empleo. De inmediato colocan videos y fotografías en la red mundial acerca del "suicidio" del hombre, quien recibe, aunque de manera póstuma, sus quince minutos de fama. No nos decepcionó. Se convirtió en un mártir: alguien que tuvo que morir por nuestras culpas y pecados. Alguien tuvo que pagar con su vida para que nos pudiésemos desahogar de lo ridículo e insoportable que resulta la nuestra. Nuestra sed ha sido saciada; me pregunto cuánto tiempo durará…

Texto inspirado en la canción *Spring* del grupo teutón Rammstein

El invicto

"La novela siempre gana por puntos,
mientras que el cuento debe ganar por nocaut*".*
Julio Cortázar

I. **Presentación**

"Pink" Floyd Gayweather se dirige rumbo al cuadrilátero con paso altivo, muy seguro de acumular una victoria más en su inmaculado historial. La gente le ovaciona y le abuchea al unísono. Unos quieren que se retire sin registrar derrota alguna; muchos, que Luigi "Pazzo" Bartoli le rompa la cara y con ella, su perfecto récord.

II. **Nota informativa**

"A punto de acumular cincuenta peleas profesionales, 'Pink' es un veterano no muy viejo que sabe escoger muy bien a sus oponentes y recular cuando uno de ellos demuestra ser lo suficientemente bravo como para no caer en su juego y vencerle. Aceptó la pelea contra Bartoli por la presión ejercida tanto por los fanáticos como por la prensa, dispuesto a demostrarles que él es el mejor boxeador, libra por libra en el planeta.

Con sesenta batallas en su haber, Luigi solo lleva una controvertida derrota por la decisión dividida de los jueces a manos de un

kazajo. La gente lo reconoce como una persona tranquila, humilde y discreta, pero en el ring *su comportamiento es el de una máquina asesina, siempre atacando sin piedad a su rival en turno".*

III. **Showtime**

Los púgiles se colocan frente a frente mientras el réferi les indica las reglas del juego. Ambos chocan los guantes, se retiran a sus esquinas y luego se atraen cuando escuchan el tañido de la campana y el combate comienza. Floyd lanza un par de golpes sin mucho tino, luego evade a su oponente mientras camina hacia atrás, echando el hombro a manera de escudo para protegerse de los embates de Bartoli, quien lo persigue, midiendo la distancia, procurando no abalanzarse como un toro desquiciado para evitar sorpresas. Gayweather marca tres golpes sin mucha fuerza pero conecta el rostro del oriundo de Italia. La persecución se repite. Luigi ataca de manera machacante, mas no logra descifrar la portentosa defensa de "Pink". El primer *round* llega a su fin y los ánimos de los espectadores se mantienen encendidos.

El segundo tañido de la campana incita a los boxeadores a levantarse de sus respectivas esquinas. Floyd despide una ráfaga de puñetazos y vuelve a sorprender al italiano; un leve corte en la ceja izquierda le adorna el rostro y un hilillo de sangre se derrama, lánguidamente, por una mejilla. Luigi responde embistiendo con ambos puños el cuerpo del contrincante, quien se aleja rumbo a las cuerdas cubriéndose, fiel a

su estilo, con el hombro. Bartoli se acerca cauteloso, no quiere caer en su juego. De repente lanza un *jab* que logra tambalear a Gayweather, haciendo gritar a la eufórica audiencia. Hasta la narración de los comentaristas se torna más emotiva. El italiano aprovecha el momento y arremete contra el rival, pero este vuelve a retroceder.

Durante el tercer *round*, Floyd ofrece su mismo juego: marcar golpes y huir, marcar, huir. Su actitud escurridiza despierta los abucheos de ciertos sectores de las gradas. Bartoli se desespera, pugna por resistir las mañas de Gayweather. Intenta conectarlo de diversas formas pero su esfuerzo resulta vano.

Al final del onceavo asalto, con el rostro casi limpio, salvo por la herida en la ceja, Bartoli yace en su esquina y escucha las indicaciones de su entrenador. Los espectadores no están muy contentos porque la historia de cada *round* se ha repetido a partir del tercero.

—Bambino, creo que llevas la ventaja en las tarjetas. ¡Las peleas no se ganan corriendo!

—Lo dudo –replicó el púgil–. Esto es Las Vegas. Tendría que arrancarle la cabeza a ese maldito *donnicciola* o dejarlo hecho un "Cristo" para que los jueces me concedan la victoria.

—¡Pase lo que pase, por favor no te desesperes! ¡Aguántalo y deja que se te acerque para no caer en su juego!

—¡Debiste haberme dicho eso desde el cuarto *round*!

La breve conversación es interrumpida por el último tañido de la campana que marca el inicio del *round* final. Ambos boxeadores miden la distancia que les separa y aguardan. Siguen esperando sin bajar la guardia. Floyd inclina ligeramente

el cuerpo hacia adelante, avanza solo un paso con la pierna izquierda y enseguida pone ambos puños en su cintura. El pómulo inflamado no le impide lanzarle un comentario socarrón a su oponente, quien se olvida de las instrucciones de su guía y se arroja con todo lo que tiene sobre el campeón invicto. Para frustración del público y del pugilista italiano, Gayweather se aleja más escurridizo que nunca, echando el cuerpo hacia atrás con suma presteza, confiando en que la balanza se inclina a su favor. El tiempo restante del asalto se va esfumando. Entre más lejos se encuentra Floyd de Luigi, más remota se torna la esperanza de victoria para este último; pero el italiano, fiel a su apodo, embiste con furia hasta alcanzar a "Pink". Lanza una metralla con sus puños coléricos cuyos guantes, a esas alturas, aún parecen estar forrados de plomo. La defensa del atacado se mantiene indescifrable, luego evade a "Pazzo" para huir al lado contrario de las cuerdas. Quedan menos de diez segundos para que finalice la contienda. El italiano corre hacia él, toma impulso, lo finta y le propina una tremenda patada en los testículos. Floyd se dobla de dolor y baja la guardia. Bartoli le lanza un gancho en la mandíbula que es capturado por centenares de cámaras fotográficas y lo noquea. Ante la mirada atónita de los asistentes, los jueces, el réferi y los entrenadores, Bartoli contempla durante un momento a su contrincante desmayado. Satisfecho, se da la media vuelta y se dirige sereno rumbo a su esquina. Aunque sabe que será descalificado, su conciencia está muy tranquila: es la primera vez que alguien derriba al infeliz de Gayweather.

Balas de fogueo

I.

María corre hacia ninguna parte, tiene el rostro anegado en lágrimas. Se rasga las prendas, grita, disminuye la velocidad hasta desplomarse en el herbaje. Mientras golpea el suelo con ambas manos, exclama juramentos una y otra vez hasta que su voz se fragmenta. Su cuerpo se estremece. De repente, los alaridos que acompañan el llanto desesperado se apaciguan. Se repite continuamente en silencio que ella no quería eso. No, ella no quería eso.

II.

Antes del inicio del rodaje de un episodio de la serie *Encubrimiento*, María contempla el rostro que le devuelve el espejo suspendido en la pared. Se acaricia las facciones y sostiene su propia mirada. Le desagrada lo que ve. Los ojos, ligeramente enrojecidos, son la evidencia de sollozo. "No más lágrimas", murmura frente a la pulida superficie de cristal, como si sus palabras surgieran a través de la mujer que yace al otro lado del espejo para motivarse.

Sigue pensando en su coprotagonista, Daniel Reyna, el galán de las mil mujeres, el hombre al que ninguna se resiste, el Don Juan cuya labia es infalible. María recuerda la noche en la que no estaba convencida de ceder a sus encantos para

tener relaciones sexuales; pero el canto de sirena del actor la embaucó, prometiéndole con palabras huecas la estabilidad de un noviazgo; algo que todas le envidiarían. Accedió a los fervientes deseos de Daniel. En la madrugada, mientras los dos yacían en la cama de un hotel fastuoso tras haber vivido una intensa noche, Reyna le dijo que no quería nada con ella. Hizo que se marchara y, a partir de entonces, jamás volvió a dirigirle la palabra, a menos que fuera por cuestiones de trabajo.

La chica reniega de la remembranza y se dirige a uno de los camerinos; allí se pone unos guantes de látex, luego coge el revólver Mágnum calibre .44, mismo que va a utilizar un actor para herir al personaje representado por Daniel en la filmación.

María sale con premura del camerino, cerciorándose de no ser vista por nadie. Espera en el sitio que le corresponde, mas su plan se retrasa por el inevitable temporal. Maldice al darse cuenta de la suspensión del rodaje. Maldice más cuando se percata que el actor principal de *Encubrimiento* se divierte junto a varios colegas en su habitación del set. A pesar de lo adverso de las circunstancias, su imaginación se desborda y se ve a sí misma visitando a su coprotagonista, malherido en un carísimo hospital, en los días posteriores a su venganza. Le propina una bofetada con guante blanco al regalarle un bonito arreglo floral con la leyenda: "Alíviate pronto". Finge sentirse acongojada ofreciendo la actuación de su vida para no demostrar el júbilo en su interior; júbilo al contemplar a Daniel sumamente jodido y canalizado en la cama, mientras le dice en silencio: "Merecido te lo tenías, cabrón". Tarde o temprano, las estrellas terminan opacándose.

Los pensamientos de la chica se interrumpen cuando escucha una detonación que le congela la sangre. Una serie de gritos que provienen del camerino de Reyna la conducen allí. Abre la puerta de la concurrida habitación del set y se petrifica al contemplar la escena.

III.

Daniel Reyna es uno de los actores más cotizados del momento. Su imagen atractiva, aunada a su carisma, lo ha llevado a ser el objetivo de diversos productores cinematográficos y de televisión. Los tabloides afirman que se ubica en el pináculo de su carrera.

En la actualidad trabaja en una exitosa serie televisiva; cuenta con el papel protagónico que es un agente encubierto de la CIA, haciéndose pasar por modelo de ropa italiana. Acaba de renovar su contrato para una segunda temporada.

Daniel se encuentra en el set de filmación. Es el albor del rodaje del séptimo episodio de la temporada. Las cámaras de video lo capturan mientras camina en las calurosas calles de una famosa ciudad en la costa del mar Caribe.

La trama del guion, al menos dentro del estándar de la serie, es inusual: un transeúnte, que resulta ser un enemigo encubierto del personaje de Daniel, lo distingue entre la muchedumbre y le dispara en el vientre. El protagonista sobrevive pero unos compañeros le ayudan a fingir su muerte.

Para infortunio del equipo de filmación, el clima se im-

pone. Las nubes se precipitan; la tempestad hace que extras y peatones busquen refugio mientras apresuran el paso. El rodaje se suspende y el Director insta a los actores a volver a los camerinos hasta que amaine la lluvia.

Reyna se reúne con un par de coprotagonistas en su habitación del set. La lluvia no cede, motivo suficiente para atrasar la filmación. Daniel bromea para matar el tiempo; unos le siguen el juego; otros vuelven a repasar sus líneas. La inquietud y la impaciencia comienzan a apoderarse de los actores. Reyna sigue intentando aligerar el ambiente pero conforme pasa el tiempo, la frustración se adhiere a su estado de ánimo. Mira a su alrededor y descubre un revólver Mágnum de calibre .44 encima de una mesa; esa es el arma con la que le disparará su rival de la serie, misma que María conoce y ha manipulado, sustituyendo las balas de fogueo con balas reales, pues la escena en el guion le había parecido perfecta para ejecutar su plan: un disparo entre la muchedumbre, separado de dos a tres cuerpos de distancia. La munición, había pensado la chica, iba a dar en el blanco sin provocar la muerte del codiciado galán del momento. Ella solo quería ocasionarle un poco de dolor. Hacerlo sufrir.

Daniel sujeta el revólver y contempla su cañón. Cuando uno de los productores irrumpe en el camerino para informar que la filmación se reanudará hasta el día siguiente, Reyna se coloca el arma en la sien derecha y exclama:

—¡No puedo creer esta porquería! –luego aprieta el gatillo.

Snuff (Deep Web)

A eso de la medianoche, Arturo Mendieta navegaba muy profundo en las redes del ciberespacio. Visitaba, como casi siempre cuando recibía un aviso a través de su correo electrónico, una de esas páginas "prohibidas" y no precisamente de contenido pornográfico. En la pantalla de su computadora se proyectaba, en vivo, la aterrada imagen de un hombre maniatado y semidesnudo. Junto a él, un verdugo enmascarado afilaba un machete como si estuviese ávido por jugar con su arma. Las instrucciones eran simples: si un usuario cualquiera depositaba en la cuenta bancaria de aquella página web, una considerable suma monetaria, el verdugo torturaría al cautivo. La cantidad del pago determinaba la magnitud de la herida. Mendieta estaba excitado, frotándose las manos mientras imaginaba lo que iba a ocurrirle al pobre imbécil que pagaría las frustraciones de cada espectador.

Cuando un visitante depositó el primer pago, el verdugo laceró el brazo del prisionero; su intenso alarido se había transformado en el torrente de adrenalina que recorría el cuerpo de Arturo, quien sintió el anhelo vehemente de presenciar más sangre; otra dosis de violencia que se prolongara hasta la muerte. Un pago más devino en profundas incisiones en el abultado vientre de la víctima, quien en vano gritaba piedad. La clemencia carecía de significado en aquel espectáculo.

Enseguida le tocó el turno a Mendieta para proseguir la tortura. Depositó mucho más que los usuarios anteriores; su dinero compró la muerte del cautivo, víctima de una lenta decapitación. Era la primera vez que había logrado semejante proeza.

Meses transcurrieron desde aquel asesinato y Arturo continuó, la mayor parte de su tiempo libre, fiel a su página web. Nadie lo hubiese imaginado, en su respetable puesto de funcionario público durante el día, patrocinando muerte y suplicio durante la noche. Las víctimas inmoladas en honor a su nombre de usuario fueron acumulándose como el excremento en las alcantarillas. Sus valiosas aportaciones llamaron la atención del administrador de la mórbida página, quien tuvo el detalle de enviarle un correo electrónico que decía:

> *"Sus contribuciones han ayudado al rápido crecimiento de este negocio. En muestra de mi gratitud, lo invito a ser partícipe de una de nuestras funciones. Preséntese en la Avenida de los Vientos número 2341, colonia Montecarlo, el día 1 de Abril a las 11:30 de la noche. No se olvide de propinar cinco fuertes golpes a la puerta para que atiendan su llamado. La persona que lo recibirá le va a preguntar por la contraseña, y usted debe decir 'Eusebio'. No lleve invitados y por favor, no responda a este correo".*

Atentamente: E. Ruvalcaba

Mendieta no supo qué pensar tras leer la misiva. Ansiaba replicar pero sabía que no iba a obtener nada a cambio. Releyó el inusitado correo una y otra vez hasta que una sonrisa se dibujó en su rostro. "Partícipe de una de nuestras funciones". Le encantaba la idea de convertirse en juez y verdugo de su espectáculo preferido. Se preguntaba si le darían a escoger un arma para torturar a su víctima. No se decidía entre el martillo y la sierra, pero cualquiera le iba a conceder felicidad. Durmió como un bebé las escasas horas que faltaban para el surgimiento del alba y aunque no pudo recordar las escenas oníricas de esa noche, su sueño fue profundo.

Cuando llegó la fecha del gran evento, Mendieta no pudo conciliar el sueño; se presentó a trabajar como sonámbulo atendiendo mecánicamente a todas las personas que la palabra le dirigían; el desvelo le había maquillado unas horribles ojeras que no podía ocultar. Al término de su jornada laboral salió sin despedirse de nadie, como si sus compañeros fueran completos desconocidos o la causa de su estrés. En su imaginación, no faltó quién de sus colegas ocupara un sitio, maniatado y semidesnudo, en la silla de los próximos a morir. A la hora de comer, cada trozo de carne que engullía era un miembro mutilado de las víctimas en su honor. Su apetito parecía insaciable.

Luego de un breve paseo en el parque se encerró en casa, caminando de un lado a otro como animal enjaulado mientras las manecillas del reloj avanzaban, inexorables, hacia la hora señalada. Salió con premura de su hogar, calculando el tiempo que tardaría en recorrer la distancia. La noche se presentaba

apacible y solitaria, ajena a las desapariciones de pobres diablos que en fechas recientes abarrotaban los titulares de la prensa escrita. Mendieta llegó con puntualidad al sitio indicado: las viejas instalaciones de un hotel que no hacía mucho tiempo había dejado de funcionar. Dio la cantidad acordada de golpes a la puerta, que se abrió enseguida; el recepcionista había esperado justo detrás de ella. Contrario a lo que él había imaginado, la persona que se asomó a través del resquicio no dijo nada. Arturo tartamudeó antes de revelar la palabra de pase, y acto seguido le permitieron entrar. La penumbra reinante del hotel apenas era paliada por pequeñas lámparas que pendían del techo. El anónimo funcionario público fue guiado hasta una sala de grandes proporciones. Allí fue recibido por Ruvalcaba y un par de acompañantes, quien además de presentarse y ofrecerle algo de beber, se dirigió al Invitado de Honor por el ridículo nombre que se había puesto de usuario en la página web. Mendieta rechazó tomar algo pero al ver el ofendido rostro de su anfitrión tras la negativa, le pidió una copa de whisky. Los ojos de Ruvalcaba brillaban mientras servía la exquisita bebida, que fue apurada de un trago por el huésped.

—¡Estoy listo para matar a alguien! –exclamó Arturo, envalentonado y con la cara enrojecida por el golpe de alcohol.

—Todo a su debido tiempo –replicó el anfitrión, provocando una sonrisa en sus acompañantes.

Al escuchar las palabras de Ruvalcaba, Mendieta se desvaneció.

El anónimo funcionario público despierta en una habita-

ción bien iluminada. La confusión, el primer sentimiento que permea en su interior. Guiñando los ojos, gira la cabeza de izquierda a derecha distinguiendo lo que hay a su alrededor. Sintiéndose aún atolondrado por los efectos de la droga que han puesto en su bebida, trata de incorporarse sin éxito. Sus manos y sus tobillos han sido atados –respectivamente– al respaldo y a las patas de una silla. Su rostro muda de la sorpresa al horror tras descubrir, frente a él, una cámara de video capturando su imagen. Grita. Una persona ingresa a la habitación. Mendieta voltea a ver al que acaba de entrar: un hombre sin rostro. En su mano derecha sostiene una sierra. El verdugo espera hasta que un usuario efectúa el primer pago de la función. Como si adquiriese voluntad propia, la sierra cercena, con parsimonia, las piernas del cautivo huésped. Los aullidos de dolor solo alimentan el placer de aquellos que navegan muy profundo en el ciberespacio para contemplar su espectáculo favorito; en menos de quince minutos un usuario pagará el monto suficiente para que maten al pobre diablo que sale en su monitor.

Un buen amante

Ludere cum ignis, ludum periculosum.

El sol se había puesto y me dirigí, sin mucha prisa, al lugar acordado para reunirme con mi amigo Rubén: una taberna de buena pinta que, en palabras del cantinero que casi siempre la atendía, no era buena ni mala, simplemente antigua. Yo tenía ganas de beber; el calor calcinante de aquella tarde de perros era el perfecto estímulo para embriagarse.

Recorrí el largo… largo pasillo del bar, y lo primero que vi al abrir sus puertas hechas al estilo del Viejo Oeste, fue a Rubén, cabizbajo, sentado a la barra, apoyando sus codos sobre la pulida superficie de madera. Tenía las manos entrelazadas ignorando el tarro de cerveza ante él, que desbordaba espuma. Me senté en un taburete a su lado; parecía sin ánimos de conversar y, luego de darnos un buen apretón de manos, alzó la voz:

—¡Maldita sea mi suerte!

¿Maldita? A mi entender, Rubén no tenía nada de qué quejarse. Le sobraba dinero, tenía un negocio grande y estable; una casa que muchas personas ya quisieran; una mujer con clase y de envidiable figura; dos hijos –ambos exitosos estudiantes de Medicina– y cada lustro, sin fallar, vendía su automóvil para adquirir otro de modelo reciente.

A sus cincuenta años era asediado por féminas de todas partes. ¿De qué se lamentaba?

—¿Qué sucede? –le pregunté.

—A veces quisiera saber si de verdad me estiman las personas que me rodean, o si están conmigo solo por el capital. Tarde o temprano, casi todos me defraudan. Hoy amanecí más sensible de la cuenta, lo sé… quizá se acumularon en mi interior las traiciones, la decepción y toda esa porquería. ¿Sabes qué es lo que más me duele? Tengo la certeza de que yo he propiciado la ruptura de la mayoría de mis relaciones. Ya no puedo con este sentimiento de culpa.

—Tranquilízate –le dije, mientras le daba una palmadita en el hombro–. Aún hay personas en las que puedes confiar. Y está mal que lo diga pero, yo soy una de ellas.

—Lo sé, lo sé –me dijo, exhortándome a brindar.

Pasamos la noche bebiendo cerveza hasta que nos echaron del bar. Había llegado el desenlace de las beodas conversaciones que los clientes sostenían en cada rincón del desvaído local. Rubén se despidió de mí con un fuerte abrazo, diciéndome repetidas veces lo mucho que me quería.

Muy temprano, al día siguiente, el ruido intermitente del teléfono me despertó. Era Rubén. Me llamó para invitarme a cenar. Acepté de buena gana –¿Mencioné que la esposa de mi amigo, además de atractiva, era buena cocinera?–. Me levanté para ir al retrete. La cabeza me daba vueltas y mi estómago

se salió por la boca. Al asomarme en el espejo, vi un rostro demacrado con los ojos enrojecidos; el típico semblante de la temible resaca. Tomé un par de pastillas efervescentes y un coctel de tomate con almeja para sentirme un poco mejor. El remedio funcionó.

Acudí a la residencia de Rubén a la hora indicada. Aún no oscurecía y el clima se mostraba cálido pero benévolo. Estacioné mi vehículo en el jardín de mi amigo; tenía el espacio suficiente para albergar hasta una docena de automóviles. Abrí la guantera de mi nave para sacar de allí un ánfora de vino. Salí del automóvil y contemplé un momento la fuente de ornato antes de tocar el timbre de la casa. Al llamar, la esposa de mi amigo, Alondra, abrió la puerta con una radiante sonrisa. Jamás la había visto sonreír así. Dijo que Rubén no estaba y que tardaría como dos horas en llegar. Me incomodé; al ver mi rostro, ella interpretó mis pensamientos y me dijo que no me preocupara. Tras invitarme a ocupar un sitio en su cómoda sala, me aposenté en un sillón individual que tenía un hueco formado por el trasero de Rubén, pero se estaba bien ahí. No iba a sacar el ánfora hasta que mi amigo llegara, así que decidí entablar una charla baladí con Alondra. Al cabo de un rato ella fue a servir un par de tragos de vodka. Empezamos a beber. Lubricada por el alcohol, la plática se había tornado más amena. Ya ni siquiera sentía molestia alguna por la inesperada ausencia de Rubén. De repente, sin que viniera al caso, Alondra me preguntó:

—¿Te consideras un buen amante?

—Está mal que yo lo diga, pero sí.

—¡Presumido! –me dijo, soltando una carcajada.

Enseguida la vi incorporarse y entrar al baño. Cuando salió, tenía puesto un *baby doll* de lo más provocador; un atuendo que –podría apostarlo– le brindaba felicidad a mi amigo cada noche. Como dirían los españoles, parecía tener un polvo excelente. ¡Qué pedazo de mujer! Puse cara de asombro y enmudecí. Después agaché la mirada enfocándome en la bebida. Ella se me acercó para murmurar en mi oreja:

—Te gustaría… antes de que llegue mi marido…

No le respondí. Ella se alejó parsimoniosamente rumbo al dormitorio, contoneando su lindo y delicado trasero. Duré como un minuto pensando que ella jugaba, que todo era una treta de muy mal gusto. El destino me agredía con una infernal disyuntiva y, sin embargo, seguí a la mujer de mi amigo. Yacía de espaldas sobre la cama, cruzando las piernas, con el hermoso cabello desparramado en su almohada. La disyuntiva me invadía de nuevo, palabras inconexas rondaban en mi cabeza: tálamo, traición, voluptuosidad, adulterio, ¡cruz, cruz! Finalmente decidí… ¡abalanzarme sobre ella! Le empecé a besar el cuello, rozando mi entrepierna con la suya.

—No, no, no –me dijo, entre leves gemidos, mientras abría sus gloriosas y torneadas piernas.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando salí de la casa.

Mientras cruzaba el jardín fumando un cigarrillo, vi a Rubén sentado sobre el cofre de mi nave, con el rostro desencajado. Nunca le había visto fruncir el ceño de esa manera. Cuando llegué a su lado, me dijo:

—Eres un cabrón hijo de puta. Lo que te propuso la perra de mi esposa había sido un acuerdo entre ella y yo para cerciorarme de la confianza que en ti tenía depositada. Me salió el tiro por la culata. Eres igual de pendejo que los demás, me equivoqué contigo… y lo más triste, es que también con mi esposa.

Pensé decirle: "Ya ves lo que le pasó al *Curioso Impertinente*", pero qué pudiera saber él de Cervantes. Merecía los insultos que me dijo, esos y más. Después de escucharle un poco más acerca de mujeres, amigos y traiciones, me corrió de su casa, de su vida. No dejo de pensar que él lo propició.

A veces paso de largo ante la taberna de buena pinta cuando veo, aparcado muy de cerca y en altas horas de la noche, el vehículo de Rubén. Sincerado entre las copas, seguro estará quejándose de su suerte con alguien más. Mientras avanzo, pienso en el que con lumbre juega…

Improvisación sobre la ceguera

I.

Paulatinamente fui perdiendo la vista. Fue por eso que mi pareja me abandonó, aunque la gente opine que fue un cotidiano trato adusto hacia ella. En efecto, solíamos pelear casi todos los días por las cosas más triviales; con la cabeza caliente, nos gritábamos obscenidades que traspasaban las cuatro paredes de nuestro hogar, deleitando a los vecinos indiscretos. Mi mujer no quiso encargarse de mí cuando quedé en tinieblas. Engañándome, mal resignado me dije a mí mismo: "Más vale solo que mal acompañado", y me fui a vivir a la casa heredada de mis padres. La vivienda, ubicada a orillas del pueblo, no es reconocida por su belleza sino por su antigüedad. Es tan arcaica que hasta la puerta principal adquiere garganta propia cuando se abre, reclamando a través de rechinidos insoportables; pero escuchar es lo único que me queda… y un montón de libros que se están cubriendo de polvo porque ya ni me tomo la molestia de abrirlos para oler el marchito aroma que se desprende de sus páginas.

Era el albor del otoño cuando me quedé solitario con mi ceguera. No me gusta esa estación del año; a mi esposa la ponía romántica; a mí, reumático. Para ella significaba una etapa muy sensual, ya que desnuda a todos los árboles que ceden afables ante la persistencia del viento. Nunca pude apreciar las diversas tonalidades de las hojas que, al caer, vuelven a conectarse con la tierra. El paisaje se torna aburrido, taciturno,

como una fotografía en sepia. Menos me convence el cambio de clima. Para muchos campesinos el otoño es una bendición porque empieza la cosecha y a mí solo me dieron calabazas; pero no me quejo, ¡favor que me hicieron! Mi mujer ya me estaba desquiciando con sus creencias en la santería y sus consultitas del porvenir a través de la baraja española. Rituales para armonizar una relación en crisis; recuperar la paz perdida; alejar visitas no deseadas; potenciar la atracción sexual; protección de robos y atracos; pagar las deudas… todos esos ritos, hechizos, cualquiera que sea su acepción, fueron colmando el vaso de mi resistencia. ¡Ya ni podía caminar tranquilamente por tantas veladoras, imanes, cuarzos, pañuelos, botellas y calabazas que abarrotaban cada rincón de nuestro hogar! La gota que derramó el vaso fue un objeto que descubrí bajo la cama de mi alcoba: una pata de venado junto a una fotografía de mí, atadas con un listón rojo. No tiré la pata a la basura. La quemé. Mi mujer y yo nos dejamos de hablar durante semanas hasta que, por alguna u otra razón, empecé a sentirme más atraído por ella que en la remota época de nuestra juventud. Los problemas se reanudaron cuando empeoró mi condición. Las discusiones se intensificaron; nadie quiso ceder. El resultado de semejantes querellas era predecible: la separación, inminente. Antes de irse, mi mujer me advirtió:

—Te tengo embrujado, cabrón. Cuando menos te lo esperes, los nudillos de la muerte llamarán a tu ventana. Vale más que hagas tu testamento de una vez y ojalá te vayas con la conciencia tranquila.

No hice mucho caso de su charlatanería y menos impedí que se largara para siempre. Le dejé la casa a nuestra única hija –que acababa de titularse en Licenciatura en Derecho–, una auténtica rosa brotada de una espina; mi orgullo, mi razón de vivir. Luego me marché.

II.

Es verdad que ciertos sentidos se agudizan cuando uno de ellos se atrofia. No solo escucho mejor, también soy capaz de distinguir aromas que antes pasaban desapercibidos. De cualquier modo, extraño ver. Me duele escuchar la lluvia cuando no puedo distinguir las gotas de agua precipitándose en la tierra para teñirla de verde; caminar en el bosque próximo a la casa y no disfrutar del paisaje; mirar hacia arriba sin apreciar los trazos de una parvada en vuelo de estación, ni los cúmulos que filtran los haces de luz en la bóveda celeste. Pero más me puede el hecho de no presenciar el crecimiento de todos los árboles que planté alrededor de mi morada, resignándome a moldear su imagen en mis pensamientos cuando acaricio sus ramas y su corteza.

Es difícil aceptar vivir con un velo que no se quita, que resulta sempiterno. Admito que las visitas de mi hija, aunque esporádicas, devienen en lo único que me da felicidad. La advertencia o sutil amenaza de mi esposa no me conmueve; tengo la suficiente fortaleza para soportar sus malas vibras. Por si acaso, para alejar más desgracias, a menudo pongo algunos

litros de agua destilada al fuego y cuando empieza a hervir, le agrego sésamo, hojas de laurel, cáscara pulverizada de huevos blancos, cucharadas de salvia y de sal marina, unas copitas de vino seco y un limón partido. Cuelo todos los ingredientes contenidos en el agua y procedo a llenar una cubeta. Con un trapo blanco de algodón absorbo el mejunje para fregar el piso de cada una de las habitaciones de la casa, limpiando así las malas vibraciones que me envía la vieja bruja. No es que sea muy creyente; solo lo hago para prevenir.

III.

Ya es noviembre y no me dan ganas de levantarme, pero tengo que hacerlo. Un desayuno frugal me reconforta un poco. Me siento extraño. El día transcurre con la habitual monotonía, tan predecible… tan falta de gracia. Lo único trascendente es la fumigación que ordené hacer en casi todas las habitaciones, salvo una, la que nunca uso; aquella donde murió mi padre. Solo por hoy debo pasar la noche ahí. Me acuesto y no puedo conciliar el sueño. El viento sopla leve; sus silbidos son una promesa de frío. De repente escucho algo en la ventana, un ruido más molesto que el rechinido de la puerta; algo o alguien está raspando el cristal. La fuerza del viento se intensifica; los rechinidos también. ¡La muerte viene por mí! ¡Maldita sea la bruja y estúpido de mí por ignorar su advertencia! No me puedo levantar. Por vez primera no me molesta ser ciego. Me tapo la cabeza con las sábanas, luego me cubro los oídos con

las manos. Tiemblo, mas no por el clima. Es solo cuestión de tiempo… solo cuestión de tiempo para reposar eternamente. Ya solo me conforta haber hecho mi testamento e imaginar la cara que pondrá mi exesposa cuando vea que no le heredé ni un céntimo.

IV.

El viento mece las ramas de los árboles plantados alrededor de esa arcaica vivienda construida a orillas del pueblo, donde un hombre que acaba de acostarse está temblando por los ruidos que perturban su sosiego. Un bello nogal, que sigue desarrollándose muy cerca de la ventana de una alcoba, restriega el cristal con su brazo más orondo.

El éxodo de los miserables

Jugaba con mis dos primos cuando alguien tocó la puerta. Mi tío atendió el llamado. Quien había interrumpido el sosiego era un hombre muy alto y de talante adusto. Vestía ropa militar y portaba un sable. Ante el umbral, exclamó:

—¡Sabemos que aquí hay cucarachas! –y hundió su arma en el pecho de mi tío. Entró como si la vivienda le perteneciera, seguido por tres soldados más. Huí junto a mis primos a través del patio, brincando el pequeño cerco que lo delimitaba. Corrimos a toda prisa sin mirar hacia atrás y sin detenernos. El exterior se había vuelto una algazara de gritos y detonaciones. El aire, enrarecido por el fuego, la pólvora y el plomo, nos daba náuseas, aletargando la fuga. El río en donde solíamos abastecer nuestras ánforas acarreaba decenas de cadáveres.

Nos detuvimos al llegar a la morada de una buena amiga de mi madre; dubitativa, temerosa, luego magnánima, nos recibió. Dijo que la guerra entre las tribus de mi país había estallado y que la estirpe gobernante planeaba exterminar a la mía. No podía entender en qué nos diferenciábamos, si nuestro color de piel era idéntico y muy similar nuestra fisionomía; pero las riñas existían desde que era más pequeña. En la escuela, mi tribu era minoritaria y a menudo abusaban de nosotros. Hasta había un considerable grupo de "la otra casta" que veneraba la ideología de tiranos como Hitler.

Sabíamos que nuestro escondite pronto iba a ser descu-

bierto y antes de meter en problemas a la mujer que nos había acogido como integrantes de su propia familia, volvimos a escapar. Afuera, el panorama no había cambiado: era un campo de batalla. La tranquilidad llegaba en dosis muy pequeñas, intervalos que aprovechaban los guerrilleros para apilar los cadáveres de su propio bando, recargar de municiones sus armas o comer.

Nuestro destino: una iglesia o un estadio que, según las palabras de nuestra amiga, servían de albergue a personas como nosotros. Ansiaba que mi madre se hubiese refugiado en cualquiera de esos lugares, volver a verla con vida era mi esperanza.

Durante nuestro recorrido capturamos la atención de los hutus. Nos persiguieron. La desesperación y el miedo aunado al instinto de supervivencia, hicieron que tomáramos rumbos diferentes de evasión. Desde aquel día no he vuelto a saber del paradero de mis primos. Fui alcanzada por un hombre alto y delgado. Y como intenté zafarme y seguir corriendo, me propinó una zancadilla y tropecé. Otros miembros de su grupo se le unieron y me rodearon. Mi perseguidor desenvainó su machete y me dijo:

—Las balas son muy costosas hoy en día, por lo que debemos usarlas contra el Frente Patriótico Ruandés y deshacernos de cucarachas como tú con otros métodos. Si tuvieras mucho dinero podrías pagar tu manera de morir. Lástima que no tengas nada.

Enseguida puso sus pies encima de mis piernas, burlándo-

se mientras invitaba a sus compinches a contemplar lo frágil que eran los huesos de los tutsis. Iba a hundir su arma en mi vientre cuando, bendita la hora, una bomba cayó muy cerca de nosotros. Atontados por la inesperada detonación, los guerrilleros se desperdigaron para dirigirse a la trinchera más cercana. Me incorporé, riendo mientras corría con todas mis fuerzas sin sentir cansancio alguno, apenas asimilando lo que había ocurrido.

No supe cuánto tiempo corrí. Me detuve hasta que mis pies sangraron, quitándome de encima las piedrecitas que tenía incrustadas en las plantas. Me dolía caminar pero no dejé de hacerlo. Cuando vislumbré la mole de la iglesia –a la que acudía en ciertas ocasiones–, nítidamente recortada contra el horizonte lleno de humo, no vacilé en acercarme a ella. El sacerdote Seromba permanecía ante sus puertas atrayendo a mi gente para refugiarse. Estuve a punto de entrar pero había algo en el rostro del sacerdote que no me inspiraba confianza: su mirada tenía el fulgor que se manifiesta en las personas mentirosas. A pesar de que extendió sus brazos para recibirme junto a los demás, di la media vuelta para proseguir mi camino.

—Niña estúpida, ¡te van a matar! –me gritó Seromba mientras me distanciaba de él. Luego lanzó varios insultos que no pienso mencionar.

Al haber dejado atrás la iglesia, pronto escuché un ruido que me hizo voltear. Excavadoras aplastaban a los refugiados; los que lograron salir, fueron fusilados por la milicia a la que

de seguro había llamado el sacerdote, fungiendo muy bien su papel de Judas. Desde ese instante mi fe en los dirigentes de la religión decayó por completo.

Solo podía confiar en mis piernas, que me condujeron hasta un hotel de hermosa fachada. Vi entrar a muchas personas. Me quedé de pie frente a la puerta del edificio. Me sentía muy cansada y hambrienta. Dudaba, además, si aquel lugar no era una treta como la que acababa de presenciar; un sitio más donde nos atraparían para asesinarnos en masa. Mi padre conocía al dueño del hotel; lo consideraba una buena persona, mas nadie podía garantizar en aquella situación si él iba a traicionarnos.

De repente volví a escuchar otra horrible explosión que me hizo gritar bien fuerte, impulsándome a tocar la puerta como loca, hasta que un perfecto extraño la abrió. Mirándome conmovido de arriba hacia abajo, me permitió entrar al edificio en donde permanecían varias personas tan atemorizadas como yo. Distinguí, entre aquella muchedumbre, algunos rostros conocidos, pero ninguno miembro de mi familia. Después de reposar durante algunas horas que se sucedieron acompasadas como si fueran una sinfonía demoledora, un convoy llegó por nosotros. Los soldados –que no eran parte del FPR– dijeron que nos sacarían del país; anhelaba permanecer más tiempo hasta dar con mi madre. Me disponía a escabullirme para ir al estadio; tenía que tomar ese riesgo aunque me atormentara la incertidumbre.

Cuando los soldados que venían a rescatarnos dijeron que formáramos una fila para ir ocupando un sitio en sus vehícu-

los, me fui hasta el último lugar, confiando en que así podría marcharme desapercibida. Mientras me alejaba, fui detenida por un hombre de semblante generoso, acaso el único gesto noble que había notado durante el genocidio. Sostuvo mi brazo, sonriéndome, antes de preguntar mi nombre. Tras responderle, me dijo:

—No te alejes, pequeña. Ya te diste cuenta que casi ningún lugar es seguro. Los gendarmes destinados a proteger a los que buscaron albergue en el estadio, se convirtieron en sus asesinos. Vayámonos de aquí. Algún día podrás retornar a este país si así lo deseas. Tarde o temprano te reencontrarás con tu familia; mas no el día de hoy.

Las palabras de aquel sujeto me convencieron de unirme a la peregrinación de mi tribu. Estaba triste, pero viva después de todo. Me senté a su lado en el autobús y conversamos muy poco a lo largo del trayecto. El sendero que recorríamos se mostraba apacible, algo muy añorado por todos. El sol brillaba intensamente en la lejanía disipando la bruma de violencia que obnubilaba nuestra memoria. Los resabios de la guerra habían quedado atrás, como enmarcados en un óleo que ninguno de los peregrinos hubiese deseado contemplar.

Si Adelita se fuera con otro

Antonio del Río conoció a Adela Cienfuegos tras la Toma de Ciudad Juárez, cruenta batalla en la cual recibió un proyectil en el pecho. Lo internaron en una bodega que fungía como hospital improvisado. Además de padecer fiebre, el dolor no lo dejaba descansar. Convaleciente y sin esperanzas, ya se veía rumbo a una fosa de tres metros de profundidad cuando de pronto apareció Adela, muy bella y uniformada de blanco –como todas sus compañeras–, dispuesta a atenderlo. Parecía tener menos de dieciocho años y aun así, desempeñaba sus funciones de manera magistral y con diligencia. Era muy hermosa. Antonio desconocía si la atención que le brindaba era por su deplorable estado o por la compaginación que, poco a poco, iba surgiendo entre ambos. Su malestar mitigaba y la mayor parte del día estaba despierto, aprovechando cada instante en que era visitado por la enfermera. Fue tan buena con él, que hasta le regaló un par de libros para entretenerse cuando no pudiera atenderlo. Antonio no era muy buen lector; empero, disfrutó las obras que tuvo en sus manos.

Pronto se enamoró de Adela y el sentimiento era recíproco. Quiso el destino que ella tuviera que marcharse a la capital del estado a terminar unos asuntos pendientes, pero Antonio juró que la seguiría cuando pudiera levantarse.

Cuando se recuperó, un compañero fue a visitarlo para darle una noticia:

—¿Desde cuándo Adelita te dio calabazas?

—Ella aún está conmigo –replicó Antonio.

—¿Dónde, que yo no la veo? Mira, muchacho, deja de hacerte ilusiones. Yo la vi en La Junta con un hombre, a mi parecer, unos veinte o treinta años mayor que ella. Eso sí, el viejo tiene una hacienda de lujo y una casa que muchos ya quisieran. Resignación, Toño, resignación. Bien dicen que no hay amor sin interés.

Antonio no pudo conciliar el sueño por la rabia que le transmitió la noticia. Acontecieron algunas semanas y se fue en tren a San Antonio de los Arenales a recibir instrucciones. El recorrido se le hizo eterno y tedioso, la vía de hierro en la que transitaba la imparable máquina parecía extenderse indefinidamente. El constante traqueteo de las ruedas al desplazarse sobre los rieles y el esporádico silbido que emitía su garganta metálica, no lo dejaban estar en paz. El paisaje, que de un páramo desértico devino en una zona pletórica de árboles, de vegetación, de cerros, no lo distraía de su coraje.

Tras llegar al pueblo, se hospedó con Benito Núñez cuya casa se erigía frente a la estación del tren. Día tras día se sentaba en una vieja banca en el andén, aguardando el arribo de su Coronel. El estremecimiento de la tierra que junto al poderoso silbato advertía la llegada del bólido de metal, la columna de humo que se difuminaba en la bóveda celeste y el sonido de los fierros devorando el camino, lo ponían nervioso, casi frenético… le resultaba imposible permanecer sentado. Observaba fijamente a cada uno de los pasajeros que descendían –como hormigas– de los vagones, y ante la ausencia del Coronel, mal-

decía una y otra vez hasta el cansancio, prolongando una tortuosa espera que lo sacaba de quicio.

Era el último día del cálido junio. Nubes plomizas invadieron el cielo para precipitarse sobre todos los que aguardaban en la estación. Cuando Antonio escuchó a lo lejos el alboroto del ferrocarril, puso la mente en blanco. "Después de todo –se dijo–, cuando uno piensa mucho en conseguir algo, a menudo sucede lo contrario". Permaneció sentado, resguardándose de la lluvia con un buen sombrero que acababa de comprar. Tratando de preservar la calma, se puso, como siempre, a escudriñar a los recién llegados. De pronto apareció no el Jefe Militar sino Adela. Antonio sintió el pecho oprimido… no estaba sola. Cogía del brazo a un hombre muy bien vestido, como el que le había descrito su compañero de batallón. Una vorágine se adueñó de sus pensamientos: encono, tristeza, rechazo. Al final, la ira prevaleció. Se les acercó con pie decidido: Adela pretendía iluminarlo todo con su hermosa sonrisa, mas su cabeza reclinada sobre el hombro del viejo ensombrecía los sentimientos de su enamorado. No pudo reconocer a Antonio en cuanto se plantó frente a ella, acaso porque no se había afeitado desde la última vez que se vieron, acaso por el sombrero. Pronunció su nombre y la mirada de la enfermera cambió. "La muy cínica no deja de sonreír", pensó el guerrillero, quien pronto sacó su revólver, sobresaltando a la joven mujer. Le dio la impresión de que el anciano iba a protestar, mas lo silenció, bañándolo de plomo.

—Espero que tu amor dure para siempre –le dijo la mujer mientras abrazaba, llorando desconsoladamente, el cuerpo tendido del viejo.

Enfundó el revólver y con el corazón deshecho, como si el mismísimo ferrocarril le hubiese pasado encima, se dirigió a la Comandancia. Confesó su crimen y lo encerraron en una lóbrega celda, misma que tuvo que compartir conmigo.

La primera y última visita de Adela lo abatió más de lo que se encontraba.

—El hombre que mataste era mi padre –le dijo, a punto de llorar de rabia–. No sé cómo fuiste tan estúpido como para creer que yo te había dejado por otra persona, y más estúpido aún por ser incapaz de distinguir entre un papá y un novio. Espero que el gusto de tu venganza dure para siempre –luego se marchó. Con el rostro desencajado, Antonio se puso a aporrear las paredes de la celda hasta que le sangraron los nudillos. No quise dirigirle la palabra hasta que se apaciguara. Y cuando le vino la calma, me platicó a detalle su breve historia con Adela, sintiéndose el más idiota de los hombres por haber cedido tan fácil ante un impulso infantil. Su ánimo era el adecuado para el fin del mundo.

El día en que obtuve mi libertad, le pregunté:

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? He cumplido mi sentencia.

—Sí, estimado Guadalupe Barajas –me dijo. Tomó un pedazo de papel y un lápiz que me pertenecían, pues a menudo

escribía marchas y corridos. Compuso tres versos; iba a producir el cuarto pero un nudo en la garganta se lo impidió. No quiso que lo viera derramar lágrimas. Él, Antonio del Río, que en defensa de sus ideales había combatido en la Revolución, dando muerte a muchos soldados, sensibilizándose delante de un hombre al que apenas conocía.

Me extendió el papel diciéndome que se trataba de una canción, de un poema, de lo que yo quisiera, pues me pidió que lo completara. Tomé la hoja y la puse muy cerca de mis ojos. Entonces leí en voz alta:

Si Adelita se fuera con otro
La seguiría por tierra y por mar
Si por mar en un buque de guerra

Tras una breve reflexión, con aire ausente y la mirada perdida, como si estuviese viviendo una epifanía, agregué:

Si por tierra en un tren militar.

El cuarto lienzo

I.

En un bar limpio y bien iluminado, tres alumnos de la Facultad de Artes Plásticas discutían trivialidades mientras tomaban cerveza. La descomunal ingesta de alcohol provocó en Alonso una necesidad apremiante de ir al baño. Tras orinar, contempló su rostro un largo rato en el espejo, pensando en lo guapo que se veía. Una premonición se introdujo en su cabeza y decidió volver con los demás. Cuando lo hizo, Sergio y Laura cortaron la plática de tajo. Alonso los miró suspicaz y alternativamente al preguntarles de qué estaban hablando.

—De nada importante –le respondieron, casi al unísono.

Alonso no se tragó muy bien el cuento, mas no hizo hincapié en su desconfianza y se puso a tomar como si nada hubiese ocurrido

II.

En la Clase de Pintura, Sergio trabajaba en una obra surrealista. Era el primer lienzo de cuatro que integrarían la saga de su vida. Se valía solo de dos colores: blanco y negro. Daba forma a una figura simple y humanoide cuyo cuerpo se dividía de manera simétrica por dos tonalidades opuestas; una máscara con

ojos como ranuras y con un signo grabado –como una letra de un alfabeto ignoto– cubría su rostro. Acostado pecho-tierra, mientras apoyaba la cabeza sobre sus brazos, el ser yacía contemplando un tablero de ajedrez de 49 casillas. Solo había una figura de las dieciséis que conforman el juego de guerra dentro del tablero; un peón que se ubicaba a medio camino de coronarse y uno más permanecía fuera de los escaques.

—¿Por qué el tablero lleva menos de 64 casillas? –inquirió Alonso a su buen amigo.

—Como devoto católico, lleva 49 cuadros en honor a los siete sacramentos de mi religión. ¿Captas? Siete por siete, 49.

—¡Eres un gran matemático! –Respondió Alonso con sarcasmo–. ¿Qué con esa figura?

—Representa mi alma; el tablero, mi entorno.

—¿Y los peones?

—El que está dentro del tablero simboliza a una persona que me interesa cada vez más; el otro, justamente lo contrario.

Alonso dejó de indagar al ver que su compañero, más concentrado que él, continuaba añadiendo trazos a su obra.

III.

El segundo lienzo estaba a punto de ser concluido. La figura enmascarada seguía frente al tablero sujetando en cada mano a las piezas de las torres que tragaban a su vez a peones insignificantes.

—Suelta la sopa –exhortó Alonso a su compañero, mientras señalaba el cuadro.

—Esos peones representan a unos viejos amigos que fueron devorados por la religión.

—¡No chingues! ¿Sacerdotes antropófagos?

—¡Claro que no! Yo influencié a ciertos amigos a transitar la senda de mi culto. Estudiaron en el seminario, se volvieron curas y dejé de frecuentarlos.

IV.

La tercera obra de arte de la saga de Sergio era muy diferente a las anteriores. En una habitación de tonos grisáceos había un pequeño sofá en el que se reclinaba un bello instrumento de cuerda, un violonchelo. En el centro de la recámara, una esfera no muy grande contenía el tablero de ajedrez. De pie, yacían dos piezas bajo la esfera: el Rey y la Reina. Arriba de la esfera, rematando la habitación, la figura enmascarada.

—¿De qué se trata esto? –cuestionó Alonso a Sergio.

—La esfera es mi propio mundo en el que solo cabía junto a mi novia. Puse el violonchelo porque era su instrumento favorito. Duramos juntos mucho tiempo pero nuestra relación terminó abruptamente.

—¿Qué sucedió?

Sergio no dijo nada. Siguió dando pincelazos.

V.

Jaime, un estudiante más de la Facultad de Artes Plásticas, conversaba con Alonso en un bar no muy limpio ni bien iluminado. Tenía muchos años de ser vecino de Sergio. Vivían en la colonia menos poblada de la ciudad.

—No me gustan sus obras por ser tan planas –confesó Jaime.

—Ni a mí, pero el tema me parece interesante. ¿Sabes de lo que se trata el tercer lienzo?

—¡Cómo no voy a saberlo! ¡Pinche Sergio! Estaba a punto de casarse con su novia; de hecho, cada quincena le daba dinero para que fuera comprando los menesteres del hogar. ¿Y qué crees? Mira, no es que sea chismoso pero a una semana de la boda, la vieja utilizó todo el dinero de mi vecinito para largarse con otro hombre a Estados Unidos. Sí, allá se casó con él. Desde que se enteró de la infidelidad de su vieja, Sergio le dio duro al alcohol, todos los días, hasta que su madrecita lo metió a un Centro de Rehabilitación.

—¡Qué poca madre la de su exnovia!

—¡Pues haz de cuenta que no sabes nada! Chitón, hermanito, chitón, porque si le dices a Sergio que te conté esto, ¡te voy a dar la putiza de tu vida!

VI.

Con la pistola de su padre, Alonso jugaba al tiro al blanco, solitario, en un rancho de su propiedad. No sabía qué pintar.

Las botellas fragmentadas en mil pedazos por los impactos de las balas no eran una buena fuente de inspiración.

Meditabundo en su casa, Sergio tampoco sabía qué hacer para culminar la saga de su vida. Un peón que avanzaba poco a poco en su tablero para coronarse, consumía cada uno de sus pensamientos. Un dilema moral complicaba su existencia.

VII.

En la Clase de Pintura, Alonso contemplaba, consternado, su lienzo vacío. Laura no había asistido a la escuela y para colmo de males tampoco respondía a sus insistentes llamadas. Asimismo, Sergio había faltado. Jaime se arrimó junto a Alonso. Su rostro reflejaba incomodidad y pena cuando usó la palabra:

—Mira, no es que sea chismoso, pero antes de venir a la escuela, vi a tu novia visitando a Sergio y saludarlo muy cariñosa. Se metieron abrazados a su casa. ¿A poco ya no andas con ella?

Un dolor atravesó el pecho de Alonso antes de afirmar que aún era la pareja de Laura. Con el rostro desencajado, pesadamente se incorporó de su banca para salir del salón.

VIII.

Alonso conducía a toda velocidad rumbo a la casa de Sergio. Le faltaban dos o tres cuadras para llegar cuando vio a su novia pasar junto a él. Intercambiaron la mirada en aquel breve encuentro; la de ella, sorprendida; la de él, colérica. Ninguno

detuvo su automóvil. Alonso aporreó implacable la puerta de Sergio quien, al abrirla, reflejó la misma expresión de Laura al sentirse esta descubierta por el amor de su vida. Estaba despeinado, fumando un cigarrillo. No supo qué decir.

—Jaque mate –sentenció Alonso antes de dispararle en la frente.

IX.

Taciturno y satisfecho, Alonso se encerró en su habitación para terminar la saga de su otrora buen amigo. Pintó un tablero de ajedrez con 49 casillas; encima de este, abatida, yacía la figura del Rey.

XIII

Nuestro líder se sienta solemne en el centro de la mesa donde estamos cenando. Un halo esplendoroso como la luz del sol irradia por encima de su cabeza, o será que los pastelillos de hachís o el vino lo están provocando. Con estruendosa voz similar al rugido de un león, anuncia algo tan grave que todos quedamos inmóviles: ¡Uno de ustedes morirá! Súbitamente comenzamos a mirarnos con patética expresión y uno por uno preguntamos a nuestro líder: ¿Seré yo señor? Mas nuestro guía permanece en silencio. Una leve sonrisa se dibuja en su rostro como si disfrutara de nuestro desgarrador suplicio que nos sitúa en un mar de incertidumbre. Hay un discípulo que nos aconseja no salir a la calle, alegando que la mayoría de los seres de nuestro mágico reino ha perdido la razón. Otro, menciona que hoy sucederán numerosos aquelarres; casi se arranca los cabellos cuando les atribuye su número favorito, que concuerda con la fecha de hoy. Pero no es supersticioso. Acabo mi ración de vino y comida para marcharme. Lo que necesito es una lectura de cartas y el Tarot es el único medio de predicción en el que confío.

Camino a través de un estrecho callejón colmado de híbridos, duendes y animales parlantes hasta llegar a la casa de Madame Troll para que me ayude con su vaticinio. Cuando cruzo la puerta, la vidente manifiesta que me está esperando. Luego me ordena escoger un número determinado de cartas al azar; la señora las extiende ante sí formando un abanico, colocadas boca arriba y boca abajo, y comienza la lectura. Analiza

el significado esotérico, luego me pide seleccionar una carta del mazo que se compone de los veintidós arcanos mayores. Levanto una de las cartas para descubrir una figura poco agraciada: un esqueleto humano que blande una guadaña como si segara la tierra en donde yacen cuerpos de mujeres y hombres de las distintas capas sociales. La carta no tiene nombre pero sí tiene un número que a más de uno de mis compañeros discípulos le causa triscaidecafobia. Madame Troll pronuncia lentamente su nombre consiguiendo que mi corazón se detenga por unos instantes: La Muerte. Pienso salir corriendo del lugar pero la vidente, previniendo todo tipo de situaciones, se dispone a hablar sobre el significado que conlleva la carta que al azar descubrí. Me fijo en sus enormes orejas y narices mientras inclina la cabeza, acaso dubitativa. Después de un largo momento la vidente me despeja de toda incógnita y temor. Afirma que la muerte no significa el acabose del camino. Simboliza transformación completa; renacimiento de las cenizas; el fin de una cosa; evolución desde un estado a otro superior. En pocas palabras, algo cambiará a partir de hoy, viernes, en el seno de mi grupo que se comprende de doce discípulos y un gran maestro: nuestro líder.

Me tranquiliza escuchar que la fuerza espiritual de Gaia está conmigo. La ilustración sobre la carta de "La Muerte" vino acompañada de palabras amables; es obvio que no moriré. Al menos, no bajo la predicción de mi guía espiritual. Sintiéndome más relajado, me retiro de la sala de adivinación de Madame, no sin antes pagarle una considerable suma monetaria, pues dice ella que todo aquel que poco o nada le pague po-

dría salarla en sus oráculos con el Tarot. Afuera, parece reinar el caos. Por medio de una algarabía me entero de un evento apto para un público morboso. A empellones avanzo a través de la calle principal, recibiendo insultos por parte de criaturas inusitadas. Los chismes, que son más rápidos que la luz, son ciertos después de todo. En una de las más concurridas plazas del reino hay una ejecución masiva. Queman en una hoguera a personas que visten con trajes de la realeza. Me acerco demasiado y compruebo que son conocidos míos quienes están recibiendo el cruel castigo: los monjes guerreros. Hoy termina su poder, ¡y de qué manera! Se les está inmolando poco a poco debido a que guardan el mismo secreto que comparte nuestro líder. Los doce discípulos lo compartimos al igual que los monjes guerreros. Quizá nos toque la misma suerte. Muerto, significa no más vino, no más hachís, no más mujeres. Cadáver; inanimado; difunto; exánime.

Cerdos, ovejas y perros parlantes están en primera fila como espectadores del terrible castigo. A lo lejos, en un balcón del Palacio de Gobierno, distingo la severa mirada de Clemente, Presbítero del rey Felipe, quien parece disfrutar del espectáculo. Felipe tampoco disimula su gusto por la lenta y dolorosa muerte de mis conocidos, e incluso se atreve a sonreír. De la eterna agonía del gran maestro de los monjes, emana un juramento. Convoca ante el tribunal del "Dios sin vocales" al Rey y al Presbítero, artífices de la destrucción de su gloriosa orden. Como partícipe de la ideología de los monjes, me deslizo entre la muchedumbre antes de que alguien me reconozca y me juzgue. Debo advertir a nuestro líder sobre los fatídicos eventos

que han tomado lugar en la plaza, antes de que sea demasiado tarde. Camino a paso veloz sin detenerme, anhelando no levantar sospechas entre los perros a mi alrededor, que aguzan su olfato ante mi presencia.

Al llegar al sitio en donde fumamos opio asiduamente –un jardín ubicado en la base del Monte de los Olivos–, nuestro líder está siendo capturado por una turba enfurecida de machos cabríos. Sin que él pueda notarlo, lo sigo como si formara parte del enemigo. La marcha concluye cuando lo encierran en la cárcel cercana al Palacio de Gobierno. Se dice que le harán un juicio en tres días. Por fortuna, me permiten visitarlo. Un guardia con cabeza de serpiente me guía hasta su celda; luego se marcha, advirtiéndome –a estas alturas, amenazándome con sutileza– que dispongo de muy poco tiempo para hablar con él. Nuestro líder es la primera persona en utilizar la palabra.

—Los demás discípulos y mi amante están ocultos en un lugar seguro. Yo me entregué por voluntad propia. Tú serás elegido para realizar el trabajo. Los monjes murieron por proteger el secreto, el mismo que yo conozco. Si no hablo durante el juicio que me van a hacer frente al Palacio del Gobierno, ante una voraz multitud… me torturarán.

—Si no ardes en la hoguera, la gente estará dispuesta a crucificarte.

—Basta de habladurías y escúchame bien. Deberás acceder a la torre del Dios sin vocales; aquella en donde solían reunirse los monjes guerreros. Sí, es la que consta de 33 niveles. Darás tres golpes en la puerta; en cuanto esta se abra,

subirás hasta el último piso en donde yace la oculta. Tráemela. Es imprescindible para ganar la batalla. ¿Sabes a qué cosa me refiero? No es otra sino la Piedra Filosofal, la que es capaz de materializar los sueños de quien la encuentre.

El guardia Cabeza de Serpiente nos interrumpe. El tiempo de visita se acabó. Fuimos lo suficientemente precavidos como para mantener nuestra conversación en voz baja. Entonces me marcho a cumplir la misión que mi líder me ha encomendado. Dejando atrás al guardia, avanzo con sigilo, desconfiando de todo aquel que me rodea. Afuera, arde aún el fuego en la pira de los monjes, paliando la oscuridad.

El tiempo discurre veloz y cuando menos lo pienso yace ante mí la torre del Dios sin vocales. Un cerco luminoso rodea a la luna, que parece instalarse en la punta de la Atalaya. Conforme a lo indicado, doy tres golpes a la puerta. Acto seguido se abre como por arte de magia. No hay nadie detrás de ella. Cada nivel ostenta un número en orden ascendente grabado en bajorrelieve. Asciendo a través de las escaleras en espiral, fijándome en el orden de la enumeración. El nivel doce me lleva al nivel catorce. Por fin llego a la cámara del nivel 33 donde supuestamente yace la Piedra Filosofal. Escudriño cada rincón del aposento y me doy cuenta que está vacío. Pienso en el tiempo indefinido, en los acontecimientos que hasta aquí me han traído en el transcurso de un día. Trato de asimilar las enseñanzas de mi maestro y lo que hoy viernes predijo; empiezo a comprender el simbolismo en las palabras de nuestro líder cuando veo a mi alrededor los utensilios necesarios para

preparar un cigarro de opio, sustancia que llevo oculta bajo mis ropas. Preparo el opio diluyéndolo en agua y lo caliento a fuego lento en una chimenea; luego filtro la sustancia y lo caliento otra vez hasta evaporar toda el agua. Utilizo mi pipa metálica para que el opio pueda hervir; es lo suficientemente larga para que el humo se enfríe. Fumo hasta agotar mi ración y alucino con todas las drogas que he probado pero no soy adicto ni fomento el vicio. El peso de mis párpados me cierra los ojos. Siento la necesidad de dormir...

Abro los ojos y una luz se filtra a través de un hueco por el que puede caber una persona de mi complexión. Veo a mi alrededor comprobando que aún estoy en el último nivel de la torre; baja del hueco una escalera de metal y subo por ella hasta llegar a la superficie. La luz es cegadora en demasía, nada puedo ver a dos metros de distancia. Al dejar el último peldaño, la luz del amanecer dorado se disipa y me encuentro en el cementerio nórdico; junto a mí yace la efigie del Dios Celoso. Me doy cuenta que me levanté de mi fosa, no de la torre del Dios sin vocales, y en mi cabeza se debaten los vaticinios de nuestro líder y de Madame Troll. ¿Es este el cambio o la muerte de la que hablaban? Sobre mi tumba, mi lápida tiene una inscripción en una lengua ignota: "*Visita Interiore Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*". Aunque desconozco las palabras, comprendo el mensaje.

A lo lejos distingo la silueta de nuestro líder, quien camina con sosiego fuera de la necrópolis. Corro hacia él y me sorprende lo que me dice. Pasaron tres días desde que acudí a la torre. Me pide de favor que camine a su lado y noto una coro-

na que ciñe sus sienes. Avanzamos a través de la calle principal y el Palacio de Gobierno yace en ruinas; piedra por piedra fue destruido. Junto a los escombros, están empalados del recto hasta la cabeza los cuerpos del monarca Felipe y del presbítero Clemente. También hay varios cuerpos desmembrados de algunos seres de Molay, nuestros enemigos. Le pregunto a mi guía espiritual: ¿Qué rayos pasó aquí?

—Todo lo que ves fue obra de la rebelión de mis discípulos, quienes agruparon a un ejército de los distintos seres del reino para derrocar a nuestros opresores. Evitaron el juicio, me otorgaron mi espada flamígera y di muerte a mis enemigos. Quizá suene paradójico pero yo soy el que rige esta anarquía. Derroqué al Gobierno para instaurar uno de tintes más liberales, no conservadores. No me refiero al caos sino a que cada persona debe regirse a sí misma con integridad. Me sorprende que la mayoría de las criaturas pudieran ver en mí a un mártir, un símbolo de agonía para solventar las culpas y los pecados de los otros. Mártir... y una mierda. Defiendo y defenderé mis ideales aunque deba quitar de mi camino a un bastardo. Ganamos la batalla... al menos por ahora.

—Todo suena bien pero, ¿qué hay de mí?, ¿qué sucedió con la piedra oculta?

Mi guía se encoge de hombros y responde con otra cuestión:

—¿No ves, acaso, el cambio en el reino? Estoy en deuda.

—No me interesa ninguna recompensa, solo hay algo que

me carcome las entrañas desconocer. El secreto... ¿cuál es?

—¿Quieres saberlo? El secreto es que... no hay tal. Los monjes guerreros murieron por calumnias de algunos seres –en especial de los perros y de los cerdos–, quienes le decían al Rey y al Presbítero que en sus reuniones en la torre del Dios sin vocales conspiraban en su contra y que tarde o temprano los derrocarían. A pesar de haber sido una acusación sin argumentos, los dos hombres obedecieron a los animales parlantes y ejecutaron a los monjes y a su gran maestro. Lamentablemente las estupideces que abundan en la boca de los ignorantes (que son una mayoría), se imponen.

De repente, el nuevo Rey de Reyes gira hacia la derecha y se introduce a un callejón. Sostiene ambas manos detrás de la cintura, satisfecho, y se aleja silbando una alegre melodía. Me deja con más dudas que respuestas. Sigo mi camino comprendiendo la necesaria soledad de nuestro líder. No puedo quitar de mis pensamientos la Piedra Filosofal. Como se dice que materializa los sueños de quien la encuentre, pienso en tres opciones: todo esto no es más que una fantasía que proviene de mi cabeza; tras morir, renací en el mundo que yo siempre quise; veo lo que mi mente deseaba mostrar cuando me uní a nuestro líder.

Desde la rebelión, los años discurrieron veloces. Nuestro líder murió a los 76 años, un martes que concuerda con el día en que ocurrieron los hechos más extraordinarios.

Para los cardiacos

I.

Martina se había quedado completamente sola. ¿Sus hijos? Bien, gracias, estudiando en una ciudad muy distante a la de ella. ¿Su esposo? Mal, gracias. Esta no es una historia de infidelidad y consciente estoy que no se pueden hacer conjeturas con lo breve que resulta el párrafo.

Martina había limpiado la casa con ahínco. Cada mueble, cada azulejo, cada mosaico del piso, refulgía como si los semidioses de la falsa mercadotecnia de la televisión hubiesen actuado ahí, haciendo justicia al producto que ofrecen. Solo faltaba una cosa por hacer. La matrona había visto a una cucaracha merodear alrededor del escusado, por lo que aplicó demasiado insecticida –en suspensión en un bote de aerosol– a través de la taza. Contenta y satisfecha, colocó sus posaderas en el sillón de la sala para leer un libro.

El reloj dio las dos de la tarde y Luis Barrera, esposo de Martina, arribó a la casa para comer; regresaría al trabajo hasta las cuatro. Luego de darse un buen festín, Luis se dirigió al sitio más íntimo de su hogar: el Trono de Porcelana. Encendió un cigarro mientras descargaba su ira acumulada en el retrete. Apenas había dado tres toques al tabaco cuando tiró la ceniza entre sus piernas. Antes de fundirse en el agua del escusado, la chispa hizo reacción con las partículas líquidas suspendidas en el gas del insecticida, provocando una combustión que hizo arder en llamas el delicado trasero de Luis. Si vemos el

lado bueno de esto, es que los testículos del hombre –encogidos y arrugados como pasitas– no sufrieron daño alguno. ¿Pero cómo pudo suceder semejante accidente? En general, cuanto más pequeña y ligera sea una partícula, más tiempo permanecerá suspendida en el aire. Las partículas más grandes tienden a caer por gravedad en cuestión de horas; las partículas más pequeñas pueden permanecer en la atmósfera durante semanas.

Los intensos y prolongados aullidos de dolor interrumpieron el sosiego de Martina, quien corrió hacia el baño como la jefa de una manada en protección de los suyos para ver lo que había pasado. Casi nada. Luis se retorcía en el suelo dándole la espalda a su mujer, haciendo notar la gravedad del asunto; de su trasero aún salía humo. Martina especuló que la salsa brava había sido la culpable de tal desgracia, pero Luis explicó –entre llanto y jadeo– que al tirar la ceniza del cigarro al retrete, una ignífera reacción emergió de la nada. "¡Por dios! ¡El insecticida!", pensó Martina. Debió haberle avisado a su marido, quien decía que el tabaco mejoraba considerablemente el proceso de evacuación. La esposa de Luis llamó cuanto antes a la ambulancia. En menos de diez minutos arribaron dos enfermeros corpulentos que cargaron a Barrera como si fuese un muñeco de trapo y lo introdujeron al vehículo. Martina les acompañaba, agitando un abanico a escasos centímetros de las nalgas de su cónyuge para proporcionarle un rico airecito; lo cierto es que el pobre individuo nunca paró de gimotear durante el trayecto de la casa al hospital. Martina sentía un anhelo vehemente de compartir las cuitas de su esposo, pero

el chofer detuvo el vehículo justo cuando una gota comenzaba a brotarle de la córnea. Los enfermeros bajaron a Luis de la ambulancia con sumo cuidado, en una camilla que carecía de ruedas para transportarlo sin complicaciones. Martina los siguió y mientras andaba a sus espaldas, comenzó a platicarles la causa del accidente. No debió hacerlo porque los enfermeros no pudieron contener la risa –ni el cuerpo de Luis, que se les cayó con estrepitosa violencia– al saber que el trasero de su marido ardió en llamas debido a un estúpido accidente. Tras disculparse, los enfermeros trasladaron a Luis, quien insultó varias veces a su mujer hasta llegar al quirófano en donde le sedaron para dar comienzo a la operación.

Bien, supongo que volvemos al punto donde todo comenzó. A causa del irrisorio –para algunos, claro– accidente de su esposo, Martina estaba sola en casa; tan sola como una prostituta de ochenta años en un bar de mala muerte ubicado en la periferia. Para relajarse y olvidar por un rato efímero el accidente de su esposo, Martina decidió aplicar en su rostro una mascarilla de aguacate, mezclada con una cucharadita de aceite de oliva. Confiada en que el fruto hidrataría su cutis, fue a su habitación a descansar el tiempo necesario como para dejar su piel más fresca y nutrida. Además de llevar una bata de baño, su pelo estaba teñido de un rubio platinado que no le sentaba muy bien. Todo parecía ir de maravilla cuando la mujer escuchó una serie de pasos sobre la escalera. Y como su esposo aún permanecía en el hospital, recuperándose, intuyó que alguien ajeno a su vida estaba al acecho. La casa de los Barrera no era una mansión pero sí que era un bonito lugar

en donde yacían objetos valiosos. Martina lo sabía muy bien y estaba dispuesta a salir al encuentro de quien fuera para amenazarle con la típica frase: "La policía viene en camino". Estaba dispuesta a demostrar que no hacía falta su marido para ahuyentar a un manilargo. Apenas había reunido el valor necesario para salir de su alcoba cuando se tropezó, golpeándose justo en la frente con el borde del tocador de caoba. El impacto le provocó un severo dolor y la sangre comenzó a manar como si las tuberías de su cuerpo fuesen a vaciarse. Llorando en silencio, decidió ocultarse en el clóset empotrado al suelo para preservar su vida. No le importaba que se llevasen todas sus pertenencias de alto valor: "Lo material va y viene", pensó con resignación y las lágrimas no dejaban de brotar. Escuchaba los pasos cerca, muy cerca del clóset. Y observó, temerosa, cómo un par de manos decididas abrieron de golpe las puertas del mueble...

II.

Marco Sotomayor se había despertado de buena gana. Aunque debo decirlo, se levantó con el pie izquierdo. Luego de tomar un ligero desayuno sin grasa, tragó un par de pastillas –era hipertenso– y fue a dar un paseo por su propio pie. Luego de trasponer un parque y haber caminado al menos durante quince minutos, vio una casa de dos pisos y de hermosa fachada. Parecía que la acababan de remodelar. Marco entonces lo supo. Esa era la casa que valdría la pena robar. Entonces

compró el periódico y se dispuso a esperar en una vieja banca de una vieja plaza, justo enfrente de la vivienda de sus sueños. Mientras leía las noticias, observaba de reojo el lugar. Estuvo sentado varias horas y a la única que vio salir fue a una mujer que regó las plantas, nada más. "Seguramente su familia llegará más tarde", pensó dubitativo. Arrojó el periódico a la basura y volvió a su casa.

Ya era de tarde y, con un traje deportivo, Sotomayor daba vueltas alrededor de la pequeña plaza para disimular lo que traía en el pensamiento. Luego compró agua embotellada y volvió a sentarse en la misma banca descolorida por el sol. Dando sorbos exiguos, esperó hasta que oscureciera. No vio, sin embargo, a nadie que tocase la puerta de la casa y mucho menos a alguien que abriera el portón eléctrico del garaje para estacionar un auto. "La mujer está sola. Ahora es el momento", pensó, debido a que nadie parecía recorrer la ciudad a pie, y los autos que transitaban la calle eran escasos. Con cierta mesura verificó la portezuela del barandal; no había candado que impidiese el acceso al jardín. A través de las ventanas, todas las luces parecían estar apagadas. Ante la puerta de la casa, Sotomayor preparó sus pequeñas herramientas cual cerrajero experto. No era la primera vez que se metía a un sitio. Los ruidos que hizo para abrir la puerta apenas fueron perceptibles. No forzó las cerraduras ni el marco de la puerta. Con una pequeña lámpara localizó entre tinieblas los objetos que podrían resultar interesantes. Escudriñó en el primer piso cada rincón detrás de la alacena y removió cuadros por si había alguna caja fuerte oculta sobre la pared. Confiado en que la mujer

ya debía estar en la cama, Sotomayor caminó con cautela sobre las escaleras. A cada paso los peldaños de madera crujían por más que tratara de avanzar en silencio. No había marcha atrás. En el peor de los casos, si la fémina notara su presencia, solo la amordazaría. Acortando la distancia entre ambos pisos, no dejaba de pensar en las joyas que debían estar guardadas en la recámara. A unos cuantos peldaños de llegar al segundo nivel, escuchó un golpe seco que le hizo vacilar durante un rato; luego reanudó la marcha. Lentamente abrió la puerta de la habitación en donde había la única luz prendida. No vio a nadie. Con el mismo paso sigiloso buscó en el baño que estaba enseguida del dormitorio. Nada. Luego le pareció escuchar un ligero sollozo que provenía del clóset. Para disipar la incógnita, se arrastró hasta ahí. Entonces abrió de golpe las puertas del mueble solo para presenciar a un ente maligno; un ser que parecía haber emergido del mismísimo infierno, de tez verde, cubierto de sangre y de cabello demasiado brilloso. Sotomayor sintió de repente un opresivo malestar, irradiándosele hasta los hombros y el cuello. Se llevó las manos al pecho, le costaba trabajo respirar. Antes de darse cuenta que era una mujer con mascarilla de aguacate y no un demonio lo que había visto, cayó fulminado de espaldas. Al contemplar el rostro de la matrona sufrió más dolor su corazón que si un tren de carga le hubiese pasado por encima.

Marco Sotomayor fue víctima de un infarto agudo al miocardio, o al menos eso fue lo que determinaron los médicos. "Fue por lana y salió trasquilado", fue el titular de algunos periódicos al describir la situación de Martina que causó, de

manera involuntaria, la muerte de aquel pobre ladrón. No cabía duda acerca de ella: se había convertido en una heroína del siglo veintiuno.

La secta del fin del mundo

I.

Faltaba poco para la llegada del año 2000 de la era vulgar; varios líderes religiosos se aprovechaban de la ignorancia de la gente. A casi todos esos cabecillas les había funcionado muy bien el injerto de una idea en sus seguidores: la creencia del fin de los tiempos. El apocalipsis era inminente, todo lo que el rebaño de ovejas conocía en el mundo iba a ser destruido piedra por piedra. Jeremías Osasuna, patriarca de la "Iglesia de los santos de los próximos días", había ganado notoriedad tras afirmar, aún sin el fundamento de una teoría científica, que el planeta no llegaría a la víspera del Año Nuevo. Algunos de sus más fervientes seguidores se suicidaron; otros, trataron de buscar consuelo en la parcial lectura del libro más vendido bajo el sol. Y no faltó quien derrochara sus ingresos en la compra de objetos de lujo, costosos e innecesarios, justificándose al mencionar: "Más vale vivir con molicie el día de hoy, porque mañana, Dios dirá".

Sectas empezaron a brotar como la peste bubónica en la Edad Media. La intención de la mayoría de sus creadores era simple: generar adeptos ofreciéndoles salvar su alma a cambio de un diezmo individual. Un líder se puso a vender parcelas de suelo "sagrado" a sus adeptos, aseverando que evitarían la hecatombe en caso de que permanecieran allí durante el Día del Juicio. El *slogan* de su negocio era: "La inmortalidad en el paraíso es el camino; yo soy el peaje".

Entre aquella viciosa masa de fanáticos y timadores, surgió un hombre singular: se llamaba José Lorca. Católico de nacimiento y por propia convicción, acudía con frecuencia al culto dominical de su parroquia. Un día a la semana, por las tardes, se reunía con un grupo de similar ideología en unas instalaciones adyacentes a la iglesia en donde comulgaba. A menudo compartía sus sueños con el grupo: escenarios apocalípticos dignos de temor. El recuerdo de tres pesadillas lo había marcado profundamente.

En su primera pesadilla, vio la manera en que un deslumbrante rayo caía sobre la tierra, describiendo una 's' muy recta. En la segunda, el cielo de estrellas fijas se desplomaba ante él, justo como podía contemplarse en las ilustraciones de una época remota en donde creían que los astros eran pequeños y estaban unidos a la Bóveda Celeste. En la tercera, un titán arrasaba con todo a su paso, vapuleando a la exigua humanidad que yacía a sus pies.

Semejantes relatos le valieron el mote de "José, el soñador", mítico personaje bíblico que era capaz de interpretar los sueños de quienes le rodeaban. Pero entre ambos existía una gran diferencia: pocas personas tomaban en cuenta las visiones oníricas de Lorca.

II.

Cierta noche, era incapaz José de conciliar el sueño. Se incorporó de la cama y, tras encender la luz de su pequeña bibliote-

ca para leer, escuchó unos ruidos que le guiaron hacia el patio. Salió con un bate de beisbol y una linterna.

A la mañana siguiente, tras el inesperado suceso nocturno, Lorca despertó como un hombre nuevo. ¡Hasta se sentía rejuvenecido! Después de tomar un abundante desayuno se puso a ver las noticias matinales, riéndose de la histeria colectiva que aún prevalecía por la inminente llegada del nuevo milenio. Si bien antes no criticaba las creencias de los demás, ahora sentía pena. Apagó el televisor y se fue caminando hasta su oficina. Tuvo un buen día en el trabajo, luego se dirigió a las viejas instalaciones para tener otra sesión con su grupo católico, ávido de comentar lo que había vivido.

"Tengo algo que decirles –dijo a sus amistades, entusiasmado en demasía–. Ayer por la noche me visitaron unos extraterrestres. No son como los pintan; tienen rasgos humanoides, una voz cadenciosa y ojos refulgentes. Me revelaron algo de suma importancia: el mundo no se va a acabar en el 2000 sino mucho más tarde. Habrá una guerra de siete años en donde el hombre se destruirá. El día del Juicio Final se puede aplazar, pero es inevitable. En nuestra época los extraterrestres han estado llevándose diversas especies de animales para perpetuarlos en un planeta distante que tiene características similares al nuestro y planean hacer lo mismo con nosotros, solo tomarán una muestra para lograr que la humanidad prosiga en su mundo. Me exhortaron a elegir un pequeño grupo para irnos con ellos. Las instrucciones son muy simples: debemos esperar siete días a partir de hoy, ataviarnos con ropa blanca y acudir a la

cima del Cerro del Pájaro para abordar una de sus magníficas naves. Seremos abducidos gracias a una portentosa luz que brotará en la base de su vehículo. Me dijeron que no sintiéramos temor mientras viajamos a su lado. Luego se marcharon, y yo dormí como nunca en mi vida".

Un silencio incómodo se hizo en la sala.

—¡Ay José! ¡Eso te pasa por fumar tanta cosa rara antes de dormir!

—¡Qué buena historia inventaste!

—¿Y ahora qué?, ¿tú también le vas a entrar al negocio de las sectas que lucran con el fin del mundo?

El último comentario hizo mella en la voluntad de José, quien respondió:

—Yo no vine a hacer negocio con las creencias de los demás. No voy a amedrentar a mis semejantes ni a implantarles una falacia en la cabeza. Que me crean los que quieran creer, no tengo por qué cobrarles un centavo si anhelan seguirme.

Casi todos los integrantes del grupo se burlaron de él y lo dejaron solo. Muchos habían considerado una ofensa lo que acababan de escuchar, un insulto a su inteligencia; pero hubo algunos, en efecto, que se acercaron al Soñador para que ahondara en los detalles de lo que les parecía un magnífico relato. Dirigidas por la rolliza Eva, estas once personas rodearon a José, acosándolo con todo tipo de preguntas.

—¿Cómo eran exactamente los extraterrestres?
—¿Qué tan grande era su nave?
—¿De qué forma estaban ataviados?

José contestó lo mejor que pudo y cuando hubo saciado las dudas de cada quien, se fue muy complacido a dormir a su casa porque ya contaba con el grupo destinado a la salvación.

III.

Lorca y sus compañeros avanzaban rumbo al Cerro del Pájaro el día señalado por los seres de otro planeta. José iba al frente del grupo tomado del brazo por Eva, quien se veía como una abadesa fantasmagórica con la túnica que llevaba puesta. Ya se imaginaba a sí misma en el mundo en donde la humanidad iba a prevalecer. Pensaba que ella tendría la tarea de procrear muchos hijos con todos los varones que la acompañaban, pero en realidad nadie tenía intención de acostarse con un cachalote. Sus fantasías reemplazaron el cansancio que un día cualquiera hubiera sentido tras remontar la cumbre del indómito altozano. Cuando el grupo conquistó la cima, sus integrantes se pusieron a escudriñar el cielo esperando avistar la nave espacial que les llevaría a su exilio voluntario. El tiempo transcurrió parsimoniosamente mientras esperaban. Todos permanecieron de pie hasta que el cansancio les hizo sentarse. Nada ocurría. La impaciencia y el nerviosismo se manifestaban en el estado de ánimo de la mayoría; después, la desesperación. Solo

la esperanza de Lorca se mantenía firme. Consideraba a su grupo –que bien sabes se constituía por doce miembros– elegido por la providencia, digno representante de un número simbólico que se hallaba presente en diversas culturas del mundo a través del calendario, el zodiaco, los apóstoles, las tribus de Israel. A José lo habían visto como a un mesías; los que creían en su palabra eran sus discípulos.

Las horas de espera siguieron acumulándose en balde hasta que un miembro se hartó de aguardar, diciéndole a José que era un maldito mentiroso y que su experiencia había sido un sueño. En cuanto le dio la espalda para descender, una luz en la bóveda celeste apareció de la nada. Se fue aproximando hacia el grupo hasta adquirir la forma de un vehículo que nadie había visto jamás: era una nave única, si acaso concebida por la vasta imaginación de un notable escritor de ciencia ficción. En la base del objeto volador giraban varias luces de colores rojo, azul y blanco, en el sentido de las manecillas del reloj. El grupo de los doce lanzó gritos de júbilo levantando sus manos hacia el cielo. Unos lloraban de felicidad. Eva se arrojó a los brazos de su mesías y apretó sus labios contra los de él con suma fuerza, logrando un sonoro beso que le arrancó a José una incómoda sonrisa. La nave se puso a flotar por encima de los humanos y cuando pensaban que serían abducidos, el vehículo se alejó con prodigiosa velocidad. Nadie podía explicarse qué estaba sucediendo. Lorca se arrodilló, estirando sus brazos hacia el objeto volador que se volvía indistinguible en el horizonte. Lágrimas se desbordaban por sus mejillas mientras se preguntaba el por qué. Se puso a hablar consigo mismo

como si diera rienda suelta a un soliloquio taciturno. Sus doce discípulos no sabían qué pensar. ¿Quién había embaucado a quién? ¿Lorca a ellos o los extraterrestres a él? Decepcionados, comenzaron a bajar del monte como una silenciosa y dolida peregrinación, dejando solo a José.

IV.

Distanciándose del grupo en el Cerro del Pájaro, los extraterrestres dialogaban. El copiloto le preguntó a su colega:

—¿Por qué no recogiste a los humanos?

—No seas ingenuo, el motor se descompone por viajar con sobrepeso; ¿a poco no viste el tamaño de esa pinche gorda?

Vacaciones inolvidables

I.

Nunca debí haber hecho caso a mi hermana Rebeca. Tanto me insistió en salir de vacaciones que acabé cediendo. Y encima quiso llevar a mi madre...

Es muy tarde para quedarme en casa, simulando que desde la mañana me aflige una repentina enfermedad. Deseo que una falla mecánica le ocurra de una vez al automóvil de Rebeca, antes de emprender el viaje. Deseo que mi madre decline la invitación por los nervios que salir le produce, pero ella se ve animada, dispuesta a extirpar su miedo a la carretera y a los idiotas que la transitan. Parada frente a la cajuela, pienso en que quizá haya miles de excusas qué darle a mi hermana para quedarme, mas no se me ocurre ninguna. Cuando mi madre coloca sus posaderas en el asiento trasero, enciende el automóvil.

La verdad es que el viaje no me da buena espina y debo decir que mis premoniciones no me fallan. Y sí, nunca es algo bueno. Intento disipar la mala vibra y los malos pensamientos por medio de una plática trivial. Cuando los chismes atiborran la atmósfera en el interior del automóvil, me doy cuenta que nuestra ciudad quedó atrás desde hace mucho tiempo. Mi madre no da muestras de nerviosismo en plena carretera y contempla el horizonte en donde se extienden las colinas. Rebeca

tararea una canción –he de reconocer que tiene una bella voz– que emite la radio; yo me limito a escuchar, fumando un cigarro mentolado que encontré en la guantera. Luego de arrojar la colilla a través de la ventana, observo las nubes plúmbeas a punto de precipitarse en la carretera. Tras un breve periodo de silencio, cae recia la lluvia impidiendo la visión. Pese al incesante y rápido movimiento del parabrisas, nos salimos de la autopista en la espera de un clima propicio para manejar. No puedo precisar el tiempo que duramos varadas a un lado de la carretera. Luego de escuchar el sonido que la última gota produce al impactar el techo del automóvil, reanudamos el viaje.

El sol se oculta en occidente bajo las montañas de cumbre puntiaguda cuando arribamos a una bonita ciudad, buscando un restaurante. La poca presión que usualmente ejerce mi hermanita a la hora de pisar el acelerador, hizo de este primer recorrido un hastío insoportable. Hasta me dan ganas de darle una cachetada para tomar posesión del volante, pero me contengo por mi mamá. La situación parece mejorar cuando descubrimos al fin un lugar limpio y bien iluminado para saciar nuestro apetito. Caminamos para desentumir los miembros antes de entrar a comer. Odio ser tan específica pero la verdad es que me duelen las nalgas.

El hotel en el que nos hospedamos es de cuatro estrellas –según el recepcionista– y no está del todo mal. Habitaciones sencillas y me toca compartir el cuarto con mi hermana. Mi madre se queda a dormir en el cuarto contiguo. En la habitación me quito la ropa para descansar, quedando en paños

menores. Es difícil ser una dama: el sostén, tanga o calzones, las medias, la faja –para la gorda que lo amerite– y los tacones. Combinar muy bien blusas, pantalones y zapatos. Y con todos esos empalmes, aún caminar con gracia para gustarles a los hombres. Eso es una labor titánica. Si tú eres mujer –o marica–, sabes a lo que me refiero. Semidesnuda, me pongo a leer *Ojos de perro azul*, de García Márquez.

—Ya te quiero ver cuando estés vieja y obesa –se burla Rebeca–, con la carne de sobra y arrugada colgándote por todas partes.

Prefiero quedarme en silencio y le muestro el dedo medio en señal de respuesta; no voy a interrumpir mi lectura por responderle a la envidiosa. Tendrá mejores glúteos pero en busto ni qué decir; no me ganaría a menos que se haga una cirugía estética y a cada seno le agregue un kilogramo de silicón.

Amanece. Contrario a lo que imaginaba desde un principio, logré conciliar el sueño. Me levanto y me doy un baño con agua tibia. La premonición adversa aún no se disipa y me preocupa sobremanera. Ahora estoy decidida a manejar, no me importa que se molesten. Luego de desayunar, le arrebato las llaves a mi querida hermana. Mi madre dice que no se siente muy bien pero yo atribuyo su estado de ánimo a los nervios; ella mejor que nadie conoce mi forma de manejar: precisa, precavida, pero rápida. Dentro del auto, observo el espejo retrovisor y me doy cuenta que mi madre cierra los ojos y musita

una plegaria. Ahora sí, Rebeca verá lo que es saber manejar. En pocos minutos cruzamos la ciudad y estamos de nuevo en la carretera, con el acelerador a fondo. Parece que mi madre y Rebeca se quieren aferrar de algo más que el cinturón de seguridad. Discurren algunas horas hasta que llegamos a una famosa ciudad de tamaño considerable en donde abundan plazas con límpidas fuentes, estatuas labradas en bronce, viviendas coloniales y formidables paisajes. Lo que me preocupa es la salud de mi madre, que parece empeorar. Insisto en llevarla con un médico; ella insiste en quedarse en un hotel para descansar. Acepto de no muy buena gana pero lo hago porque es su voluntad. Ya en la habitación doble del motel, mi madre reposa y dice que no nos preocupemos por ella, que salgamos a dar un paseo por la ciudad. Le hacemos caso.

Rebeca y yo recorremos el centro de la metrópoli. Volvemos tarde al motel de tres estrellas; mi madre aún no se levanta. Compartimos el cuarto con ella, en caso de que algo se ofrezca. Mañana a primera hora la llevaré con un médico. Mi hermana y yo, en la misma cama, dormimos un tanto intranquilas.

Rebeca y mi madre aún no se levantan. Luego de bañarme, me acerco a la cama de mamá. La toco sutilmente, no reacciona. La estrujo y sigue igual: inmóvil.

—¡Mamá, despierta! –le grito, pero ella ni siquiera mueve sus facciones. En cambio Rebeca se dirige de un salto hacia mi madre; la estruja, no parece respirar. Está muerta. Mi hermana y yo nos miramos y nos abrazamos, ahogando un grito de

dolor. Me enjugo las lágrimas y contemplo a mi madre; aun en su lecho de muerte, su rostro luce bello y repleto del esplendor de antaño. Las canas y las arrugas no pueden opacarlo.

—¿Qué hacemos?, ¿avisamos a la ambulancia? –me pregunta mi hermana.

—No, de nada sirve. Hay que introducir el cuerpo de mamá en la cajuela.

—¡Alicia, eres una cabrona! –exclama y vuelve a llorar.

Al cabo de un rato se limpia las lágrimas. Nadie se da cuenta de lo que hacemos. Colocamos las valijas en el asiento trasero. Aunque no tenemos hambre, decidimos tomar un café en un pequeño restaurante ubicado en las afueras de la ciudad. No duramos ni media hora en la cafetería, conversando sobre mamá. Salimos y no vemos el auto, ¡se lo robaron! Preguntamos a las personas dentro de la cafetería. Y como siempre sucede, nadie vio nada. ¡Ay, Rebeca! ¡Pinche Rebeca! Todo por ceder a su idea de pasar unas vacaciones inolvidables.

—¿Y ahora qué hacemos? –me pregunta ingenua, como siempre.

—Primero debemos hablar con el seguro, luego llamamos a la policía. Esto se va a complicar como no tienes una idea. Probablemente esta historia va a circular en el periódico y, si peor nos va, en todos los noticieros del país.

¿Qué será del cuerpo de nuestra madre? –Me pregunto.

II.

Desde un principio le dije a Félix que no. Debí haber insistido pero de nada sirvió. He de reconocer que todos ceden ante la labia de Félix. Sus modos sutiles de pedir algo son tan efectivos, que hasta el tipo más cabrón le daría las nalgas.

Félix y yo somos amigos desde hace tiempo; compartimos el mismo cuarto de renta. Él se decantó por una de las opciones que ofrece la vida fácil: el robo. Nunca he estado de acuerdo con sus delitos pero mentiría al decir que no he disfrutado de los objetos que lleva sin cesar al apartamento.

Me despierto temprano y no hay gas, así que me baño con agua fría; menos mal que estamos a la puerta del verano. Félix se levanta cuando salgo de la regadera. Se despereza, me mira y sonríe.

—¿Estás listo? –me pregunta, con un brillo asomándose en sus ojos.

—¿Para qué? –le cuestiono.

—No te hagas el inocente. Desde ayer te dije que robaríamos un auto. Hoy es el día. En este momento. En las afueras de la ciudad hay una cafetería que es frecuentada por turistas. Si nos va bien, con el dinero que nos faciliten por vender o desmantelar el auto, podríamos encerrarnos hasta quince días en una cantina con todo y putas. Sé que has estado renuente en el asunto del robo, pero que esta sea la última vez que me acompañas.

Nos marchamos del apartamento caminando hasta la

mentada cafetería. Sentado sobre la banqueta, aguardo por mi compañero. Observo el movimiento de las manecillas del reloj; transcurren unos cuantos minutos cuando se detiene un bonito automóvil frente a mí. Poco a poco se abre la ventanilla y veo el rostro de Félix. Me ordena que suba rápido. Obedezco, volteando hacia ambos lados de la calle. Ya dentro del mueble, miro hacia atrás y me percato de unas valijas.

—Espero que haya ropa decente. Me hacen falta calzones –me dice Félix.

No concibo mi vida al lado de este cabrón. Nos estacionamos frente a un portón de un taller mecánico. Félix conoce al dueño. Saca una llave, abre el portón y me pide que meta el auto; luego se acerca silbando hacia el asiento trasero del vehículo. Revisa las maletas con avidez.

—¡Mala suerte! ¡Es pura pinche ropa de vieja! ¡Pero conozco a un tipo que tiene un bazar de ropa de segunda mano! Vamos a revisar la cajuela, quizá encontremos algo más interesante.

Siento como si la sangre dejara de circularme por el cuerpo al ver en su interior… ¡el cadáver de una señora!

—Alguien tuvo que haber envenenado al vejestorio este y robarle su auto –murmura Félix, palideciendo.

—Te lo dije, idiota. Todo es causa y efecto.

Es de noche y nos deshacemos del vehículo en una colonia marginal. Ya en nuestro apartamento, nos resulta imposible conciliar el sueño. De repente escuchamos con claridad tres golpes que alguien propina en la puerta. Ambos nos quedamos mirando durante largo rato hasta que otra secuencia de tres golpes nos vuelve a perturbar. Es muy tarde para visitas. Félix dice que pudiera ser la policía. Nadie es capaz de levantarse a abrir la puerta. A la tercera ronda de golpes, mi amigo reúne el valor para incorporarse. Tras echar un ojo a través de la mirilla de la puerta, se carcajea y me dice:

—¡No te agüites, cabrón! ¡Solo se trata de dos viejas guapas!

Los demonios de Pessoa

I.

¿Cómo no recordar los viejos tiempos del bachillerato? Siempre valoré aquella época como la más representativa de mi juventud. La época en que uno prueba todo por primera vez: el sexo, las drogas, el alcohol. La época en que te rebelas contra tus padres, contra tus maestros y contra la sociedad. Pero en realidad yo nunca fui partidario del libertinaje ni del desorden; que me juntara con anarquistas, músicos, literatos y locos, es otra cosa. Hay que reconocerlo, siempre fui un muchacho tranquilo... hasta que caminé a través de la escabrosa senda del vicio. Nunca llegué a clases en estado de ebriedad pero esperaba cada fin de semana con vehemencia para tomar como si el mundo estuviese próximo a sucumbir.

Lo único que me apena recordar es nuestro último día de clases. Mi grupo de amigos desistió en acudir al baile de graduación que la escuela había organizado; mis camaradas los músicos dijeron que en aquellos bailes se tocaba música de baja ralea para gente de baja ralea, así que propusieron hacer algo distinto; mis camaradas los literatos dijeron que tenían una profusa cantidad de marihuana, así que propusieron fumarla hasta acabar con ella. Estuvimos de acuerdo por decisión unánime acerca de fumar. Nadie, salvo los literatos, había probado la hierba. En la noche ya estábamos reunidos en mi casa: Álvaro, el anarquista; Fernando, el ca-

sanova; Ricardo, el intelectual; Alberto y Bernardo, los literatos; Antonio y José, los músicos. Como mis padres estaban fuera de la ciudad, decidimos permanecer en mi residencia para acabar con los cigarros de marihuana antes de que ellos acabasen con nosotros. Antes de dar la primera bocanada, sosteniendo el humo por tiempo prolongado dentro de mis pulmones, el miedo se apoderó de mí. ¿Por qué sentí esto? La respuesta es muy fácil. Cuando probé el tabaco me encantó; cuando probé el alcohol me fascinó. Y en aquel entonces en donde estaba experimentando los efectos de la hierba pues... dejo mi veredicto a su consideración. No, al diablo con las incógnitas; la verdad es que me encantó la marihuana. Esa sensación de estar elevado me pareció grata, sublime... no había palabras que describieran correctamente mi estado de ánimo. Menos mal que nadie trajo heroína; de haberla consumido, ya estaría cavando mi propia tumba.

Pasamos la noche en vela y tan atolondrados por la esencia somnífera de la hierba, que apenas podíamos mover las piernas y articular palabras. Al día siguiente tuvimos una horrible resaca, de esas en las que no quieres mirarte en el espejo siquiera para evitar el reflejo posible de un monstruo. Sin mucho ánimo conversamos acerca de nuestros planes de estudio y de nuestras metas y proyectos a corto o mediano plazo. Álvaro quería estudiar Leyes; Fernando veía una buena oportunidad de ingresar al Magisterio; Ricardo dijo que no había nada mejor que la Medicina; Alberto y Bernardo querían estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras; Antonio y José, en el Conservatorio. A mí me

agradaba la Odontología. Ver la sangre en la encía de los pacientes, provocarles dolor durante horas, tenerlos sometidos bajo el molesto zumbido de la herramienta de limpieza, extraerles muelas, aplicarles frenos... ¡y encima que te paguen! Había algo de humor cruel y sádico, humor ácido o negro en la cuestión de que no importaba lo que hiciera el dentista, siempre lo dejaba a uno con la boca abierta.

Empero, algo cambió en Ricardo Sexto desde el día en que fumamos marihuana. Él era el intelectual de nuestro "elitista" grupo, el que siempre sacaba las mejores calificaciones sin llegar a ser el típico estudiante sometido bajo la estricta exigencia de los padres; el que te pasaba las tareas cuando se lo pedías, discreto y de buenas costumbres... un hombre como pocos. Aunque nunca se lo dije a nadie, me afectó mucho verlo bajo el efecto de la droga. Pero me lastimó saber que se hizo adicto después de nuestra graduación. Típico es que alguien empiece a consumir drogas simples hasta llegar a las más caras y "sofisticadas". Luego se atreven a hacer mezclas temerarias que de un solo golpe te idiotizan. Transcurrieron algunos meses y se decía que Ricardo Sexto era un yonqui, todo por haber entablado amistad con nosotros. Saber que tú ayudaste a construir el camino hacia el infierno de uno de tus mejores amigos, es más que horrible. No podría desearle tal sensación ni a mi peor enemigo. Pero la verdad es que dejé de preocuparme de la vida de Ricardo por preocuparme en mi futuro. Entonces ingresé a la Facultad de Odontología sin palancas de por medio.

¿Quién lo iba a decir? Luego de pasar un año de desen-

freno, de juergas y de tertulias alcohólicas, mis padres me obligaron a ingresar a otra escuela: sí, también de Odontología, mas de instrucción militar. Tuve que despedirme de los vicios y darle la bienvenida a las múltiples restricciones. Además, tuve que pasar por varias pruebas junto a mis amigos los soldados. Solo me limitaré a relatar tres de mis experiencias –o aventuras– más representativas de aquellos años de estudio.

Mi primera aventura trascendente: pasar varios días en una especie de campamento con soldados rasos. Independientemente de la mala comida y del peor clima, la experiencia no fue muy agradable que digamos. Se supone que brindaríamos distintos servicios de auxilio a las más necesitadas comunidades rurales, mas no fue del todo así. Me tocó ser testigo de la extorsión que ciertos militares ejercían con descaro ante las personas más débiles. A veces irrumpían en las casas de indefensas familias para robar sus pertenencias o ahorros. En aquellas humildes viviendas, las familias solían depositar las monedas que ahorraban en jarras o frascos grandes, y esas eran por lo que iban mis queridos compañeros de cuarto. No les importaba que hubiese niños llorando mientras hurtaban todo lo que podían. También observé durante mi estadía en el campamento, con impotencia, la forma en que los soldados culpaban a los indígenas de andar implicados en el narcotráfico. Utilizaban las tierras de aquellos pobres ignorantes para sembrar marihuana y encima decían que ellos eran los criminales. Claro, siempre tiene que haber un chivo expiatorio. ¿Cómo demonios un

indígena hubiera podido defenderse, sin dominar siquiera la lengua de quien ejercía las leyes? Imposible, y menos cuando el racismo es tan evidente en nuestro país. Para colmo, en la época del campamento me volví adicto a la marihuana.

La segunda experiencia trascendental que me tocó vivir fue una visita al antiguo –valga la redundancia– asilo de ancianos. ¿Quién quisiera pasar su vejez en un asilo, olvidado por una ingrata familia que solo quiere deshacerse de uno? El proceso de la vejez extrema debe ser horrible. En cuanto a vejez extrema, me refiero a cuando ya ni puedes sostenerte, cuando a la menor caída te fracturas una pierna o la columna; cuando ya ni puedes valerte por ti mismo y alguien tiene que cambiar tus pañales; cuando careces de dientes y tienes que conformarte con un caldo a la hora de la comida; cuando te dan un maldito dulce para apaciguar tus ánimos. La vejez no es vida. Me tocó ver a pobres mujeres que un día fueron dejadas por sus hijos en el asilo; ellos prometieron volver por ellas. Lo cierto es que nunca lo hicieron; ni siquiera tuvieron la misericordia de concederles una visita. ¿Esas fueron las "gracias" por haberles otorgado la vida? Tratando de no prestar mucha atención a las diversas historias melancólicas que fluían como el vino en la víspera de Año Nuevo, traté de enfocarme a lo mío: atender de manera gratuita a los abuelos. Una de las pacientes que me sugirieron atender estaba en una diminuta alcoba, tendida en la cama sin poder moverse. El sitio olía como debió haber olido un campo de concentración, lo juro, y es que la señora estaba manchada con sus propias heces fecales. Era como si

nadie trabajara en el asilo o como si nadie quisiera realizar el trabajo difícil. Pero me armé de valor y, terminando con ella, revisé –si a eso se le puede otorgar dicho verbo– a un hombre que boxeaba en sus años mozos. Recuerdo al maldito vejestorio cuando me acerqué a él: se negaba a abrir la boca, se atrevía a escupirme y cuanto más me acercaba, el tipo cerraba los puños con fuerza, amenazándome en silencio, dispuesto a descargar contra mí su furia acumulada. Nada hubiese sido más patético que un abuelo rompiéndome la mandíbula cuando yo trataba de reparar la suya. Y como no cooperó, lo dejé en paz. Cuando me despedí de él, me sorprendió escucharle que prefería morir de una vez, que le inmolasen de la forma más simple y económica, pues vivir lo consideraba un derecho, mas no una obligación.

Mi tercera y última aventura: una visita al manicomio. La verdad es que no hay mucho qué decir acerca de la casa de locos. Todos los pacientes que revisé aquel día fueron sedados por los médicos para que adoptasen un comportamiento dócil; incluso revisé a ciertas personas que aún traían sus camisas de fuerza. Horrible vivir en un manicomio como en un asilo, pero si vives en el primero ni siquiera has de notarlo. Los orates más inofensivos rondaban en las instalaciones como si fuesen médicos. Uno de ellos llegó a preguntarme: "Hola tío, ¿ya viene por mí?".

Después de atravesar infinidad de situaciones con más pacientes, perdí la credibilidad de mi carrera profesional debido a mi adicción: alcohol, tabaco y marihuana. Mis vicios se divulgaron demasiado rápido entre la gente que

conocía, y alguien debió haberme colocado en la cruz ante mis jefes. Agréguenle a eso un examen positivo de dopaje. No tuve otra opción: firmé la renuncia. Entonces establecí mi propio negocio y los años pasaron demasiado rápido. Poco a poco fui recuperando el contacto con los miembros de mi "elitista" grupo.

II.

Una llamada me despierta demasiado temprano. Son las nueve de la mañana. Tras la otra línea se escucha la inconfundible voz de Álvaro. Me informa de la peor noticia en lo que ha transcurrido el año: Ricardo Sexto feneció. Impresionado y aún en mutismo, escucho la causa de su muerte, misma que Álvaro relata con frialdad: sobredosis de heroína. Me dice que lo encontraron en su departamento semanas después de haber muerto cuando los vecinos se quejaron por el olor. Había diversas drogas en su lóbrego dormitorio. Una culpa enorme me recorre el cuerpo a todo galope, pues fue por nosotros que Ricardo conoció los estupefacientes. Sigo sin poder discutir con Álvaro, quien antes de colgar me avisa sobre la hora del funeral de nuestro buen amigo Ricardo. ¿Quién lo iba a decir? Yo no, al menos, y apuesto a que ni el sabio más venerado del mundo lo hubiera predicho. ¡Ah, Ricardo! Otrora intelectual. Bien se dice que la muerte es el juez más imparcial que existe. Tras haber escuchado a mi amigo, me es imposible conciliar el

sueño. Entonces me levanto de la cama sin muchas ganas –hay días en que más vale no salir de la cama– y me doy una ducha. El agua no consigue purificar la animosidad que se adhiere a mi piel. Mal, muy mal… fuimos nosotros quienes pusimos la primera piedra para construir el camino de Ricardo hacia la muerte. Pero tampoco me doy golpes de pecho como lo hacen en la Iglesia; es que nadie imaginó que el intelectual se volvería un adicto. Me visto para asistir al funeral. Es la primera vez que voy a ver a los integrantes de mi grupo desde hace muchos años.

La verdad es que nunca me ha gustado este cementerio, mucho menos cuando me enviaron una noche de plenilunio a buscar un objeto de valor y lo único que encontré fue un pareja de indígenas fornicando. Y heme aquí, frente a mis viejos amigos en una circunstancia nada agradable. Han cambiado: el que no está gordo, está quedándose calvo. Debo admitir que en todos veía la fecha de vencimiento por distintas causas, salvo en Ricardo Sexto. Claro, él iba a morir algún día, pero siempre imaginé que sería por vejez, en su cama, rodeado por sus familiares.

Mis amigos rompen el silencio y uno por uno comienzan a platicarme de sus vidas durante mi ausencia. Álvaro estudió Leyes; llegó a ocupar el honorable puesto de Magistrado. Pero un Magistrado no tiene fuero ante la Ley en cualquier sitio y nos dijo que perdió la credibilidad de su profesión cuando lo metieron a la cárcel en un pueblo vecino por estar ebrio. Era el Día de los Inocentes. Habló a su hermano para que le sacara de ahí pero este colgó en-

furecido el teléfono al pensar que se trataba de una broma. Álvaro sigue ejerciendo, por supuesto, pero como simple abogado especialista en casos de divorcio.

Fernando, antes casanova, por diversos motivos no pudo ingresar al Magisterio y decidió dedicar sus estudios a la Teología en un monasterio lejano. El tipo es un sacerdote. Aunque la mayoría sabe que no es célibe.

Alberto y Bernardo son profesores en la misma escuela de la que egresaron. A veces coordinan talleres literarios como una acción altruista.

Antonio y José egresaron del Conservatorio pero, como ellos dicen, a veces tienen que tocar música de baja ralea para gente de baja ralea si quieren ganar más dinero; en este país pocos músicos sobreviven a base del jazz, del blues o del rock.

Luego de narrar sus profesiones, se atreven a preguntarme sobre la mía. Soy sincero, les cuento mi historia como Médico Odontólogo y les digo que hoy día tengo mi consultorio. Antonio y José son los únicos que muestran interés por el tema, y a punto estoy de hablar más a fondo cuando la familia de Ricardo lleva cargando el ataúd hasta depositarlo en la fosa, ese nicho lúgubre al que todos vamos a llegar tarde o temprano. Sus familiares bajan el féretro ayudándose de cuerdas; ya en el fondo de la fosa lo cubren con la misma tierra que horas antes habían esparcido alrededor de la tumba. Luego de escuchar fragmentos de *La Biblia*, el hermano de Ricardo nos pide cantar *El Pescador*, abominable canción que supongo ha de formar parte de la

rutinaria misa de todos los domingos en la Iglesia, o en situaciones especiales como esta. Cuando todos terminan de cantar, una ancianita repite la canción una y otra vez hasta que pierdo la cuenta. Concluye sus cánticos exclamando una patética frase de amor y, gracias al cielo, termina por guardar silencio. Aun así, le deseo una muerte lenta y dolorosa por extender el protocolo fúnebre.

La verdad es que muchas personas aquí presentes ni siquiera debieron haber conocido a Ricardo. Quiero que se larguen a cualquier parte. Incluso quiero gritarles a los mismísimos parientes de mi amigo que dejen de lloriquear y se marchen. Les digo a mis compañeros que aguarden hasta que se vaya la última persona; sin cuestionarme nada, obedecen.

Cuando se retira el último sujeto de la necrópolis, Álvaro saca a relucir una botella de aguardiente que se llama "Águila Real". Fernando muestra un poco de oposición frente a la bebida alcohólica pero termina cediendo como todos. Trago a trago, quemando con malas artes el espíritu del vino, rolamos la botella hasta dejar muy poco líquido, que me encargo de vaciar en la húmeda tierra en donde yace nuestro amigo. El alcohol se filtra en su tumba. Entonces me pongo en cuclillas para tamizar la mezcla y le digo a Ricardo cuánto lo siento. Fernando me pone una mano en el hombro y me levanto. Hay una cosa más por hacer. Saco de mi bolsillo una bolsa que contiene marihuana y le exijo al grupo que comparta mi dolor a través de un porro. Debido a mi conocida adicción, no se sorprenden y

aceptan fumar, salvo el cura Fernando a quien obligo mediante amenazas etílicas; a fin de cuentas no le queda otro remedio. Fumamos hasta que vemos un soberbio atardecer colmado de matices rojos. Contadas veces se observa el Astro Rey por encima de un horizonte tan inmaculado. Fumamos hasta que las escasas nubes que amenazaban con descargar una tórrida lluvia se disipan. Ya ni siento las piernas y pienso que los demás tampoco. Fernando mira el cielo y parece disculparse con el Creador Omnipotente. A lo lejos se escucha un inconfundible sonido. Pero no se trata del de aquellos seres mitológicos con el torso de mujer y la cola de un pez, sino de la sirena de la policía. Los malditos policías son como una jauría de perros que viene por su presa. Babean, ladran, husmean. Aunque arrojo al suelo la pequeña porción de lo que era un gigantesco porro, el olor nos evidencia. Algún entrometido que vive cerca del Panteón Municipal nos debió haber delatado. ¿Qué hacemos? En momentos como este no puedes alegar nada a los héroes de azul porque estás demasiado absorto en la rapidez de los acontecimientos; te quedas helado con un semblante de imbécil y las palabras no salen, solo risa de nervios que aumenta de forma considerable el desprecio que sienten hacia ti los que te están llevando detenido.

III.

¿Quién iba a decirlo? Todos los miembros de nuestro "elitista" grupo en la cárcel. Ya imagino el día de mañana los

titulares de los periódicos hechos para plebeyos: *Cayeron al "bote" un Cura y varios profesionistas*. Sí, una lectura mediocre para cretinos aficionados al morbo. Las calumnias acerca de nosotros se esparcirán por toda la ciudad como la peste negra en Europa de la Edad Media. Una cosa es segura: todos mis amigos van a perder algo de credibilidad en su profesión y, sinceramente, espero que conserven sus trabajos. Igual no vamos a estar detenidos para siempre. Sé que mañana vendrá a pagar mi fianza el doctor Romero, célebre Odontólogo aficionado al rock, quien se considera uno de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Sé que mis amigos también saldrán al día siguiente, incluso hoy. Mi "elitista" grupo no tocará las drogas y yo quizá ingrese a un Centro de Rehabilitación. Después de todo merecemos estar aquí en la cárcel por la muerte de Ricardo Sexto. Pero será una corta penitencia pues debido a las influencias de Álvaro ni siquiera tendremos antecedentes penales… es como si nos hubiésemos emborrachado en una cantina y con una simple fianza seremos hombres libres. Sigo cavilando hasta que nos interrumpe una serie de pisadas a través del pasillo. Frente a nuestra celda, se detiene un policía. Cuando está a punto de pronunciar el nombre del primer afortunado en salir de esta pocilga, comprendo entonces que a ninguno de nosotros nos importa quién. Porque el mañana... el mañana será como una navaja de dos filos.

Sin pasarse de la raya (*Silentium est Aureum*)

I. **Entrada**

Había permanecido fuera de la ciudad durante una larga y abrumadora semana, todo por el trabajo. Cuando uno tiene funciones de segundo de abordo, es decir, de gato, no hay más remedio que acatar las órdenes del tipo que está más arriba que tú en el organigrama laboral, al que le gusta que le adulen y que de vez en cuando le hagan una buena felación en caso de pedirle un aumento. El que alguna o más veces ha hecho todo lo que te digo para llegar a sentarse detrás de un escritorio decente, con bolígrafo fino –cuyo nombre propio está grabado en su contorno– y con una secretaria de senos exuberantes. Es la verdad, a los tipos como yo nunca les sucederá eso. Si no eres lisonjero con tu jefe, olvídate de toda posibilidad de ascender.

Encima te mandan a cumplir con tus actividades laborales en pueblos cuya similitud con Sodoma o Gomorra es irrefutable y, tal vez por eso, de ellos no se acuerda ni Dios. Lugares horribles, decrépitos, como si ahí se hubiese estratificado la ya lejana mitad del siglo veinte.

En la víspera de mi llegada a la triste localidad, de cuyo nombre no quiero acordarme, no me sorprendió ver a los lugareños haciendo apuestas bajo el único semáforo del pueblo.

Gritaban y reían: "¡Te apuesto cincuenta pesos a que sigue el verde!", "¡No, cien pesos a que sigue el rojo!". De pronto sentí pena ajena, me supe incapaz de estallar en júbilo por la estupidez de mis semejantes.

¿En qué consistía mi trabajo? La palabra auditoría define lo que hago, aunque en mi querida institución gubernamental le llaman Órgano de Control Interno. No importa qué adjetivo le pongan para adornarlo. Me han dicho que mi trabajo consiste en fastidiar, fastidiar bien y bonito; nada de excusas en este asunto.

Como te decía, me enviaron a un pueblo distante para inspeccionar una de las oficinas dependientes del organismo central. Preguntando la dirección exacta, llegué por fin al local. Maldito edificio de tercera. Un portazo hubiese sido suficiente para que todo el lugar se derrumbara. Había más nichos de ratas y telarañas que focos y escritorios. Además carecía de servicio de agua potable.

¿Qué había pasado en aquel vetusto edificio en donde seguramente varias almas en pena vagaban, imaginando que su jornada laboral aún continuaba? Me dijeron que solía ser un sindicato de personas que trabajaban para una prometedora línea del ferrocarril pero esta había pasado a mejor vida y más de la mitad de los habitantes se marchó a otras comunidades.

No hace mucho que tales instalaciones pasaron al poder adquisitivo del Presidente Seccional y, con la ayuda de varios obreros, él se encargó de "arreglarlas" para que mi adorable

institución de estadística las ocupara con personas cuyos contratos laborales serían de efervescente duración.

Al instalarme admiré sobremanera la permanencia de los pobres tipos que trabajaban ahí. Quizá eran pequeños ilusos en la búsqueda de algún hueso en oficinas centrales; un hueso, aunque ya estuviese roído. Pendejos. Lástima no es la palabra más razonable para identificar a la gente de esa calaña pero no se me ocurre nada más, lo juro. Tenía cinco días para cumplir con mis funciones: además de la auditoría, tratar de que las actividades de los demás se cumpliesen al cien por ciento. Por vía telefónica, mi afeminado jefe me había dicho que mis compañeros no querían trabajar. Vaya situación aquella cuando me di cuenta de sus motivos para abstenerse. Luego todo se complicó...

II. **Lunes**

Suena el despertador a las siete de la mañana. El hotel de dos estrellas en el que me hospedo huele a humo de cigarro. Mi querida institución gubernamental dice que no hay presupuesto suficiente para mejorar mi efímera estadía. Me tambaleo por el sueño conciliado a medias. En la habitación contigua una prostituta con sobredosis de trasero no había parado de gemir en toda la noche. El baño de rigor, luego el desayuno. Llego a las oficinas instaladas en el arcaico edificio que por cierto se ubica a un lado de la Cruz Roja. Henri Dunant dijo que la finalidad de la Cruz Roja sería cuidar de los heridos en

tiempo de guerra por medio de voluntarios entusiastas perfectamente cualificados para su trabajo. Pero no en esta época, cuyo objetivo se limita –al menos en este pueblo– a brindar de suero a toda víctima de una terrible resaca.

Al entrar al viejo cuarto que me corresponde como oficina, que es todo polvo y depresión abrumadora, escucho varios sonidos que no cualquiera soportaría en completa soledad. Sin indagar sobre el origen del ruido, converso con mis compañeros. Se quejan de la situación que están atravesando: la Oficina Central les exige demasiado cuando les apoya tan poco. Son veinte personas para realizar un Censo Agropecuario en una zona específica. Solo se cuenta con dos antiguos y pequeños automóviles en condiciones irrisorias para trasladarse a la región que les corresponde: decenas de ranchos, ejidos y pueblos campestres que apenas logran distinguirse en un mapa; que se ubican a una considerable distancia de las oficinas. Nuestro querido Gobierno necesita darse cuenta de la situación del campesino para solucionar sus verdaderos problemas. Pero los asuntos de aquel pertenecen a otra historia y no pienso hablar de ello.

Arnulfo Siqueiros, un tipo alto de cabello crespo, es el jefe; es decir, el Coordinador Censal Municipal. En una solitaria habitación del segundo piso, me platica sobre la situación que atraviesa. El censo no es el problema ni la distancia por recorrer para llegar a los pueblos de la Sierra Tarahumara. El problema, me dice, es lo que hay entre la carretera y en los límites de ciertos poblados. Asevera que una organización de

narcotraficantes ha tomado el poder en casi todo el Municipio, incluso en este maldito pueblo en donde me hospedo. A dicho cártel se le conoce como "La raya", un conjunto de imbéciles que amedrenta a los habitantes de cada ejido, pueblo o rancho. Sus integrantes están armados y se distinguen por utilizar automóviles blancos o grises, sin placas. A veces visten uniformes de oficiales, a veces se visten como simples civiles. En poblados de mayor infraestructura, acostumbran merodear por las calles exigiendo a todo aquel que se instala en ellas para vender comida, un tributo a cambio de protección. Arnulfo me dice que un hombre y su hijo, vendedores de hamburguesas en un diminuto puesto, fueron golpeados por rechazar la "protección". En poblados humildes, donde la Ley del Monte prevalece, "La raya" se pasea entre la gente cargando temibles y descomunales armas de fuego. En las carreteras, los maleantes realizan operativos similares a los del ejército inspeccionando el interior de los automóviles de los viajantes en busca de droga. Dudo cuando Arnulfo me dice que si una hermosa mujer viaja junto contigo, los tipos la secuestran para saciar sus necesidades carnales. Esta semana será un irremediable suplicio.

Es la una de la tarde y todos salen a un agradable y pequeño restaurante. Yo me quedo. Utilizo el teléfono para dar cuenta a mi jefe de la situación; del porqué los empleados no realizan bien su labor, pero de nada sirve y hasta colérico me regaña, alegando que ese tipo de excusas no valen. Ya le daré excusas a ese imbécil afeminado. Sin molestarme mucho por una simple discusión, abandono el edificio para dar un paseo. Empero, me quedo enraizado ante el umbral de la puerta.

No puedo disimular el temor de tropezar con algún maniaco que por dirigirle la palabra saque un revólver y me apunte al pecho. Cada paso que doy me cuesta. Me concentro en aparentar que todo está bien y que nunca será posible entablar conversación con el líder de esta mafia que azota al Municipio. Mis pensamientos se disipan al escuchar una ronca voz hacia mi izquierda. Volteo y me doy cuenta que la voz proviene de un hombre corpulento que pertenece a la Cruz Roja, no muy alto, de profuso bigote y de amable sonrisa. Tiene el ojo derecho de vidrio y me resulta imposible quitarle la vista de encima. Me extiende la mano. Ventura, dice que su nombre es Ventura. Le devuelvo la sonrisa modificando mis maneras adustas por un breve instante. Conversamos de aspectos triviales hasta que toco el tema de "La raya". Le cuento a Ventura de principio a fin lo que me dijo mi compañero Arnulfo, pero él se limita a reír y me confirma que la situación en el Municipio no llega a tanto. Le creo. Ese fulgor que irradia su ojo bueno me parece confiable.

Ya son las siete de la tarde y se disipa el crepúsculo en el horizonte. Contemplo un viejo mapa del Municipio para conocer las distintas localidades rurales, mientras las últimas luces del día se esparcen por el camino.

III. **Martes**

Suena el despertador a las siete. Me quedo diez minutos más en la cama. Luego de un frugal desayuno, compro el periódico

al salir del hotel. Mierda. Los titulares de la portada se adornan con múltiples asesinatos. Hablan de traición y enemistad entre cárteles que aspiran al poder en el mundo del narcotráfico, aunque el reportero encargado de la redacción no menciona siquiera a "La raya". Desconozco si es por temor o por respeto, o por ambas cosas. Es el décimo asesinato de la semana y apenas es martes. Mi situación no puede ser peor y considero renunciar para seguir con vida, salvo que vengan el Ejército o Dios en persona para que me apoyen. En la oficina, recibo la llamada de rigor de mi jefe. Con parsimonia, el edificio entero comienza a desvanecerse mientras sostengo el teléfono. No hay muebles, ni paredes, ni escritorios, ni polvo, ni ratas; todo se convierte en una densa niebla que viene acompasada de una dosis de regaños. Luego de recalcar mi incompetencia, mi jefe dice que al día siguiente mandará a Reina, una horrible mujer que más que Inspectora de Trabajo es una gorda conflictiva, indiscreta, mentirosa. Vaya irónico nombre que le dieron sus padres. ¿Qué le hace falta a ella? El cetro, la corona, la actitud, una buena figura, carisma y buen carácter; es decir, todo. Tendría que volver a nacer para conseguirlo y, aún así lo dudo. Ni los milagros de la cirugía estética y de la liposucción, como la lectura de cien libros que ostenten como título "Aprenda a mejorar su carácter", podrían salvar a aquella arpía.

Yo cumplo con mis funciones de auditor y el día discurre más rápido que ayer. Luego de realizar estúpidas encuestas a los trabajadores y de verificar números de inventario de los dispositivos de las computadoras, me dirijo a las instalaciones de la Cruz Roja. Converso de nueva cuenta con Ventura y

me parece un gran tipo. Dice que si necesitamos traslado, está dispuesto a darnos auxilio con su ambulancia, sin uso la mayor parte del tiempo.

IV. **Miércoles**

Me despierto antes de escuchar el monótono sonido del despertador. Luego de satisfacer mis necesidades fisiológicas me encamino rumbo al vetusto edificio de porquería. Me abstengo de comprar el periódico en esta mañana y al llegar a la oficina... una desagradable sorpresa. Siento que hoy será uno de esos días en los que más me hubiera valido yacer en la cama o darme un tiro en la sien. ¿Es esto una pesadilla o una ilusión? No, es la pareja indeseable: mi jefe marica, Ángel Martínez, y su subordinada, la típica mujer de lavandería, la gorda y problemática Reina. ¿Quieren que describa la fisonomía de ambos? No tengo mucho qué decir de Ángel pero si realmente les interesa, diría que un trasero afeitado de simio es mucho más agradable que su cara. Tampoco hay mucho qué decir de Reina. Solo imaginen a la bruja más horrible del planeta, multipliquen su aspecto por mil y aún así estarían demasiado lejos de la fealdad de esa despreciable mujer.

La pareja me saluda a regañadientes; yo les devuelvo el saludo con las mismas ganas, cual espejo sin brillo. Mi jefe dice que el equipo de trabajo no está funcionando y, de ser necesario, obligarán a todos los miembros a firmar la renuncia. Marica desgraciado, por primera vez deseo que "La raya" in-

tervenga en el operativo del Censo Agropecuario y mate a este cabrón. ¿Sería mucho pedir si a Reina también le tocara la misma suerte? Quizá. Mis deseos no suelen cumplirse tan fácil. La pareja indeseable, alternándose, me da un sermón sobre lo que debemos hacer. Ambos piensan que escucho pero mi mente está en otro lugar. Todas las palabras que emiten sus horribles bocas se pierden en el aire, yo solo me limito a sentir como un robot. De nada sirve alegar, cualquier cosa que diga podrían utilizarla en mi contra. Por último, mi jefe dice que usurpará la única habitación decente del edificio; es decir, mi oficina provisional, para trabajar y poner orden en la zona. Empero, mañana será cuando yo me ubique en otro aposento. Hoy, mi trabajo consiste en leer un amplio documento virtual sobre las actualizaciones del Censo Agropecuario en mi computadora portátil.

Es la una de la tarde y los empleados salen rápidamente del edificio para ir a comer. Yo me quedo, atado a las cadenas del trabajo. Poco a poco el sueño me invade. Coloco las piernas encima del escritorio y me reclino sobre la pared en el respaldo de la silla. Escucho algo pero no le doy importancia. El sonido persiste y se hace más claro a través de las paredes, como si hablaran por encima del concreto, los adobes y el yeso. Me levanto para fijar mi oreja sobre la pared detrás del escritorio. Escucho una conversación. Solo distingo una voz como si una persona reflexionase hablando consigo misma. Pero es una conversación telefónica la que sostiene. Y no, aunque provenga de las instalaciones de la Cruz Roja, no es la voz de Ventura, es un timbre disímil al de él. Al cabo de un

instante escucho algo que me hiela la sangre: la persona está llegando a un acuerdo para hacer una transacción de cocaína; dos kilos de por medio. Pactan verse a determinada hora en el kilómetro 'x', en la única casa –abandonada, por cierto– de la localidad 'y'. Los latidos de mi corazón aumentan gradualmente como si yo mismo fuese partícipe de un acto clandestino. Las cosas parecen complicarse y apenas es miércoles. Hago de cuenta que nada escuché. No, no puedo, debo hacer algo.

No sé si soy muy valiente o muy estúpido, pero hablo a la Comandancia a través de un teléfono público, cerca de una plaza. Trato de fingir mi tono de voz y doy cuenta al Oficial de todo lo que sé. Mantengo en secreto mi identidad y cuelgo el teléfono cuando la persona en el otro lado de la línea comienza a realizar preguntas. Vuelvo al vetusto edificio y termino de leer el documento que de poco o de nada me sirve; una prolongación innecesaria de palabras redundantes y tediosas. Una hora antes de que termine mi jornada laboral, empiezo a trasladar mis escasas pertenencias hacia una habitación contigua repleta de láminas, piezas de hierro oxidado y mosaicos que jamás se utilizaron para adornar el piso. Sobre el escritorio que solía ser mío, Ángel Martínez coloca una pequeña placa con su nombre grabado en letras doradas. Luego se aleja, dejando una horrible estela de su presencia. Visito a Ventura y me sorprende su sabiduría sobre la región; parece conocerla como la palma de su mano. El sol proyecta los últimos haces de luz vespertina, dando lugar al avecinamiento de las sombras. Despidiéndome de este, que acaso sea el tipo más confiable y

discreto en el maldito pueblo, me marcho a mi hotel de dos estrellas.

V. **Jueves**

Suena el despertador. Me siento como un niño, hoy no quiero ir al trabajo. Las paredes se ciernen, siento que las sábanas de la cama se adhieren a mi cuerpo. No quiero salir, mas debo hacerlo. Tengo qué. Contemplo las fisuras en el techo hasta que decido levantar mi trasero para darme un baño y vestirme. Una mala premonición no me deja en paz.

Llego temprano y veo a Arnulfo Siqueiros examinando el estado del motor del automóvil. Vierte un poco de aceite, cierra el cofre y se percata de mi presencia. Me sugiere que le acompañe a una localidad para comprobar el desempeño de un trabajador cuya posición en el organigrama laboral se encuentra en el fondo; es decir, el tipo que tiene que acatar todas las órdenes sin derecho a réplica. Acepto la proposición con todo gusto, pues de esa manera evitaré ver al calvo de Ángel Martínez –la aberración hecha carne– y a Reina –la carne hecha aberración–. Acompaño a Arnulfo a la localidad 'z' y no duramos mucho en ese lugar. El desempeño del trabajador es bueno pero aún falta mucho para que concluya el censo; cuando volvemos a las oficinas, decido utilizar la computadora de mi jefe –ni él ni Reina se encuentran ahí– escrutando sus archivos en busca de algo relevante; información confidencial y esas cosas. Al cabo de un rato llega un Judicial que se detiene frente al umbral de la puerta. El tipo me mira a través de

sus lentes oscuros; un lóbrego maletín oscila al pender de su mano. Juan Carlos, dice que se llama Juan Carlos. El hecho de omitir apellidos me hace desconfiar. Me presento, incapaz de ocultar mi asombro. Desconozco los motivos que le hicieron llegar hasta aquí. Por cierto, ese maletín es similar a los que utilizamos en nuestra institución. El sujeto rompe el silencio.

—Ayer alguien habló a la Comandancia para delatar una transacción de droga. Dos kilitos de por medio –me dice sonriente, abriendo la maleta para enseñarme algo que me revuelve el estómago.

—Ah... leche en polvo –tartamudeo.

—No te hagas pendejo. Es cocaína. Un compañero y yo acudimos a la localidad 'y' en el kilómetro 'x'. Hace mucho tiempo que nadie vive ahí. Fue fácil arrebatarles el paquete a esos dos mensajeros. Son carne de cañón, objetos reemplazables para sus líderes. Ya están en la cárcel y nadie va a pagar su fianza para que salgan. Mira compadre, necesito un favor. Mi pareja no quiso formar parte en este asunto. Como me quedé con la mercancía, necesito que la guardes aquí, en un lugar seguro. Y hasta te doy una fracción del botín, compadre, pues favor se paga con favor. Sobra en este fregado Municipio quién quiera comprar un chingo de droga. No te hagas para atrás, mañana mismo consigo comprador.

—No quiero problemas, además me voy el fin de semana. No soy un tipo con suerte y, ante oportunidades como esta,

más vale recular.

—Pues si no quieres ayudarme por las buenas, será por las malas –me responde, colocando lentamente sus dedos encima del revólver que exhibe bajo su cinturón–. Nadie es tan idiota como para rechazar la oferta.

—Bien, de acuerdo. Nos vemos mañana a esta misma hora en el cuarto de enseguida. Ahí es mi oficina y nadie tiene por qué molestarnos, salvo mi jefe, Ángel Martínez.

—¿A poco tu jefe es el maricón ese? El tipo vivió aquí muchos años hasta que se fue a estudiar a la universidad capitalina. Solía juntarse con "Mimoso", el puto del pueblo.

Sonrío a regañadientes. El Judicial se aleja dando pasos firmes que resuenan a lo largo del pasillo. Escondo el negro maletín en un viejo armario de la habitación, haciendo un poco de espacio entre los cuatro similares al que guarda la droga, y que algunos trabajadores no se han molestado en utilizar. Todo parece complicarse, mi último día de estancia también podría ser el peor. Antes de salir del edificio, recibo la inesperada visita de Ventura. Nos sentamos a conversar en mi otrora oficina; es decir, la que usurpó mi jefe, y noto un semblante distinto en él, acaso sombrío, acaso apático y severo. Algo le ocurre. Me abstengo de inquirir el porqué y le cuento los infortunios de mi trabajo cuando una carcajada llega desde el cuarto contiguo. Los ojos de Ventura –sí, hasta el ojo de vidrio– adquieren un fulgor inusitado. Parece sobresaltarse. Se levanta y se dirige a la pared, inquieto, incrédulo. La risa

proviene de algunos jóvenes que se divierten con un programa televisivo y comienzan a platicar entre sí. Ventura reconoce la voz de las personas y me dice que son tres adolescentes que prestan servicio en la Cruz Roja.

—Estas viejas paredes son muy indiscretas y a veces las personas escuchan cosas que no deben –me dice, volteándome a ver con los ojos muy abiertos.

Ventura da en el clavo, ignorando lo ocurrido el día de ayer. Comienzo a morderme las uñas.

—¿De quién es esta oficina? –me pregunta.

—Es de Ángel Martínez, lamentablemente mi jefe –le digo, señalando la placa que lleva su nombre.

—¿A poco tu jefe es ese maricón? Tiene un pervertido historial junto a su amigo "Mimoso". Si no hubiera muerto, seguirían siendo uña y mugre. No, no me hagas caso.

Ventura ríe, luego se despide y se aleja. La jornada laboral también se esfuma. Salgo de las instalaciones acarreando una ola de sentimientos adversos; felicidad por no haber visto la cara de Ángel y la de Reina; incertidumbre por lo que suceda mañana. Incluso considero pasar a la iglesia para encomendarme a Dios… luego recuerdo que estoy excomulgado desde hace años. Desciendo los escalones que separan la banqueta

del edificio y los pasos que doy son los de un hombre derrotado y sin voluntad. Me encamino hacia el hotel y el trayecto parece cubrirse de una bruma insaciable; la nada, como si yo estuviese perdiendo la vista. Recortándose en el horizonte, entre el cielo opaco cubierto de nubes plomizas a punto de precipitarse, se erige la pequeña edificación en donde me hospedo. Llego a mi recámara y destapo la botella de whisky que había comprado por si acaso. El tiempo discurre lento y, a medio camino entre el asco y el hastío, termino hasta la última gota de la bebida. Un letargo etílico se adueña de mí, me estruja con sutileza, me vence. Desconociendo la hora, me duermo.

VI. **Viernes**

Suena. Lo apago mecánicamente, acaso sin notarlo, y vuelvo a dormir. Me levanto. La cabeza me da vueltas y siento la necesidad de evacuar. Me aproximo al retrete y vomito. Luego me baño. Las ocho de la mañana. Se me hizo tarde. Evito el desayuno, me tomo un par de aspirinas y camino sin premura. Llego a las ocho y media. Arnulfo Siqueiros me saluda y me dice que Ángel y Reina se fueron a una localidad distante a comprobar el desempeño laboral del más joven del equipo de trabajo. También que mi jefe está molesto, que le haría un favor si renuncio, que jamás le hago caso, que yo fui culpable de la muerte de "Mimoso", etcétera, etcétera. Ya más tranquilo, compro el periódico. Mierda y mil veces mierda. Juan Carlos, el Judicial corrupto que planeaba vender la droga, aparece en la portada, muerto por siete disparos; muerto a manos de

los narcotraficantes. El pueblo le llora, dicen los titulares. El pueblo que no lo conocía. El reporte indica que ayer en la noche, unos tipos sobre una camioneta blanca lo subieron a la fuerza, luego lo torturaron y, cerca de la carretera, le dieron el pase a mejor vida. Una fría sensación me recorre el estómago y me hace temblar. Corro hacia la oficina de mi jefe, abro el armario y... ¡sorpresa! ¡No hay maletines! Palidezco. A mis espaldas, la voz de Arnulfo me distrae. Dice que un trabajador está varado, se le descompuso el carro en una lejana localidad a la que se llega por un sinuoso y descuidado camino. Pienso en la sugerencia de Ventura desde que lo conocí. Estremecido aún, acudo a la Cruz Roja para pedirle ayuda al único buen samaritano de este pueblo. Acepta gustoso, su semblante está más alegre el día de hoy. En su ambulancia, partimos hacia la localidad 'd'. Él conoce varios caminos y atajos para llegar a donde se proponga; eso me inspira seguridad. Mientras avanzamos, observo las enormes y azules montañas que se alzan en el horizonte; el río que serpentea bajo un prolongado y senil puente; las paredes rocosas que se ciernen entre el camino. Cuando platico con Ventura, una persona se comunica a través de la radio de la ambulancia: "Patrón, responde patrón". Mi amigo sujeta el radio y contesta el mensaje. El ruido de la frecuencia me impide escuchar con claridad lo que le responden y evito prestarle oído. Cambia rotundamente la expresión de Ventura al escuchar al emisor, luego dice: "Deténganlos, voy enseguida", y coloca el aparato en su sitio. Quiero preguntarle qué sucede pero detiene la ambulancia cerca de una muralla de álamos. Desciende y me pide que haga lo mismo.

Estoy muy desconcertado. El miedo se apodera de mí; a punto estoy de orinarme en los pantalones. Salgo del vehículo. Ventura se recarga sobre la defensa del vehículo. Suspira y empieza a contarme:

"Hace muchos años yo vivía en un pueblo de la sierra. No le pedía nada a la vida hasta que uno de mis hijos se enfermó de gravedad. Al principio no pude comprarle las medicinas, no me alcanzaba el dinero. El niño empeoró. Una ambulancia llegó por él. Aunque no lo creas, el chingado vehículo se descompuso a medio camino. Mi hijo falleció –me dice, pero en sus ojos no se asoma siquiera una lágrima– y yo me sentí un completo inútil desde ese día. Si supones que por ese asunto decidí dedicar mi vida a la Cruz Roja, te equivocas. Pasaron meses. Alguien tocó a las puertas de mi casa. Era un tipo alto que usaba lentes oscuros. Me propuso cambiar mi vida para siempre. Dijo que si yo le prestaba mis tierras para sembrar marihuana, me remuneraría mucho más que cualquier trabajo. Acepté, amigo, acepté. Y dime... ¿fui malo por permitir eso? No todos nacemos con las mismas oportunidades. Me sentía feliz al ver que mi familia se alimentaba bien, que nada les hacía falta. Pasaron años de sosiego hasta que asesinaron al que me tendió la mano. Me quedé con los plantíos. Lo que sucedió después, prefiero omitirlo; es una historia tan larga y tan extraña que no la creerías. La vida da muchas vueltas, así que no voy a andar con rodeos. Soy el líder de 'La raya' –me dice, como si nada ocurriera. Me afligen terribles punzadas en el

estómago–. No te preocupes, en serio, me di cuenta que puedo confiar en ti –tan confiable que yo delaté a sus vasallos– porque eres una persona discreta. La discreción es la virtud que más valoro entre mis camaradas. Pero ese cabrón de tu jefe delató a mis hombres en una pequeña transacción de cocaína. ¡Todo por escuchar a través de las paredes! Ahora resulta que el muy hijo de la chingada llevaba la mercancía en uno de sus maletines, seguramente para venderla a uno de mis trabajadores, el muy cabrón. ¿Cómo ves, amigo? Queriéndome vender mi propia cocaína, el joto desgraciado. A mí nadie me ve la cara de pendejo. Olvídate del pobre trabajador que se quedó en el camino, hay cambio de planes. Igual, nadie va a decirte nada porque ya no vas a tener jefe –me dice, guiñándome un ojo–. Súbete, vamos a la localidad en donde están detenidos él y su compañera".

Ventura enciende el vehículo y damos media vuelta para retomar el camino. No deseo platicar, no tengo ánimos de hacerlo pero es Ventura quien inicia la charla, acaso feliz, orgulloso y altivo. Escuchando sus palabras, desaparece el paisaje.

—Has de saber que en ocasiones mis hombres realizan retenes en pueblos y carreteras, vestidos con uniformes de la AFI. Así atraparon a tu exjefe, quien por traer un vehículo gubernamental con una calcomanía en el espejo, promocionando el Censo Agropecuario, pensaba que nadie lo iba a revisar. No tengas miedo, relájate. Es más, te invito un par de cervezas. No somos tan malos como nos hace ver la prensa, la gente y la

radio, amigo. ¿Ofrecer protección a la gente honrada que se gana la vida en los puestos de tacos, tortas y hamburguesas? Puras calumnias, amigo, no es cierto. Mira, lo acepto, soy chofer de ambulancia para distraer a la gente; visto sencillo y vivo tranquilo; mejor para mi familia, amigo –juro que me arrojo de la ventanilla si me sigue diciendo amigo–. Nada te va a pasar, palabra de hombre –me pregunto qué tanto puede valer la palabra del cabecilla más peligroso del cártel de la región.

Me concentro en el nítido cielo que se extiende a lo ancho y largo del horizonte. Las nubes intentan sitiar al sol, brillando con fuerza en el oriente. Decenas de robles flanquean la terregosa vereda que levanta enormes nubes de polvo tras el recorrido de la ambulancia. Ventura pisa el acelerador hasta el fondo, frenético, como si manejase en una carrera de vida o muerte en la que de nada serviría llegar tarde. Me pongo el cinturón de seguridad. Por fin llegamos a la localidad luego de un ajetreado viaje. Me siento mareado. Ventura se detiene a escasos metros de las camionetas blancas impregnadas de polvo que rodean a un pequeño y económico automóvil de mi querida institución. Las escasas viviendas del pueblo parecen deshabitadas o quizá sean propiedad de "La raya". No doy crédito a lo que veo. En el interior del vehículo, Ángel y Reina yacen apresados. Ambos me miran con ofuscación. Me coloco detrás de Ventura cuando tres hombres armados salen de una de las casas. Uno carga en la diestra los dos kilos de cocaína como si fuesen un digno trofeo. Ventura ordena guardar la mercancía; ellos obedecen de inmediato. Luego, él saca del vehículo al calvo Ángel Martínez y a Reina. Comienza a golpear

a mi jefe, enseguida le baja los pantalones. En posición fetal, Ángel llora y pide clemencia pero Ventura no escucha o no se molesta en escuchar. Después me mira. Reina grita como una pobre histérica.

—¿Son confiables estas dos personas? –me pregunta con severo tono de voz. Niego con la cabeza pero no es por odio. Acaso lo hago por temor o respeto hacia Ventura. Seamos francos, más lo primero que lo segundo. Además, no me molesta que mis superiores sean los chivos expiatorios. Ventura ordena a sus hombres llevarse a Reina a una de las casas para hacer con ella lo que quieran. Se la llevan a rastras. Se escuchan sus intensos gritos. El líder de la mafia aprovecha la situación y me dice que busque un leño, no muy grueso ni muy delgado. Al cabo de un rato regreso con uno de considerable tamaño y Ventura lo toma radiante, como si le hubiese regalado el mejor objeto del mundo. Lentamente, el líder de la mafia introduce el leño en el orificio del recto de Ángel Martínez, ¡quien parece disfrutarlo!, ¡incluso gime! Conforme se hunde el objeto con más, el placer se convierte en el peor de los tormentos. Grita, pero la sonora carcajada de Ventura consigue atenuar los lamentos de su horrible suplicio. Soy espectador del más infame espectáculo morboso, enraizado en el suelo sin hacer nada. Comienzo a reír estrepitosamente pero seamos francos, la risa que fluye es de nervios, nada más. No puedo controlarme.

—Eres un hijo de la chingada, amigo, añorabas ver sufrir a tu jefe –me dice Ventura, y una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios. No puedo dejar de reírme, los gritos de Ángel se extinguen en la vacuidad. Mi risa se apaga cuando cesan los alaridos de mi exjefe. Ventura no retira su instrumento de tortura y me invita a pasar a la casa en donde sus hombres se divierten con Reina, pero nada se escucha. Al cruzar el umbral de la puerta la veo amordazada; su rostro con el rímel corrido, semidesnuda, con las manos atadas detrás de su espalda, en completo silencio. Alguno de los tres bastardos le cortó el cuello de oreja a oreja. Su lengua ha sido cercenada. Siento asco.

—Eso es lo que les pasa a los indiscretos, amigo –me dice Ventura mientras recarga su mano en mi hombro de manera fraternal–. Pero a ti nunca te va a suceder, tienes actitud, no eres zalamero y tampoco te dejas manipular. No creo que en tu trabajo te valoren por eso, ¿verdad? No, a los directivos del Gobierno les gustan los tipos sumisos, los que están dispuestos a darle a su jefe un masaje en los *güevos* para ascender de puesto. ¿Te gustaría trabajar con nosotros, amigo?, ¿qué dices?

—La verdad es que mi sueño es alejarme por un buen tiempo del país, no lo tomes a mal.

—¿Te vas a Estados Unidos?

—No, a Canadá. Si me va bien, quizá me vaya a otro lugar; a Australia, por ejemplo. Dicen que allá no hay tanta población y hay muchas facilidades para que te establezcas.

—Si vas, no se te olvide traerme un canguro –se ríe, los

demás también.

Ventura ordena a sus hombres deshacerse de los cadáveres. No sé si les prenderán fuego a los cuerpos hasta reducirlos a mera ceniza, tamizándola con la tierra, o si los van a destazar, dándole los miembros a una jauría de perros hambrientos. Quizá los entierren en una superficie yerma, en un páramo lacerado por el sol que nadie en su sano juicio se atrevería a cruzar. Ventura me dice que suba a la ambulancia para llevarme al pueblo. En el camino, los nervios y la incomodidad se apoderan de mi garganta, aprisionándola; Ventura silba y tararea canciones hasta que llegamos a nuestro destino. Estaciona el vehículo en su sitio, nos bajamos y me estrecha la mano.

—La discreción es hermosa, amigo –me confiesa, mientras levanta el dedo índice en el aire y lo coloca sobre sus labios–. Asiento con la cabeza y le devuelvo una disimulada sonrisa. Nos despedimos. Ojalá y sea para siempre. Camino hacia el arcaico edificio para recoger mis cosas. Me despido, diciendo que mi trabajo aquí ha terminado. Al salir del edificio, otrora sindicato de los trabajadores de la línea del tren, observo un cartel –cartel, no cártel– en una de las paredes, promocionando el censo: "La información que proporcionará el Censo Agropecuario será una herramienta de utilidad para la toma de decisiones en materia de diseño y evaluación de políticas públicas relacionadas con el sector agropecuario y forestal".

Sí, claro. Precioso gobierno. La situación del campesino es difícil. Todo sube de precio: el fertilizante, la gasolina, las semillas para la siembra. Y encima dicen que les van a dar apoyo, que van a implementar programas para beneficencia del campo. México es una dictadura disfrazada, cuna del sinarquismo y de pequeños burgueses que desean el bienestar solo para ellos mismos, jodiendo al proletariado. Y qué decir de las instituciones gubernamentales. Siempre te dicen lo mismo: "Si el presupuesto del año pasado fue malo, sujétense, pues el de este será todavía peor". Por eso sube la delincuencia, por la carencia de oportunidades. No importa lo que sepas sino a quién conozcas para conseguir un empleo decente. Lindo gobierno. Dejaron crecer a los narcotraficantes y ahora no saben cómo detenerlos. Soltaron a la perra, ¿y ahora quién la amarra?

Dejo de reflexionar y camino al hotel. Me sorprende ver en la puerta de mi habitación una litografía en blanco y negro. Es una antiquísima ilustración de un caballero montado en un bello rocín que trota. Una brecha conduce al caballero hacia la portezuela abierta de un enorme castillo. Tres torres se erigen detrás de su muralla. El caballero levanta en el aire el dedo índice derecho, colocándolo encima de sus labios. Bajo las patas del equino, se lee una leyenda: *Silentium Est Aureum*. Despego la litografía y en mi maleta la guardo al trasponer la puerta. Tras reflexionar un par de horas, destapo otra botella de whisky que había comprado para la ocasión. Bebo hasta la mitad y la noche llega de golpe. Es el final de un largo… largo día.

VII. **Salida**

Hace un año que renuncié a mi querida institución gubernamental. No me arrepiento, pronto encontraron reemplazo. Nunca falta quien espere ansioso un hueso aunque esté roído. Ahora voy a Nueva Zelanda. Soy un tipo errante y más de una persona me ha criticado al decirme que no pertenezco a ningún sitio. No los culpo, quizá tengan razón.

Hace un par de días recibí un correo electrónico de mi excompañero Arnulfo Siqueiros. No puedo creer lo que decía: "Ventura cayó. Lo encontraron en su casa. Los médicos forenses dicen que murió envenenado. El pueblo llora su deceso y se pregunta quién fue el desalmado que se atrevió a asesinar a tan notable servidor público". La gente no lo conocía. Probablemente alguno de sus hombres lo mató para tomar posesión del cártel. Pobre Ventura. Era un hijo de puta pero me caía bien. Nunca me hizo nada y hasta volvió realidad una de mis fantasías: torturar a mi jefe. Y yo que pensaba, en verdad, regalarle un canguro.

Layne

A la memoria de Layne Staley.

1. **Mar de aflicción**

Nací en una época oscura en donde un conflicto bélico asolaba a mi país por un síndrome de abatimiento, todo por los avances del comunismo. La sed de poder de mi nación era implacable; no quería verse afectada por la Teoría del Dominó que había impulsado la Unión Soviética. Recuerdo las protestas, oposiciones y la célebre frase de un innumerable grupo de jóvenes que decía: "Haz el amor, no la guerra". Nada de eso fue suficiente para impedir la intromisión de nuestro gobierno en asuntos que no le correspondían. El colapso de la moral fluía en el aire, haciendo de la atmósfera un tedio insoportable; parecía afectar severamente a cuantiosas familias.

No me conmovieron en demasía los horrores de la guerra, pues mi país era el invasor. Lo que perturbó mi infancia fue algo peor: las constantes peleas de mis progenitores. Mi padre se ausentaba la mayor parte del tiempo y cuando volvía a casa no lo hacía solo sino con sus compañeros de trabajo que se quedaban tomando hasta la madrugada. Mi madre solía levantarse antes que yo para limpiar el desorden que las fiestas provocaban: latas de cerveza, ceniza esparcida en todo el suelo y narcóticos. Siendo niño, parecía no darme cuenta de ello. Los conflic-

tos de mis padres se acrecentaban pero existía un límite. El vínculo familiar se rompió; mamá decidió abandonar a mi progenitor y empezar una nueva vida conmigo. Tenía solo siete años cuando ellos se divorciaron. En el aspecto de la comunicación, dicen que los puentes son mejores que las paredes pero mis progenitores no se molestaron en destruir la inmensa muralla apócrifa que nos separaba. Llegué a considerar el suicidio y no puede haber cosa más triste en el mundo que un niño de siete años piense en quitarse la vida, ya derrotado de antemano y carente de una positiva visión del porvenir. Desde el día en que se distanciaron mis padres, mi mundo se convirtió en una pesadilla; solo la oscuridad me rodeaba. Luego recibí una llamada telefónica: alguien me dijo que mi padre había muerto. Mi familia sabía que él era un adicto, consumiendo a diario todo tipo de drogas para colocarse y suprimir la soledad que le atormentaba. Desde entonces, hasta la saciedad le preguntaba a mi madre: ¿Dónde está papá? Ella desconocía cuánto lo extrañaba. Yo me sumergía en un mar de aflicción y nadie estaba ahí para salvarme.

Mi adolescencia tampoco fue muy agraciada. En la escuela mis compañeros de clase solían mofarse de mi carácter retraído; rara vez le dirigía la palabra a alguien porque no buscaba amistad, no buscaba comprensión. Varias veces me involucré en peleas y me es indiferente decir que gané la mayoría de ellas. Era un tipo duro. Mi frase favorita era: "¿Quieres tener líos? Bien, entonces los tienes". Mi puño en la cara de mi adversario era todo lo que parecía tener sentido hasta que descubrí la senda del

arte. Amaba pintar, amaba la música y la literatura. A pesar de mi afición por la cultura, el obeso Director de mi colegio decidió –luego de una prolongada reunión a solas con mi madre– mandarme a un instituto para jóvenes afectados por sus problemas sociales. Entonces perdí toda fe en la enseñanza pública. Durante esa etapa de mi vida empecé a escribir fragmentos de poesía que años después sirvieron de algo: "Mírame con ojos vacuos, el espejo sobre la pared te mostrará lo que temes ver". Cabe decir que no solo la palabra escrita me ayudaba a sobrellevar mi vida; la música rock fue mi gran influencia. Nunca cesaba de escuchar con gusto e impresión a varios grupos del género "metal". Motivado por ellos a tocar la batería, incursioné en varias bandas, siendo The Sleze la más destacada. Probé por vez primera la marihuana y el alcohol con mis amigos del grupo; las copas excesivas de Jack Daniel's me hicieron sentir lo que era una verdadera resaca; la marihuana me colocaba, no sentía las piernas y por eso imaginaba que podía volar muy alto hasta compartir un lugar con Dios. ¡Me sentía tan fuerte! Pensaba que nadie podía tocarme. Pero un vicio conduce a otro, una droga "ligera" abre el camino para que una droga "fuerte" se inmiscuya en el organismo para adueñarse de la percepción y controlar los sentidos. La marihuana me guio a *Lucy in the sky with diamonds* (LSD). Luego, un supuesto amigo me introdujo al mundo de la cocaína. No muy satisfecho con los efectos que aquellas sustancias producían, muy pronto empecé a consumir éxtasis y heroína, o como suelen decir en el ámbito del arte: pastas y aceites.

¿Mencioné que desde los cinco años cantaba en el grupo de la escuela? No, pero en mi época adolescente surgió de nuevo esa inquietud. Nada podía detener mis aspiraciones de convertirme en cantante. No obstante, mis *bandmates* encontraban muy divertido el hecho de que yo fuera el vocalista del grupo. A menudo hacían bromas que me molestaban. Decidí dejar a esos tipos, aficionados perdedores, para buscar a una persona con aspiraciones serias en el mundo de la música.

2. **Alicia en cadenas**

Ah, Diamond Lie, ¡qué banda! Tuve la oportunidad de conocerlos una cálida tarde de primavera, en una fiesta realizada en el Music Bank de Seattle. Me impresionó sobremanera la forma de tocar de Jerry, guitarrista y vocalista de la banda. Tenía actitud y ansias de poder demostrar al mundo la fuerza de su música. Establecí sólido contacto con él y a las pocas semanas de conocerlo me dijo que buscaba un vocalista competente para su grupo. No desaproveché la oportunidad; procedí a cambiar mi juego de batería por un micrófono para acudir al ensayo. Esa experiencia con Diamond Lie fue increíble; estuve a punto de desgarrar mis cuerdas bucales pero valió la pena el esfuerzo. Jerry quedó impresionado por la potencia de mi voz y por el empeño que ponía en cada nota alta o baja. De inmediato me reclutó en las filas de la banda. Me hubiese gustado ver la estúpida expresión que pondrían mis anteriores *bandmates* al verme en medio del escenario, lideran-

do un grupo mucho más estridente y técnico; The Sleze se podía deslizar, se podía ir al diablo. Luego de algunas presentaciones en bares de mala muerte, cambiamos el nombre de nuestro grupo. "Alice & Chains" lo llamamos; pronto nos dimos cuenta que existía una banda californiana de nombre similar: Guns & Roses. Decidí hacer una ligera variación de nuestro apodo, nimia pero interesante: "Alice in Chains". Todos estuvieron de acuerdo con el nuevo y extraño nombre de la banda. Como todo lo que está abajo tiene que subir, nos dieron la oportunidad de grabar una maqueta, una demostración de pocas canciones que titulamos *We Die Young*. Nada más acorde para los que nacimos bajo la influencia de una época sombría. Ya no tocábamos en sitios nocturnos de poca aglomeración y, a pesar de que aún vivíamos en un sucio departamento, los billetes verdes rellenaban un poco más nuestras delgadas carteras. Con nuestro demo, cimentamos el arduo camino para la publicación de nuestro primer álbum de estudio, contratados por una importante compañía disquera. *Facelift* fue el título de dicho álbum. El inesperado progreso a la fama se dio después.

Seatlle, nuestra ciudad, fue cuna de varias bandas que comenzaban a despegar con ímpetu, ansiosas por dominar el mundo con su música. Debo reconocer que ellos –como nosotros– tenían una actitud similar que no se reflejaba precisamente en su vestimenta ni en su manera de comportarse. Eran presa del hambre; hambre por destacar, hambre por gritar a la gente sus sentimientos a través de la música. Entonces llegó Cobain, involuntario líder del "*grunge*", movimiento adoptado como un género por el

público y que las compañías discográficas se empeñaron en utilizar para todos los grupos procedentes de Seattle que vistieran de pantalones cortos y sucias camisas desfajadas. Me molestaba –al igual que a mis *bandmates*– que nos etiquetaran como "*grunge*". Nosotros tocábamos metal, esa era nuestra vida, nuestro sentimiento, y el hecho de proceder de Seattle no tenía nada que ver con el estilo de música que se estaba gestando. Pero era la moda, el nuevo "género" que estaba desbancando de los primeros sitios de popularidad a las bandas oxidadas que vestían de cuero, utilizaban más maquillaje que una chica y sus peinados eran tan glamorosos como los de una diva. Todo lo que sube tiene que bajar, quizá era el momento oportuno para que los jóvenes grupos de rock hicieran pedazos a los más viejos, sobre todo a los que nada tenían que aportar al mundo de la verdadera música.

El ascenso a la fama llegó de golpe con nuestro segundo álbum, *Dirt*. Era como si todo se hubiese precipitado antes de que nos diésemos cuenta de lo que significaba la popularidad. Nuestras canciones empezaron a ocupar los primeros sitios de las estaciones de radio. Líricamente, nuestro disco se distanciaba sobremanera de los demás. *Would?*, fue nuestro primer sencillo compuesto en su totalidad por Jerry. La canción habla sobre la rendición a la heroína de Andy Wood, notable vocalista de la banda Mother Love Bone.

> *"Conóceme sometido por mi amo, enséñate como un niño del amor de aquí en adelante... de nuevo fluye en*

el torrente sanguíneo; el mismo viaje obsoleto que solía ser, está de vuelta... cometí un grave error pero trata de verlo a mi manera... ¿me he alejado demasiado para volver a casa?".

El grupo se desintegró tras la prematura muerte de Andy aunque sus miembros originales fundaron Pearl Jam, una gran banda que tocó a nuestro lado como teloneros en uno de sus primeros conciertos; pero la historia de esa agrupación le corresponde contarla a otra persona.

Dirt, debo admitirlo, refleja el lado oscuro de la decadencia humana, la adicción, el vacío y toda la porquería con la que uno tiene que lidiar. En ese entonces *Dirt* reflejaba un mundo sucumbiendo en la tristeza, en la contaminación y en la mierda. Un lugar en el que la esperanza se había perdido, en el que las perspectivas de una vida mejor eran vanas e inasequibles. En *Dirt* la existencia es corta y repleta de sufrimiento. El mensaje de la dependencia a las drogas está ahí, latente a manera de metáfora en algunas canciones; directo en otras como *JunkHead* y *GodSmack*: *"¿Qué has hecho en nombre de Dios?, ¿inyectarte la aguja en el brazo por diversión?"*. La prensa y los fanáticos del grupo empezaron a debatir sobre mi posible relación con las drogas, en especial con el "caballo". Ellos hacían demasiadas especulaciones cuando no tenía nada que ocultar acerca de la depresión y la oscuridad de mis letras. Aún así, no me importaba en absoluto perder y no me interesaba desprenderme de la aguja. Ser un yonqui no es bueno ni malo, me es indiferente, lo acepto y puedo vivir con eso.

En nuestros inicios, cuando teníamos hambre de obtener el reconocimiento, yo deseaba cada vez más si más obtenía de algo. Me sumergía hacia el pozo sin fondo de los vicios y de las bajas pasiones. Ni la mano de Dios me hubiese sacado de ahí, de esa pútrida atmósfera que me aprisionaba. Supongo que eso suele ocurrir con todos los jóvenes que anhelan convertirse en *rockstars*, pero la fama es incapaz de llenar el vacío que conlleva el tener una vida así. "Sexo, drogas y rock and roll". Antes solía afirmar que era una buena frase pero uno se da cuenta que todo exceso es una reverenda porquería y nada se puede hacer al estar sumido en un embotamiento de depresión, el verdadero desgaste del espíritu. Al estar colocado, momentos antes de ir a la cama, mis pensamientos albergaban una duda infantil: ¿Volvería mi padre si me convirtiera en una celebridad? Bastaba dormir un par de horas para luego encontrar la respuesta obvia, despertando en el mismo estrecho departamento. Mientras contemplaba las grises paredes, se desvanecía la bruma de la ilusión. Estaba muerto y ninguna sustancia alucinógena lo traería de vuelta.

Las cuantiosas giras que hicimos para promocionar nuestro segundo disco –que por sus buenas ventas se transformó en álbum de platino– me agotaron como nadie tenía una idea. Mi longeva depresión aunada a la dependencia de la heroína, lograba que todo careciera de sentido. Mi estado de ánimo era como el de un anciano en silla de ruedas, detenido a escasos centímetros del más profundo abismo. Jerry, Mike y Sean estaban ahí, mis queridos *bandmates*, pero nadie podía ponerse en mi lugar para comprender todo lo que había atravesado. Luego

del festival Lollapalooza hicimos una extensa y última gran gira en diversos lugares del planeta, un poco antes de entrar de nueva cuenta al estudio para grabar un álbum de corta duración que titulamos *Jar Of Flies*. Sobra decir que mi condición se deterioraba poco a poco. A menudo solía escuchar con la indiferencia de siempre lo que un músico plasmó en una de sus canciones: *"La vida se vuelve mucho más fácil al aceptar que estamos muriendo"*.

Después del lanzamiento de *Jar Of Flies* y de grabar un par de videos para promocionarlo, tuvimos un receso en la banda. No más giras. Ingresé en ese periodo a una Clínica de Rehabilitación por mi abuso de la heroína. La gente piensa que es fácil superar las adicciones y atribuyen a Cristo la virtud de salvar a todos aquellos que tocan fondo. No es verdad. Si uno no tiene la fuerza de voluntad necesaria o –en palabras más hostiles– no logra aferrarse bien de los cojones, difícilmente el mártir de parafina se desprenderá de su cruz para ayudar. Estar en un sitio para vencer la adicción no es una grata experiencia. No solo se trata de realizar pláticas en grupo y toda esa basura, los coordinadores del Centro tratan de buscar en tu interior, despojándote de tu coraza para darse cuenta de los acontecimientos que te han llevado hasta ahí, subyugado por las drogas bajo una sórdida etapa de la vida. Yo estaba sumergido en el mundo de la terapia de los doce pasos contra la adicción. No te gustaría saber lo que uno tiene que enfrentar a lo largo de una prolongada estancia en un centro de adictos para conseguir una efímera recuperación. Muchos salen de ahí, otros regresan al mismo sitio... hay quien muere.

Tomando los doce pasos

En el programa de recuperación te entregan un simple folleto en el cual se explica –de manera muy resumida– la secuencia de actividades que tienes que hacer para superar la dependencia a los narcóticos. Primero te sugieren la técnica que habrás de llevar para vencer a tus demonios internos. Luego el paso cero en donde has decidido si de verdad quieres seguir la técnica de los terapeutas y estás dispuesto a hacer hasta lo imposible para obtener el control de tu nimia existencia. Entonces estarás listo para tomar los siguientes pasos: en el primero, debes admitir que no tienes ningún control sobre la droga, eres débil y careces de poder; en el segundo, debes creer que un poder mucho mayor al tuyo puede traer de vuelta tu sanidad; en el tercero, debes mantener firme la decisión de modificar tu vida mediante la fuerza de voluntad gracias al cuidado de Dios; en el cuarto, haces sin temor un inventario moral de tu vida como adicto, relatando tus pecados; en el quinto admites, sin remordimiento alguno, tus equivocaciones ante Dios, ante otro ser humano y, más importante, ante ti mismo; en el sexto, estás listo para que el Ser Supremo modifique los defectos de tu carácter; en el séptimo, con humildad le pides a Él que perdone tus faltas; en el octavo, haces una lista de las personas que has lastimado, deseando recompensar de alguna manera a todos ellos; en el noveno, tienes que reparar el daño mediante la forma en que sea posible, excepto cuando hacerlo signifique lastimar a ellos o a otros; en el décimo, prosigues con tu inventario personal de pecados, admitiendo con valor que estabas mal; en el onceavo, debes hacer de la oración

y de la meditación una práctica constante para mejorar tu relación con Dios, rezando por el conocimiento de su voluntad y el poder para sobrellevarlo; en el doceavo, habiendo obtenido un despertar del espíritu como resultado de los pasos, tratas de llevar un mensaje positivo para los adictos, practicando estos principios en todos tus asuntos. Por último, en el apócrifo paso trece, cuentas trece pasos hacia arriba, pero la verdad es que no existe dicho paso.

Dios, Dios, Dios. Mierda. ¿Cuántas veces tuve que pronunciar su nombre y mi sometimiento hacia Él durante mi estadía en el Centro de Rehabilitación? Mientras mi banda se tomaba un descanso, miles de fanáticos –así como los medios de comunicación– discutían sobre mi largo abuso a la heroína, al jaco. Al verme en el espejo, podría jurar que no era el mismo. En pocos años perdí muchos kilos y debo reconocer que mi apariencia cadavérica, casi fantasmal, no era tan grata que digamos.

En ese respiro de "Alice In Chains", el buen Cobain se suicidó –o lo asesinaron, según diversas fuentes–. También era adicto a la heroína, como muchos músicos de la escena de Seattle. Ciertas personas especularon que mi muerte se daría antes que la de él y eso me enfureció. Incluso me enteré que una revista limitadamente reconocida tenía preparado un obituario en caso de que se confirmara el rumor de mi muerte. Mucha gente divulgaba sobre el deterioro de mi aspecto físico. Todo sucedió por haber aparecido de sorpresa en un concierto de Tool, colaborando en la canción *Opiate*, con un pasamontañas que cubría mi rostro. No debí haberlo hecho. Desde ese

momento la gente empezó a decir que yo era presa de la gangrena y que me faltaban varios dedos de las manos. Imbéciles sin oficio. Mi rostro no era el mismo pero no por ello tenía que ser evadido por aquellos que alguna vez se consideraron mis amigos. Muchos me miraban como si les fuera a pegar la lepra o algo por el estilo. Era negativo después de todo, así que se podían ir al diablo. Mi objetivo era simple: superar la horrible etapa de ansiedad que genera el estar limpio por primera vez durante muchos años y hacer bromas sobre mi muerte. Aún podía salir de ese maldito laberinto.

Al estar fuera del Centro de Rehabilitación, me reagrupé con "Alice In Chains" para demostrar al mundo que aún teníamos la fuerza de antes y que había mucho que aportar. La etiqueta del "*Grunge*" estaba en decadencia debido al fallecimiento de Cobain pero como dije desde un principio, nosotros tocábamos metal, no un género manipulado por las compañías disqueras para vender más copias de un álbum. Entonces grabamos nuestro tercer disco, el epónimo *Alice In Chains*, al que la prensa comenzó a llamar "Trípode" debido a la imagen de un perro con tres patas en la portada. Luego de su reciente publicación les sugerí a mis *bandmates* que ironizaran sobre el caso de mi adicción a la heroína y que en cada oportunidad anunciaran mi muerte a los diversos medios. Y a pesar de mi lenta y dolorosa recuperación, mi estado mental no era el óptimo como para salir de gira y promocionar el nuevo álbum. Jerry fue quien más se adhirió a la frustración pero su apoyo fue excepcional. Mientras charlábamos en una

lúgubre habitación, me confesó: "Mira, me siento inútil al no poder ayudarte. Pero debes saber que cuentas con mi apoyo incondicional; tú, yo, Sean y Mike estamos juntos en esto. Hemos pasado unidos los buenos tiempos y estaremos dispuestos a atravesar los malos. Te juro que nunca nos apuñalaremos por la espalda ni haremos toda esa porquería que hacen otras personas". Los ojos de Jerry mostraban un brillo de esperanza y yo me sentí muy bien por su consejo y por su invaluable amistad. Pero mi estado de ánimo se disipó como la bruma matinal ante el primer rayo del sol al recordar que los tipos como yo se extinguen al no poder adaptarse en la sociedad. Era una realidad dolorosa, una de las que nunca pude escribir en mi inventario moral. No podría considerarse un pecado sino una aberración. Sumido en las sombras por una apatía que me es imposible describir, la mano de Dios estaba distante, ayudando probablemente a quienes lo merecían o a quienes se subyugaban ante su voluntad.

3. **Nosotros morimos jóvenes**

No pude soportar el síndrome de abstinencia y caí de nuevo en el pozo sin fondo de los vicios. Con una prolongada estadía en un Centro de Rehabilitación de Adictos, solo se consigue una efímera independencia de las drogas. El jaco de nuevo fluía en el torrente sanguíneo; no pude evitar que la esencia de la indómita aguja se filtrara en mis vulnerables venas. No era agradable despertar en las noches empapado en sudor, anhelando un chute con

vehemencia, así que decidí acabar con la trémula desesperación que la continencia me provocaba; la cafeína o el tabaco eran sustitutos inútiles que desde un principio supe que no durarían. Las enormes olas que se alzaban en el mar de la aflicción me arrastraban con fuerza hacia el fondo, no hacia la orilla de la apócrifa playa. En aquella masa de agua había piedras, riscos y escollos que me vapuleaban sin piedad. Mi mundo se podía ir al diablo y no me interesaba nada porque varios años atrás me di cuenta que todo era un absurdo. No estaba de acuerdo con lo que tenía que hacer para mantenerme vestido, comprar mis alimentos y pagar mis malditos impuestos. Todo me parecía monótono y sin sentido, como si viviera en una ciudad de cristal, carente de vegetación, de vida, en un sitio que invariablemente sucumbiría con sus propios deshechos hacia la extinción.

Decepcionado, deprimido y en plan de eterna derrota, estaba dispuesto a recluirme en un lóbrego nicho cuando recibí una llamada de Jerry. Era quizá la noticia más interesante que había escuchado en mi apartamento desde hacía varios meses. El legendario grupo Kiss nos ofreció actuar como teloneros en un concierto que iban a celebrar al comienzo del verano en Kansas. Me pareció una buena propuesta y pude dormir tranquilo... al menos esa noche.

Durante ese año grabamos un concierto *unplugged* para la comercial cadena MTV. El íntimo *show* en acústico para nuestros fanáticos fue emitido en televisión. Debido a mi frágil estado de sumisión a la heroína, no quise presentarme al concierto en última instancia –Jerry podía

hacerse cargo de las voces sin problema– pero el contrato ya estaba firmado y mis *bandmates* me alentaron a no decepcionar a los *fans*, quienes ansiosos habían pagado el boleto para presenciar un espectáculo diferente a lo habitual. Acepté salir al escenario luego de meditarlo durante algunos minutos. El lugar me pareció confortable; había bancos de madera en los que colocamos nuestras posaderas mientras tocábamos. Varias columnas metálicas a nuestro alrededor, decenas de reflectores apagados –salvo aquellos que pendían de algunas estructuras rectangulares adheridas a la cumbre del escenario– y varias velas nos flanqueaban iluminando con su llama nítida. Incluso estaban los integrantes de Metallica en el público, sentados en primera fila y estrenando unos cortes de cabello. Sobra decir que no me sentí muy bien mientras discurría nuestra presentación. Las personas se dieron cuenta de ello y las que no, debían haber estado colocadas al igual que yo. Al término de cada canción, podía escuchar –entre los vítores y los aplausos– algunos murmullos que decían: "Mira lo débil que está", "Se ve muy demacrado", "Sus ojos están inyectados en sangre". No le tomé importancia a los comentarios y traté de esforzarme al cien por ciento pero las complicaciones a la hora de cantar emergieron y nada pude hacer para evitarlas. Gracias a Dios que ahí estaba Jerry para complementar de manera perfecta las vocales y tomar las riendas en un par de canciones, sustituyéndome casi por completo. Aún así, pienso que fue un agradable *show* para los espectadores. Después de tocar la canción *Heaven beside you*, me aventuré a decir: "Este es el mejor concierto que hemos hecho en tres años", a lo que

Jerry respondió: "No, es el único", por lo que reconocí: "Bueno, sigue siendo el mejor".

Octubre. Las calles colmadas de hojas oxidadas; hojas que inertes se desprendían de las ramas de viejos árboles. La impávida brisa ahuyentaba poco a poco el intenso calor del verano. Mientras iba caminando entre calles solitarias, recordaba nuestro último concierto ofrecido el día 3 de julio. Sí, cuando abrimos el concierto de Kiss. Me dirigía hacia ningún lugar cuando sentí una extraña premonición. El estómago me dolía mucho, algo andaba mal y no se trataba necesariamente de mi salud. Decidí arribar a casa para relajarme, para que el dolor cediera por un momento. Fue una idea terrible. Habían transcurrido algunos minutos en silencio cuando escuché el molesto timbre del teléfono. No debí haber contestado jamás pero eso no hubiera cambiado las cosas siquiera un ápice. Me informaron de la peor noticia desde el divorcio de mis padres: Demri, mi novia, falleció a causa de las drogas y el no estar a su lado en los últimos instantes de su vida, sosteniendo su mano mientras algún héroe hijo de puta de bata blanca trataba de revivirla, fue algo que me amputó el alma. No puede existir cosa más triste que el desvanecimiento del espíritu, de la voluntad.

Imaginé al "Rooster" Cantrell, el padre de Jerry, quien acudió a la guerra de Vietnam, sobrevivió y de regreso a su país, le hizo saber una historia a su hijo –un relato que él nos contó años más tarde a nosotros, sus *bandmates*– acerca de las atrocidades que vivió en las aldeas de aquel país. Los soldados marchaban mientras veían

a niños que carecían de piernas y brazos, de algún ojo o de alguna oreja. Los niños les sonreían a los soldados americanos, ¡les sonreían, maldición! ¿Por qué? Lo hacían porque estaban vivos, porque el Señor de las Alturas les concedía unos días más en este pedazo de mierda al que llaman planeta Tierra.

Pero mi muerte era intrínseca y nada podía hacer para remediarlo. Como dije, mi alma estaba extinta. Existen diversos aparatos, prótesis y dispositivos que pueden reemplazar los miembros humanos pero nada existe para llenar el vacío que deja el alma cuando se disipa. Y junto con mi alma, Demri se había marchado para siempre. Reinaba un sempiterno aire de melancolía en mi casa.

> *"Podría escalar hasta el sitio en el que los ángeles residen y preguntarles a dónde van los yonquis. Tú solo subiste y me dejaste solo en esta roca. Es mi culpa por ignorar lo que debí haber sabido. Oh, mi corazón está seco, latiendo perezosamente. Se ha estado vaciando desde que moriste. Podría caer hasta tocar el lado siniestro visitando todas las atracciones... y todavía me dejas pudriéndome solo en esta roca. Es mi culpa por ignorar lo que debí haber sabido. Mi corazón está seco, latiendo perezosamente. Se ha estado desinflando desde que moriste… desde que moriste".*

Desde el deceso de mi novia, muchos amigos míos especularon que abandonaría cualquier intento por vencer la influencia del "caballo". Y los rumores acerca de mi depresión, aunada a las drogas, se propagaron como

las siete plagas en Egipto, pero aquí el único que podía salir perdiendo era yo, no una civilización entera. Y como dije, nadie sabía lo que era estar en mi lugar, nadie iba a ponerse en mis zapatos para sentir lo mismo. ¿Estaba sumido en una profunda depresión? En efecto, pero no podría decir desde cuándo. Debo admitir que la ausencia de Demri contribuyó a que se expandiera mi desaliento. Me repugnaba pensar en su prematura muerte. Me costaba demasiado trabajo imaginar su bello rostro rígido consumiéndose poco a poco por el inevitable paso del tiempo y por el hambre eterna de los gusanos. Ambos estábamos abajo, en un profundo hoyo. La diferencia es que yo seguía respirando el denso aire que se filtraba en mi cueva y mi hogar se había convertido en mi sepulcro. Mi corazón parecía decorado con matices fúnebres. Abajo, en una fosa, fuera de control, perdiendo mi alma sintiéndome tan pequeño. Me hubiera gustado volar pero me negaron las alas. Sin alicientes, sin el hambre de antaño por destacar en el mundo de la música, mi vulgar existencia merecía llegar a su fin.

Entonces desaparecí de los medios de comunicación. La vida de un *rockstar* no tiene sentido; es mejor estar marginado, a solas, tratando de hablar con Dios. "¡Hola Dios! ¿Cómo has estado? Yo no estoy bien, ni siquiera me interesa pretenderlo. Sí, relájate, el mundo a mi alrededor está muerto y yo sigo pagando impuestos". Hubiese continuado martirizándome en mis pensamientos de no haber sido por la visita de Jerry. Me informó que nos habían invitado a la entrega de los premios Grammy, nominados en la ca-

tegoría Mejor Interpretación de Hard Rock por la canción *Again* de nuestro álbum homónimo. Un Grammy nunca significó nada para mí, era un ridículo premio que se otorgaba la mayor parte del tiempo a los artistas farsantes que hacían música de mediocre calidad. Para mí no era un privilegio que nos considerasen a formar parte de esa estúpida ceremonia. Solo asistí por mis *bandmates* porque significaba algo para ellos. Afortunadamente no ganamos, tal y como había sucedido en otras ocasiones. Si hubiese sido galardonado con ese nimio objeto brillante –una especie de tocadiscos con una arcaica y gigantesca bocina para reproducir el sonido–, lo habría encerrado bajo llave en el cajón del olvido. Luego de asistir a aquella ceremonia, volví a enclaustrarme en ese pedazo de basura yonqui al que llamaba casa. Aislándome del mundo, varias de las letras que había escrito para los discos de "Alice In Chains" rondaban en mi cabeza. Solitario, entre sombras, desnutrido y taciturno, era *Nutshell* la canción en la que pensaba todos los días, enfatizándose perfecta en mi estado de ánimo:

> *"Perseguimos mentiras mal impresas. Enfrentamos la trayectoria del tiempo y todavía peleo esta batalla solo. No hay nadie a quién llorar, ningún sitio al que decirle hogar. Mi privacidad ha sido hurgada y todavía me encuentro repitiendo en mi cabeza, que si no puedo estar solo, me sentiría mejor muerto".*

Debo ser franco. Demasiadas veces me refugié en mi hogar como judío temeroso de los nazis, asegurando que no saldría jamás. Sucedió que mis *bandmates* se pusieron

en contacto conmigo para elaborar dos canciones de un álbum recopilatorio. Quizá la amistad de mis compañeros era el único vínculo que me sujetaba al mundo de los vivos. Entonces grabamos las canciones *Get born Again* y *Died* –la cual dediqué a Demri– para el disco *Music Bank*. Me pareció un nombre apropiado para el álbum; no olviden que en una fiesta celebrada en ese lugar fue donde conocí a Jerry. El año en que salió editado, tres integrantes de diversas bandas de rock me llamaron para participar junto a ellos en el *soundtrack* de la película *La facultad*. Los tres sujetos querían rendirle tributo a Pink Floyd, grabando su canción más conocida: *Another brick in the wall*, parte uno y dos. Incluso se hizo video para la canción y ni siquiera me llamaron para participar. El maldito Director se limitó a extraer imágenes de mí en una presentación en el Moore Theater. Me sentía como un tipo contagiado de una enfermedad terminal al que le faltaban escasos días de vida. Me sentía como Franz Kafka cuando trabajaba en su novela corta, *La metamorfosis*. Comprendía el asco y el rechazo que las personas desconocidas mostraban en sus rostros cuando pasaba junto a ellos. ¿Entenderían ustedes mi situación, el estar siempre solo y sin ninguna expectativa, esperando el final con parsimonia?

Mi última participación pública tuvo lugar en una estación de radio, un cálido día de julio. Me reuní junto a mis verdaderos amigos, mis hermanos, mis *bandmates*, para discutir sobre el lanzamiento de otra compilación de éxitos titulada *Nothing Safe: Best of the Box*. Y después de aquella intervención, logré refugiarme para cumplir mi provi-

dencia en la Tierra. Pasaron años. Mi única distracción era acudir a un pequeño bar llamado "The Rainbow", el cual quedaba cerca de mi casa. Jamás compré algo para tomar en ese sitio, nada más me sentaba en una mesa de la esquina, contemplando el exterior. Ninguna persona se me acercaba, era como si se pusieran de acuerdo por telepatía para ignorarme, dejándome solo y en paz. Uno de los últimos contactos que tuve con un ser humano fue con una agradable periodista de Argentina, Adriana Rubio. Estaba elaborando un libro acerca de mi vida cuyo título me pareció un poco adulador, pero estaba bien, no podría tener nada en contra de su trabajo. Ella me hizo una entrevista –la última que concedí– con el propósito de incluirla en su libro *Angry Chair: A Look Inside the Heart and Soul of an Incredible Musician*. Entonces hablé con toda naturalidad sobre los problemas y las consecuencias que mi adicción había conllevado: "No tomo drogas para colocarme como mucha gente piensa. Sé que cometí un gran error cuando empecé a tomar esta mierda. Es muy complicado de explicar. Mi hígado no funciona y estoy vomitando todo el rato. He perdido también el maldito control de mis esfínteres. El dolor es más del que puedas soportar. Es lo peor del mundo. La enfermedad de droga te hiere todo el cuerpo".

La verdad es que desde que había salido del Centro de Rehabilitación, un sentimiento sin nombre no me dejaba en paz. Los doce pasos fueron en vano. Cuando uno pierde la voluntad de vivir, el vacío llena hasta el límite de la agonía. En mi corazón demacrado no había amor

ni esperanza, así que me dije: "Si todos vamos a morir, por qué no hacerlo de una vez". Y volví a cabalgar con el "caballo" pero rompiendo toda regla de moderación. La aguja en mis venas era el pan de cada día, lo único que me permitía soportar la densa prolongación de las horas. Debía andar pesando menos de cincuenta kilos. Mi piel adquirió un tono pálido que me sorprendía a cada ocasión en la que me miraba en el espejo. De mis encías se habían desprendido varios dientes y las oscuras bolsas de mis ojos se hundían como si se avergonzaran por ser parte de mí. Mi dieta no se limitaba a grandes dosis de heroína; el *crack* y la cocaína complementaban el balance de una pésima alimentación.

Por fin veía el final del camino en mis últimas alucinaciones pero no existía una luz al final del túnel, no podía divisar lo que me deparaba el más allá. Mi destino no era el paraíso. Cuando creí ver una luz titilando en ese extenso y lóbrego túnel, me di cuenta que se trataba en realidad de las imágenes que proyectaba el televisor y no estaba en otro sitio sino en mi alcoba. El teléfono comenzó a sonar y simplemente permití que siguiera timbrando. Conté con deficiente precisión los segundos en mis pensamientos hasta que el molesto ruido cesó para siempre. Enseguida fui presa de un dolor punzante que me desgarraba el abdomen. Necesitaba más jaco para vencer la agonía. Me dije que una dosis sería insuficiente, por lo que decidí mezclarla con cocaína obteniendo una poderosa fusión "*speedball*". Amarré una ligera cuerda a mi brazo y le di algunos golpecitos; a los pocos segundos se asomó una vena de color azul. Me inyecté, como tantas

veces lo había hecho. Era una dosis letal para cualquier yonqui empedernido. Torcí los ojos mientras sentía cómo la esencia se filtraba en mi sangre a través de mis venas. La aguja era el contacto que tenía con el otro mundo, aquel que tanto distaba de la mustia realidad. El "caballo" me permitía ver a Demri; su esbelta figura desnuda recortándose en la oscura pared de mi habitación; su pelo largo y lacio cayéndole sobre los hombros. Incluso mi padre parecía estar ahí, sentado en el borde de mi cama, sonriéndome. El tipo no había cambiado en absoluto, era tal como lo recordaba desde la última vez que le vi. Una desesperante melancolía me apisonó el corazón con trampa de hierro. Durante muchos años juré que nunca iba a ser como mi viejo, pero ahora me daba cuenta que me había convertido en su copia exacta.

Y es que los tipos como yo, los carentes de espíritu, los yonquis, los que evadíamos los obstáculos del destino, los ladrones, los mentirosos... todos moríamos jóvenes. No existía un solo héroe dentro de semejante escoria y si a alguno de nosotros se le considerase una leyenda, nos parecería una exageración. En aquellos momentos de transición entre la vida y la muerte, debo admitir que el estribillo de la canción sonaba como un eco en mi mente inestable. Cuando terminaba la música en mis pensamientos, todo parecía desprenderse de la realidad. El sofá en el que me sentaba había mutado; era la silla enojada. La luz de dos velas rojas proyectaba sombras inusitadas que danzaban en todas partes: Los muros irascibles del sitio al que llamaba "hogar" se cernían a mi alrededor sofocando el aire; luego me vi moldeado en arcilla. La

figura me observaba cambiando la forma de su rostro. A través de la ventana, las nubes habían mudado del color rosa durazno al gris oscuro. Sentía que la soledad era una fase en mi eterna prisión corpórea. Entonces comprendí que el mar de la aflicción se había secado por completo dejando una extensa llanura de sufrimiento y he ahí donde ahora permanecía, sumido en mis alucinaciones. La serenidad estaba muy lejos, inasequible; mi pequeña esperanza había muerto. Intranquilo, de tajo abrí mi pecho y extraje mi corazón, comprobando que el tamaño no era de la talla que solía ser.

Las ilusiones llegaban a su fin, desvaneciéndose en lo negro. Yo estaba tendido en el sofá, siendo presa de una terrible sensación de náusea. Apenas me di cuenta que estaba rodeado de narcóticos, varias latas de pintura en *spray* tiradas en el piso, una bolsa de cocaína y dos pipas de *crack* sobre la mesa. En mi habitación seguía parpadeando el maldito televisor. Un zumbido en mis oídos me confirmó que algo andaba mal. A pesar de sentirme en una especie de limbo, mis pensamientos se aferraban como los últimos rayos del sol en la línea de occidente, antes de cederle su sitio a la luna.

De alguna manera sé que mis amigos y conocidos –y a todos aquellos que desconozco, pero que debo haber influenciado– compondrán un par de canciones en honor a mi memoria. Sé que Jerry algún día tomará las riendas de la banda con otro vocalista y va a adoptar a mi mascota: una pequeña gata siamés. Sé que a Ed Vedder le impactará el tema de mi muerte –como le ocurrió con el deceso de Cobain– y escribirá una canción el mismo día en que se

entere de ello. Sé que mi madre buscará por todos los medios posibles fundar una institución no lucrativa con el fin de ayudar a los drogadictos de Seattle, sobre todo a los que están involucrados en el mundo de la música. Janis Joplin, Morrison, Hendrix, Cobain... todos ellos –salvo Kurt, por presunto suicidio–, murieron a los veintisiete años debido a una sobredosis. Mercury murió a los 45 años por el Sida. Burton falleció en un accidente automovilístico en una frígida carretera a los veinticuatro años. Bon Scott y John Bonham murieron por estar bajo la influencia del alcohol; Scott tenía 33 años; Bonham, 32. Sid Vicious solo tenía 21 años cuando fue víctima de las garras de la heroína; fue sepultado con las botas puestas. ¿Qué hay de mí? 34, una presa frágil. Nosotros morimos jóvenes.

> *"Sentado en el sofá –que inevitablemente se ha convertido en la silla furiosa–, Layne sonríe; sabe que el fin está cerca. Las sombras a su alrededor se difuminan, se precipitan al etéreo vacío. Con la aguja convertida en su reina, el nombre de Dios es 'Caballo'. Todos los años de exceso, de* rockstar*, nada significan cuando toca a las puertas del Templo de la Muerte. No, no puede contar los trece pasos hacia arriba pero de cierta manera el dolor desaparece y su vida se diluye como la esencia mortífera a través de sus venas. Domado por su amo –la heroína–, realiza su último viaje: el viaje de la degradación. Se encuentra demasiado lejos, demasiado arriba, para volver a tomar posesión de su cuerpo. Solo deseo que su alma encuentre la armonía jamás hallada en la tierra pero... ¿por qué tiene que ser de esta manera?".*

El norte

Bibamus, moriendum est.

Me había despertado a las dos de la tarde y el calor era insoportable. Si bien muchas personas prefieren el frío porque las altas temperaturas no se quitan ni a chingadazos, la cerveza definitivamente ayuda a mitigar la sensación. ¡Y qué ayuda! Eso necesitaba yo aquel día de verano: unos buenos tarros para refrescar la garganta y de paso, emborracharme.

Caminando a través de los barrios arcaicos de mi querida ciudad de Chihuahua, zona cálida y arenosa, entré a una cantina de triste fachada que siempre había ignorado. Para llegar a la barra tenía que recorrer un largo pasillo del que emanaba un sinfín de olores: sudor, meados, humo de cigarro, alcohol barato, perfume corriente, axila sin desodorante; pero mi estómago es a prueba de bombas odoríferas y asquerosos aromas entreverándose para ahuyentar a los delicados de espíritu.

Aquella cantina de mala muerte estaba repleta de relojes adornando las agrietadas paredes y haciéndose notar entre viejísimas fotos de la Revolución Mexicana, Pancho Villa masacrado, su cuerpo lleno de balas exhibido por sus rivales como si fuera un trofeo, un botín de cacería. Me fijé muy bien en un taburete a la orilla de la barra antes de sentarme: estaba limpio. Al otro extremo yacía un sujeto robusto, alto, entrado en años, que calzaba unas botas de trabajo. Bebía con el

sombrero puesto. Me percaté –sin mucho asombro– que tenía enfundado en la cintura un revólver cuyo calibre desconocí. Macho Alfa, pelo en pecho, *mucho* chingón... de esos tipos que más vale ni voltear a ver.

Pedí cerveza oscura; de botella, por supuesto, porque el sabor contenido en una lata no me convence del todo. Y eso sí, yo tengo que abrirla, si no, no la tomo. La cantinera que atendía platicaba con el Macho Alfa. Mejor matrona no podría conseguir el propietario de ese negocio, pues a pesar de su maduro aspecto, tenía unos senos descomunales y un carácter risueño; costaba mucho trabajo mantener la vista en su dentadura, por lo que acabo de describir.

Mientras daba pequeños tragos a mi bebida, volteaba a ver con discreción al vaquero quien tenía frente a sí una hilera de unas diez botellas de cerveza vacías; tal era su botín de guerra y se jactaba de ello. Había un acuerdo tácito entre él y la cantinera de dejar los envases ahí para reiterarle su estatus a quien lo viera; el mensaje, al menos para mí, era muy claro: no lo molestes, no le dirijas la palabra; y si él te llegase a pedir algo, cúmplelo, siempre y cuando esté dentro de tus posibilidades… no vale la pena hacerse pendejo.

Como no había aire acondicionado en el local, ni siquiera un ventilador pinchurriento, el viejo Macho Alfa, pelo en pecho, seguido se quitaba el sombrero para agitarlo frente a su rostro. Y lo que el cabrón hacía no era para novatos: apurar toda la cerveza de un trago. Luego, con la botella vacía, golpeaba la barra estremeciéndola como si hundiese una estocada

en el lomo de una fiera. No pude evitar imaginarlo en el ruedo, frente a un toro semental embravecido, con su ropa vaquera –sí, con su ropa vaquera, que las prendas de los toreros son para putos–, sin capote, sin espadín, hasta sin pistola, solo con sus puños, listo a aporrear al semental y arrancarle los cuernos. ¿Quién es el hombre?, ¿quién es más macho? Le preguntaría a la bestia tras vencerla.

No exagero al decir que la barra se estremecía cuando el vaquero la golpeaba. Mi cerveza agitándose parecía un preludio de sismo; las placas tectónicas de la cantina removiéndose por un solo hombre, un titán de la División del Norte. No estuve presente en el terremoto de 1985 pero por fin pude saber qué se siente cuando vibra la Tierra.

—Sírveme otra, preciosa –profirió el Macho Alfa tras exclamar de manera prolongada y con plena satisfacción la primera letra del abecedario. Satisfacción tras quitarse la sed.

La mujer le sirvió de inmediato mostrando su amable sonrisa. Y debido a la ausencia de una máquina capaz de reproducir música por una moneda, el vaquero se puso a "entonar" una canción de la que poco o nada pude comprender la letra. Su voz era como el calor: jodidamente insoportable. Poco a poco el tipo se ganaba un digno lugar de odio en los oscuros rincones de mi pensamiento. Ya estaba deseándole una lenta y dolorosa muerte cuando dos señores de rasgos indígenas y achinados llegaron a ocupar los taburetes a mi izquierda y derecha. Sus torpes ademanes, tras pedirle a la mujer un par de

cervezas, confirmaron lo que a leguas se veía: estaban ebrios. Su léxico se conformaba por palabras incoherentes, altisonantes; por modismos que jamás había escuchado. Me pregunté para mis adentros por qué se habían sentado enseguida, habiendo tantos chingados taburetes. Estaba incómodo y quería levantarme, ocupar un espacio entre el vaquero y los dos compadritos, hasta que, bendita sea la hora, se me ocurrió hacer algo mucho mejor. Del bolsillo de mi pantalón saqué un exiguo dispositivo que servía para apuntar por medio de tecnología láser. Discretamente, escudándome entre el compadrito a mi derecha, oprimía el botón del dispositivo para proyectar la luz roja directo a los ojos del Macho Alfa, cantante de tercera, hijo de la chingada. Repetí la operación varias veces aprovechando cada descuido del vaquero, quien se limitaba a cerrar los ojos tras encandilarse, desviando la mirada hacia nosotros para encontrar al culpable. A mi parecer, no era la luz lo que le encabronaba sino la interrupción en su canto ranchero, pueblerino, "celestial". Los compadritos no sabían lo que estaba ocurriendo. Cuando yo estaba a punto de cometer la misma fechoría, el tipo golpeó la barra tres veces con la palma de su mano evocando el temblor del año 1985.

—¡Al pendejo que descubra con ese chingado láser, juro que le voy a partir la madre! –exclamó, con una mirada capaz de fragmentar en mil pedazos el ancho espejo que devolvía nuestra triste imagen; de agrietar aún más las ya de por sí jodidas paredes; de provocarle un infarto a un sonriente Pancho Villa para matarlo por segunda ocasión.

Ante tal advertencia –o no muy sutil amenaza– hubo un rotundo silencio en la pocilga. Los compadritos le miraron sin intimidarse antes de volver a lo suyo: beber con ganas. Coloqué el aparato láser en su sitio y me puse a tomar con más ímpetu anhelando que todos permaneciéramos quietos, en completo mutismo, sin chingar el alma al prójimo.

Todo iba bien hasta que, maldita sea la hora, los compadritos comenzaron a dirigirme la palabra. "Se habían tardado estos cabrones", pensé, resignándome a prestarles un poco de atención. Al principio no podía comprender del todo su beoda conversación pero conforme el tiempo discurría, lograba captar sus palabras. No es que estuviese aprendiendo los modismos, más bien mi estado de embriaguez aumentaba de forma considerable para estar en sintonía con ellos. Entre emisor y oyente, el canal para transmitir la información era la voz lubricada por el alcohol. Aunque la plática era tediosa y trivial, al cabo de un rato se tornó más seria, capturando mi escucha.

Uno de los compadritos afirmó provenir del sur. Cuando él era joven solía beber en las cantinas con el chambergo puesto (no me pregunten qué es eso), además de involucrarse asiduamente en peleas de cuchillo. Alardeó, entre muchas cosas, de haber conocido en una fonda a un tipo de apellido extranjero, quien por causas del destino o por una resolución del mismo sur, tuvo un duelo con él. Se batieron fuera de la fonda en una llanura. Pensé que esa había sido la causa de la migración del compadrito. Por alguna razón, pensé mucho en el pobre infeliz de apellido extranjero. Él debió haber jugado con una daga como todos los hombres, pero su esgrima no

pasó de ser una noción de que los golpes debían ir hacia arriba y con el filo para adentro.

Aunque me entretuvo la plática del compadrito, hizo que desconfiara más de él. ¿Qué tal si de un instante a otro se ponía a barajar un puñal y me lo hundía de buenas a primeras? Lo más inteligente que podría haber hecho era pagar por mis bebidas y salir del local; pero elegí quedarme.

Enfocándome en la cerveza, los borrachines a mi lado comenzaron a alzar la voz, gritándome al oído como si estuviese sordo, parado a lo lejos, ante el umbral del pasillo de la cantina. Pensé en tomarme la última cerveza para largarme de una buena vez, pero seamos francos: llevaba como tres últimas botellas. Abrumado por la disyuntiva, noté cómo se estremecía la sucia barra por enésima ocasión.

—Sírveme otra, preciosa –exclamó el Macho Alfa, pelo en pecho, *mucho* chingón, cantante de tercera que nos había amenazado con darnos una putiza.

¿Qué hizo entonces aquel grandísimo hijo de la chingada cuando le sirvieron otra cerveza? ¡Se puso a cantar otra vez el muy desconsiderado cabrón! Para agraviar más las cosas, los compadritos comenzaron a seguirle el juego, uniéndose en un canto que ni era el mismo, ni era entonado en absoluto. ¡Qué pinche martirio! Las voces disonaban a tal grado que la pintura de la cantina parecía desprenderse.

El hartazgo del ambiente hizo que sacara el dispositivo láser de mi bolsillo. En vez de usarlo, se lo mostré a los com-

padritos. Parecían niños con juguete nuevo, le daban vueltas, oprimían el botón repetidas veces, se reían. Entonces guié la mano del compadrito del sur, sentado a mi derecha, quien en ese momento sostenía el aparato y apunté al rostro del viejo cantante hundiendo el botón para proyectar el láser directo a sus ojos. Cuando la luz le cegó momentáneamente, el Macho Alfa, pelo en pecho, dio otro fiero manotazo a la barra acompañado por un intenso gruñido y cesó el canto. Solté la mano del compadrito, quien no dejó de reír junto a su amigo por la travesura. El vaquero se levantó, viéndoles el rostro, enardecido por la burla. Caminó con pie decidido hasta nosotros, luego desenfundó el revólver y le apuntó al compadrito del sur.

—Lo prometido es deuda, pendejo –le advirtió, antes de dispararle en la sien.

El otro tipo estaba demasiado ebrio como para sorprenderse, así que se limitó a sonreír, patético, como si la muerte de su amigo hubiese sido una broma. El vaquero también le disparó. Enseguida enfundó su pistola, pagó su consumo y el de los dos cadáveres para que la dama no saliera con cuentas "mochas".

—Cuando la policía te pregunte por el matón, ¿qué le vas a decir, preciosa? –le preguntó el Macho Alfa a la cantinera, dirigiéndole una sonrisa.

—Que eras bajito, delgado y bigotón –respondió, devolviéndole el gesto.

—Así me gusta –le guiñó el ojo al decirle "preciosa", luego depositó un billete en medio de sus grandes senos antes de dirigirme la palabra.

—¿Y usted compa, qué va a decirle a la "chota" si lo interroga?

Estaba aturdido por la detonación, respirando a duras penas por lo sofocado del ambiente y por el humo de la pólvora que permeaba alrededor de mi lugar.

—Nada. Además ya me voy –alcancé a balbucear.

—No se agüite mi compa, tómese otra "cheve" antes de irse –me dijo, colocando un billete que tenía impreso el rostro del siervo de la nación, luego se fue.

Sentí frío en pleno verano y aún me temblaban las corvas. Cuando el Macho Alfa sacó su revólver, pasé por las siguientes fases, aunque no precisamente en ese orden: se me bajó la presión; puse cara de pendejo; controlar mis esfínteres fue un esfuerzo sobrehumano.

Cogí el billete para pagarle a la cantinera y me marché del tugurio, caminando como lo haría un palo. Más tarde habría de terminar de emborracharme en casa para olvidar la escena. A partir de aquel día, a menudo, sueño con la llanura...

Índice

Dedicatoria 7
Prólogo 9
Corre Lolo, corre 11
Dímelo en el Metro 14
La carta 17
Quince minutos 20
El invicto 24
Balas de fogueo 28
Snuff (Deep Web) 32
Un buen amante 37
Improvisación sobre la ceguera 42
El éxodo de los miserables 47
Si Adelita se fuera con otro 52
El cuarto lienzo 57
XIII 63
Para los cardiacos 71
La secta del fin del mundo 78
Vacaciones inolvidables 85
Los demonios de Pessoa 93
Sin pasarse de la raya (*Silentium est Aureum*) 105
Layne 129
El norte 154

SOLAR

Carta astral para el escéptico

de José Alberto Díaz

se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2017
en

La edición consta de 1 000 ejemplares

Edición, formación y diseño
Gisela Iliana Franco Deándar

Corrección de estilo
Claudia Saldaña León